
3 1761 06956875 6

Manuel Ugarte

Nuevas tendencias literarias

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Visiones de España (Apuntes de un viajero argentino).—F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia.

El Arte y la Democracia (prosa de lucha).—F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia.

Paisajes parisienses (con un prólogo de don Miguel de Unamuno y un epílogo de M. François de Nión).—Garnier Hermanos, Editores, París.

Crónicas del bulevar (con un prólogo de don Rubén Darío).—Garnier Hermanos, Editores, París.

Cuentos de la Pampa (tomo XXXI de la Biblioteca Mignon).—Rodríguez Serra, Editor, Madrid.

La novela de las horas y de los días (con un prólogo de don Pío Baroja).—Garnier Hermanos, Editores, París.

Una tarde de otoño (pequeña sinfonía sentimental).—Garnier Hermanos, Editores, París.

Enfermedades sociales.—R. Sopena, Editor, Barcelona.

La joven literatura hispano-americana (Antología de prosistas y poetas).—Armand Colin, Editor, París.

Vendimias juveniles (poesías).—Garnier Hermanos, Editores, París.

Burbujas de la vida.—Paúl Ollendorff, Editor, París.

TRADUCIDAS AL FRANCÉS

Contes de la Pampa (traduction de Mlle. Pauline [illegible]ier).—Garnier Frères, Editeurs, París.

La jeune litterature hispano-americaine (traduction de Raymond Laurent).—Sansot, Editeur, París.

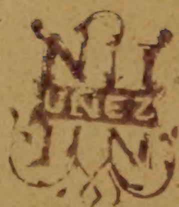
TRADUCIDAS AL ITALIANO

Racconti della Pampa (Biblioteca dei migliori e recenti romanzi stranieri).—Emilio Treves, Editore, [illegible]

MANUEL UGARTE

Las nuevas tendencias literarias

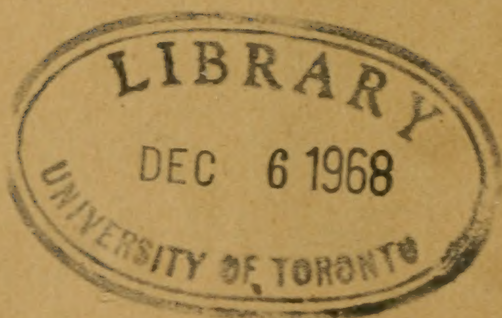




F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA



Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—Valencia

PREFACIO

No resulta posible medir el alcance de una obra por las resistencias que levanta. Vivimos en un mundo tan ensimismado, que la más leve razón suele provocar remolinos y reflujos. ¿Quién afirma que es indispensable ser profeta para determinar negaciones? El solo hecho de pensar por cuenta propia y exponer en un lenguaje sencillo algunas certidumbres elementales, basta á veces para singularizar á un hombre. Por eso es por lo que á pesar de las hostilidades que han saludado el nacimiento de algunos de los estudios que componen este volumen, persisto en suponer que todo ello deriva de un espejismo interior. Lejos de envanecerme ante el ataque, me asombro de que ideas tan simples hayan podido suscitar una crítica. Si estas ó aquellas frases marcaron una reacción contra determinadas tendencias, fué porque alguien tenía que traducir las transformaciones de la atmósfera.

Recordemos lo que era la literatura hispano-americana hace algunos años, cuando al influjo de no sé qué vientos locos se multiplicaba la floración que en nombre de una originalidad pueril deformaba la vida. El odio, la crueldad, la inconsciencia, todos los vicios, todas las degeneraciones y todas las úlceras, habían contaminado el arte y lo arrastraban en una tromba de muerte al

más monstruoso de los erostratismos: al erostratismo moral. La verdad, la justicia, el espíritu de sacrificio, los más altos ideales, vacilaban al empuje de una juventud desequilibrada y afónica que, envuelta en el pánico de sus propias negaciones, se despeñaba hacia los orígenes, derribando al rodar cuanto había construído en las laderas de la montaña la energía, el entusiasmo y el genio de los hombres. El campo estaba obscuro de anatemas contra toda la gloria de la especie, desde Homero hasta Hugo, y la belleza aparecía como un producto monstruoso elaborado en la sombra por nigromantes extraños que llamaban refinamiento á su fatiga.

Pero todo exceso lleva en sí la antítesis que lo combate, y el reflujo tomó la forma de un remozamiento interior. La salud que hervía en el fondo de la raza reaccionó contra los venenos. Las ventanas se abrieron solas. La primavera floreció en racimos multicolores. El sol doró la pluma de los poetas. Y un arco iris de paz y de alegría vino á colorear de nuevo el alma del continente y los paisajes familiares.

Que otros delimiten las posiciones á través de los acontecimientos, y distribuyan la responsabilidad y el honor... El que estas líneas escribe no ha hecho más que decir lo que pensaba. Pero al recoger las hojas dispersas que retratan el estado de ánimo de una parte de la juventud, justo es recordar en un párrafo cuáles fueron las ideas que dieron nacimiento á nuestro empuje.

Si evocamos las formas artísticas que dominaron en la América española hasta después de 1900, vemos que aquella literatura se caracterizó por cierta obscuridad artificiosa que la ponía al margen de las masas, por un universalismo de biblioteca que alejaba toda preocupación localista, y como resultado de ambas cosas por una

incapacidad para salvar los límites y llevar á tierras extrañas una sola molécula de nuestro pensar. Salta á los ojos que los que confundían el alma con las lecturas no eran los más capaces de imponerse en el propio país ó en el extranjero. Para interesar en el terruño hubieran tenido que elegir, dada la cultura naciente, las formas más claras, y para forzar las puertas de Europa, nada era tan eficaz como traducir algo típico. De suerte que los que se negaron á seguir la corriente de que venimos hablando, tuvieron que esbozar tres reformas:

1.ª La que nos brindaba, mediante la confianza en nosotros mismos y con ayuda de los procedimientos siempre sumarios de la sinceridad, una filosofía, un objeto y la posesión de un público.

2.ª La que, en perjuicio de los temas anticuados é impersonales que seguía manoseando la obstinación decadente, nos condujo á explotar materiales propios y á exteriorizar fragmentos del alma nacional.

3.ª La que, apoyándose en las anteriores, hizo brillar en Europa la fuerza expansiva de la raza y suscitó en resumen nuestra personalidad.

Á medida que el conjunto tomaba posesión de sí mismo y se ajustaba, como todo lo que vive, á sucesivas metamorfosis, la literatura tenía que evolucionar para estar en el tono de las nuevas necesidades colectivas; porque la misma certidumbre orgullosa que en el orden económico nos llevaba á pretender un puesto entre las grandes naciones, nos conducía á perseguir también en el viejo continente una especie de consagración de nuestras fuerzas intelectuales.

Tales fueron las bases que inspiraron los artículos que componen esta obra. Si las ideas aparecen sin orden y sin método, culpa es de la premura con que

fueron expuestas, al azar de las circunstancias, en medio de los juveniles entusiasmos y las ciegas improvisaciones. Pero ese mismo defecto es un síntoma de espontaneidad. No hemos edificado un sistema, hemos entregado el corazón.

Algunas páginas que se refieren al mismo asunto fueron incluídas indebidamente en volúmenes anteriores (1). Pero éste reune en síntesis las palabras que durante dos años de lucha llegaron al público por intermedio de La Nación, *de Buenos Aires,* La Lectura, *de Madrid, y* La Revue, *de París. ¡Que los que las aplaudieron ó las censuraron las vuelvan á escuchar con la serenidad que impone la distancia! Lo que importa no es «tener razón», sino averiguar cuáles son los senderos más propicios para encaminar el alma nueva. Porque la América latina tiene que ser para nosotros, desde el punto de vista intelectual, un país único, y todos debemos concurrir á realizar plenamente, de un extremo á otro del territorio, sin prevenciones y sin resentimientos parciales, sus luminosos destinos. Hay que imponer por medio del arte, la diplomacia y la riqueza, la presencia material y moral de la raza joven, que trae en sí los gérmenes de todas las victorias. Y para alcanzarlo urge abandonar los diletantismos y entregarse á las formas claras, las visiones locales y los vastos triunfos que se condensan en la divisa nacional:* Patria, Belleza, Justicia *y* Juventud.

MANUEL UGARTE.

París, Noviembre 1908.

---

(1) *El Arte y la Democracia* (F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia) y *Burbujas de la vida* (P. Ollendorff, Editor, París).

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS

La orientación actual

Los árboles hacían crujir bajo el viento otoñal las últimas hojas de oro, y sobre el ocre encendido del crepúsculo se destacaban, como un bordado infantil, las ramas semidesnudas. Á pesar de la hora y del paisaje, la conversación tomó un tono resuelto de batalla. Y he aquí lo que dijimos mientras gemía en los senderos á nuestro paso la pompa muerta del follaje estival.

I

El talento, lejos de ser un fenómeno individual, es un fenómeno social. En un hombre se condensa un momento de las colectividades. Por uno de los poros humanos surge la savia del conjunto. Con ayuda de un cerebro se exterioriza un gesto colectivo. El pensador y el artista no son más que un producto de la ebullición común, como la flor es un brote de la vitalidad de la tierra. Si pierde contac-

to con el jugo que lo nutre, se marchita. Su fuerza sólo es verdaderamente eficaz puesta al servicio del elemento que la engendró. Por eso es por lo que los hombres superiores tienen que defenderse ante todo del orgullo, que les induce á suponer que dan á la colectividad más de lo que de ella reciben. El genio entre los genios sólo conseguiría idealizar ó condensar el empuje de un grupo ó de una época. Si el pueblo y el siglo deben agradecer el esfuerzo de la unidad que les da voz, ésta tiene que estar reconocida también al conjunto que la sostiene y le permite ser brazo, cerebro y corazón de una raza.

Se ha dicho que á las bases que la historia confirma desde los orígenes suelen escapar los que aspiran á ejercer orgullosamente, al margen de las corrientes generales, una especie de apostolado de la belleza pura. Pero si observamos el fondo de las cosas, vemos que estos mismos artífices traducen y expresan sensaciones comunes en una de sus formas menos difundidas quizá, pero en una de sus formas naturales. La ilusión es una necesidad del espíritu. El ensueño es el exígeno de las almas. Y si nadie puede condenar á los que, de acuerdo con su temperamento, realizan una obra de contemplación, salta á los ojos también que nuestras sociedades no están pidiendo miniaturistas, sino grandes voces humanas que anuncien al mundo la buena nueva de su advenimiento y su victoria. Esto es por lo menos lo que repite en todos los tonos una juventud ávida de orientación.

El error proviene de la epidemia de «cerebralismo» que reinó hasta hace poco. En regiones selváticas y excesivas, donde parece que los seres debieran darse cintarazos con el corazón, llegó á difundirse una atmósfera mefítica de atildamientos y minuciosidades. La producción se resintió de ello. Todo se volvía discutir fórmulas y sistemas, todo olía á lectura y á semiplagio, todo tenía el color gris de un ejercicio de retórica. Y no es que abundaran los artistas inferiores. Á través de la espuma superficial se advertían los temperamentos pletóricos. La luz se escapaba por entre las trabazones artificiales. La savia coloreaba la piel é hinchaba las venas. Pero el mundo gemía bajo la superstición de la moda. ¿Quién osaba ser sincero? El alma se deformaba bajo el corsé. El amaneramiento nacido del afán de perfección, el deseo de sorprender al público letrado, la falta de confianza en las propias fuerzas y la cortedad que en todo tiempo empuja á escribir «lo que se escribe» y á esconder todo amago de independencia, esterilizaron el empuje de los que adoptaban un estilo ó una actitud como se elige un traje ó una corbata. En vez de interrogarse y ceder á las inclinaciones íntimas, observaban en torno y se plegaban á las corrientes generales, sin más programa que confundirse con los que parecían triunfar momentáneamente.

De más está decir que este reproche no encierra el menor asomo de hostilidad sectaria. Los que han

querido hacer de mí un adversario de determinadas formas ó escuelas se han enredado en un error. Basta un poco de flexibilidad de espíritu para admirar el arte en todas sus manifestaciones. Muchos de los que defienden ideales contrarios á los míos, han podido darse cuenta de ello por los elogios que en más de una ocasión les he tributado. Pero al ensayar un bosquejo de aquellas horas grises y ensimismadas, no es posible dejar de señalar la inconsciencia verbosa de los que se creyeron exquisitos porque exageraron los defectos y olvidaron las cualidades de los predecesores que les servían de apoyo. En esa torpe sumisión había un renunciamiento de la «personalidad», condición primera del arte. Porque la distintiva del talento es ante todo la manera de ver original. No es posible hallar en la historia dos corazones iguales. Y si parecen asomar alguna vez, es porque uno de ellos es un reflejo del otro.

De ese mareo mal desvanecido aún han quedado varias supersticiones: entre ellas la que exige que la literatura y la vida sean cosas diferentes. Observemos en torno. ¿Por qué razón el hombre vivaz, meditabundo ó apático que nos maravilla con su buen humor, su pesimismo ó su impasibilidad resulta así que escribe un personaje completamente distinto? ¿Por qué se despoja al tomar la pluma de todo lo suyo para envolverse en un manto artificial y hacerse una fisonomía ficticia? ¿Por qué olvidan tantos que el arte sólo es una prolongación de la

existencia y que el artista, lejos de resultar una abstracción intermitente, es un atleta de carne y hueso que no hace más que traducirse y entregarse en sus obras? Lo que neutraliza el esfuerzo de muchos es esa falta de sinceridad. Porque toda acción es efímera y flotante si no tiene raíces en la época, en el país ó en el alma del que escribe.

De aquí que más de un autor excelente carezca de editor y de público. Como no riman con las inquietudes generales, como no traducen nada que vibre en el corazón de los demás, no hallan quien compre ni quien haga circular sus libros.

¿No nos hemos preguntado nunca por qué razón las obras de los escritores franceses, italianos ó ingleses concuerdan con nuestro espíritu mucho más que la mayoría de los engendros juveniles que se multiplican en torno nuestro? Tengamos el valor de encararnos con la verdad. Esos libros reflejan paisajes, sociedades y costumbres extrañas, pero si carecen para nosotros del aliciente local, tienen por lo menos el mérito de reflejar la manera de ver de una época, de poner en evidencia el alma de un autor y de ser accesibles, naturales y humanos.

De más está decir que no confundimos lo claro con lo vulgar. Homero, Cervantes, Shakespeare y Hugo fueron altísimos creadores de belleza, y están al alcance de todos. El aristocratismo borroso de que se jactaban algunos retardatarios, no fué en todo momento más que un expedien-

te de la impotencia. Los grandes espíritus tienen que ser siempre diáfanos y populares. Sobre todo en nuestras repúblicas sudamericanas, que envueltas en el vértigo de su prosperidad y su triunfo, mordidas por la savia nueva, esclavas de la improvisación vertiginosa, que es la esencia misma de su vivir, ignoran los atavismos y los cansancios de las civilizaciones viejas y exigen el cuadro general, la visión vasta que debe traducir el ímpetu y la vitalidad del conjunto.

Los que obstinados en trabajos minuciosos suplían con vanidad el talento y la perseverancia que les faltaba, se equivocaron al proclamar que entre nosotros no había ambiente para las cosas del espíritu. Nada es más injusto que arrojar sobre la masa la responsabilidad de las flaquezas personales. ¿Cómo no ha de haber ambiente en comarcas en ebullición, donde todo está por hacer y donde se entrechocan los esfuerzos y las ambiciones más disímbolas, en un mundo maleable y espeso de esperanzas y de ímpetus? Lo que falta entre nosotros son brazos para las tareas intelectuales. Porque pocas veces se ha ofrecido en el mundo una oportunidad más franca y más feliz para inmortalizar el esfuerzo y cosechar todas las glorias.

II

La Naturaleza es un organismo salvaje que necesita ser domado como los potros de nuestras Pampas. Para poseer verdaderamente un territorio, no basta imponerle límites y clavar una bandera. Es indispensable ante todo traer á la superficie las posibilidades de realización que duermen dentro de él; y después de dignificarlo, enriquecerlo y fecundarlo con la inteligencia, darle por fin una fisonomía, imponerle un alma y transformarlo en una especie de ser viviente. La tierra, como el papel, sólo vale por lo que escribimos encima. Y la patria, más que un conjunto de ríos, de llanuras y de cúspides, es una superposición de iniciativas, de esfuerzos y de victorias, cuyo estrecho parentesco y continuidad crea un lazo indestructible entre los hombres.

Por eso es por lo que un pasado es á veces el mejor punto de apoyo. Podrá engendrar la tradición muchas timideces y muchos errores, pero los que se sienten sostenidos y orientados por la historia afrontan las vicisitudes y los riesgos, los conflictos y las hecatombes con la seguridad y la confianza que da el espesor y las raíces de una larga vida anterior. Pero los pueblos que nacieron á la luz

como los nuestros, sin más programa, más abolengo ni más experiencia que el deseo de vivir, han tenido que sentirse sobrecogidos y amedrentados al presentir las asechanzas ajenas y la ignorancia propia y al verse solos y huérfanos, de noche, en medio de la selva desconocida. También es verdad que es el momento en que se prueba el vigor de las colectividades. Los débiles y los incompletos sucumben; los que traen el empuje y los gérmenes de los tiempos futuros, se reconcentran en un ímpetu y saltan por encima de la dificultad. Así ocurrió entre nosotros. Puesto que carecemos de patria, nos improvisaremos una — debieron decirse nuestros padres en una llamarada de orgullo —, y como no tenemos más historia que nosotros mismos, haremos de esta vida efímera un episodio triunfal que sirva de punto de arranque á la gloria de nuestros descendientes. Los hechos confirmaron el optimismo de los que á raíz de la independencia lo improvisaron todo y extrajeron del tumulto y la confusión la personalidad moral de la América latina, como saca un herrador el hierro candente de las llamas. Pero las naciones no se improvisan como un soneto, y á nosotros nos incumbe la tarea de dar forma definitiva al legado. Somos un conjunto en gestación, y no una raza cuajada y fuerte. Todavía no tenemos derecho á detenernos para disfrutar del bienestar adquirido. Un interés superior nos lleva á empujar también y á sacrificarnos para cimentar el encumbramiento y el bienes-

tar común. Con los principios que nos da una educación moderna, con el ejemplo de lo que hemos observado en nuestros viajes y con la creciente purificación del ideal que nos anima, podemos salvar vertiginosamente las épocas y realizar el porvenir que estamos seguros de llevar adentro.

Nuestras comarcas son una torre en construcción. Una torre que tiene por base la mitad de un continente, por muros la libertad de diez y nueve repúblicas y por límite lo que la voluntad y la inteligencia colectivas puedan alcanzar. Cincuenta millones de hombres que recién nacen á la vida orgánica y que tienen un presentimiento confuso de sus destinos, esperan las grandes voces que tienen que hacerse oir. Hay que orientar el alma de los países nuevos hacia los fines superiores, que son como el punto de mira de la especie; hay que condensar y reflejar los paisajes materiales y morales en grandes frescos que tengan la amplitud de nuestros llanos; hay que difundir la certidumbre de que América ha surgido de las aguas para experimentar en territorios iguales la resistencia y el empuje moral de dos civilizaciones; y hay que imponer, en fin, en Europa la realidad viviente de nuestra labor.

Arrebatada en el vértigo de sus esperanzas; abstraída en una obra superior á todas las conveniencias individuales; envuelta en la renovación nacional que todo lo metamorfosea en torno, la juventud intelectual de la América latina no puede faltar á su misión. ¿Cómo seguir barajando remi-

niscencias cuando de un extremo á otro del país se multiplica el esfuerzo de los que están derribando los imposibles para sacar un mundo de la nada? ¿Cómo permanecer inactivos en medio de la trepidación de un pueblo que viene quemando etapas para ponerse al nivel de las civilizaciones seculares? ¿Cómo no sentirse ganado por la fiebre que todo lo consume? Estos advenimientos han sido anunciados siempre por los poetas como la aurora por los pájaros. Y los que empiezan á traducir más ó menos fragmentariamente el hervidero actual, no hacen más que conformarse á las leyes ineludibles. Como no hay fuego sin luz, no hay engrandecimiento social que no engendre una literatura.

III

La América española está pidiendo arte y artistas, no sólo porque los navíos emprendedores necesitan pilotos del porvenir, sino porque la belleza nace con la civilización, y es, por así decirlo, un complemento de ella. Pero nuestro arte será libre, sano, audaz y joven como la tierra en que ve la luz. No se trata de añadir, como prendida con un alfiler, una orla de oro á la túnica de la raza victoriosa, sino de bordar sobre la carne misma las galas de que debemos envanecernos. La belleza no

puede ser una cosa transplantada y exótica, sino un brote nacional y espontáneo, una raíz hecha flor.

Claro está que no defendemos las formas gauchescas, que fueron la primera válvula de escape ofrecida á la personalidad moral del Continente. Nuestro gusto, educado por las lecturas, sólo puede ver en esos ensayos un antecedente poco feliz. Si las nuevas generaciones se ataran á esa tradición, sería como para desesperar del progreso y de nosotros mismos. Pero tampoco es de desear que una mentalidad superior nos desarraigue. Lo que conviene es cultivar un arte propio, sin caer en las vulgaridades de ayer y sin renunciar á los escrúpulos estéticos que exige la etapa superior por que estamos atravesando. Además urge escoger una dirección. Lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido en resumen más que un arte colonial—colonial de Francia, colonial de España, colonial de Italia—, pero arte de reflejo, belleza que no tiene ninguna marca local, ni en los asuntos, ni en la inspiración, ni en la forma.

Al tocar este punto hay que adelantarse á las interpretaciones. Los que creen que literatura nacional significa un localismo estrecho ó una especie de *chauvinisme* egoísta y excluyente, se ponen en contradicción con la esencia misma de nuestra cultura, que formada con fragmentos arrancados á diferentes pueblos, es, por así decirlo, una síntesis de todas las patrias. El peor de las proteccionismos posibles, sería el intelectual. Los sentidos tienen que estar

abiertos á todos los asuntos y formas de expresión. Debemos bañarnos constantemente en los vientos universales. Pero una cosa es asimilar y otra pensar con cerebro ajeno. No hay razón para que la literatura siga siendo exótica, cuando tenemos territorios, costumbres y pensamientos que nos pertenecen. Utilicemos en la medida más ancha los elementos de adelanto y de perfección, sin inquirir el origen y sin perder de vista las conveniencias y las necesidades del espíritu nacional. Porque lo que hay que obtener ante todo es la difusión y la presencia perenne de un conjunto de detalles que personalicen y sitúen la labor. Nuestro pequeño caudal de aguas tiene que buscar lecho propio, en vez de sacrificarse y fundirse en el de los grandes ríos; y las producciones nacidas dentro de las fronteras han de llevar un sello claro que las denuncie. Si todas las literaturas tienen características especiales, ¿por qué no ha de tenerlas la nuestra también? Se me dirá que en un siglo en que todo tiende á borrar las divisiones, no es razonable suscitar una variante más. Pero los que así razonan, olvidan que hay un abismo entre el revolucionario y el ideólogo. ¿Somos ó no somos una nación autónona? Si no lo somos, disolvamos la organización, renunciemos á la lucha y desgarremos las primeras victorias para tender el cuello á la conquista. Pero si lo somos, si nos sentimos dueños de una tradición naciente, tratemos de alcanzar la independencia total afirmando en todos los órdenes

la personalidad de un pueblo que no quiere salir á la calle con galas prestadas, como las coquetas de suburbio.

De esta primera certidumbre tendrá que nacer forzosamente el deseo de utilizar los paisajes familiares y la necesidad de dar una forma sintética á los tipos aborígenes. Porque la literatura nacional abarcará todas las gamas, desde la suprema civilización de los puertos hasta la vida semisalvaje de algunas comarcas del interior. Es un mundo que espera el milagro de la pluma para surgir en forma de belleza. Y es un tesoro acumulado que al hacer irrupción tiene que impresionar al mundo. Porque entre nosotros todo es nuevo: la naturaleza, las pasiones, las costumbres, y pocas veces habrá recibido la literatura universal una contribución tan fecunda y tan vasta.

Pero todo ello ha de venir en forma sencilla y accesible. El arte complicado no puede tener pretexto en las tierras nuevas, donde toda aristocracia resulta artificiosa y falaz. No somos el producto de una larga elaboración y de selecciones múltiples. No componemos un conjunto de hombres refinados por los siglos. No pesa sobre nuestros hombros la herencia de frivolidad de las cortes y las capitales históricas. Somos más bastos, más duros, más sólidos y más sanos, y necesitamos un arte en consonancia con nuestras naturalezas silvestremente rústicas, donde tejen todavía su nido los deberes, las bondades y los entusiasmos de la primera

edad. Somos democracias indómitas y revolucionarias, compuestas de elementos que han venido de los cuatro puntos cardinales, atraídos por nuevas probabilidades de felicidad ó de riqueza, y no podemos adoptar las palideces y los escepticismos de las razas seculares, cuya fatiga hace brotar extrañas flores de invernáculo. Así como entre los individuos cada edad tiene su traje, cada etapa de la vida de un pueblo trae una manifestación artística que concuerda con ella. Estamos en plena juventud, y hay que expresar ideas simples y saludables en formas espontáneas y cristalinas.

Lejos de constituir una inferioridad, esa frescura interior será precisamente la que al enaltecernos nos abrirá las puertas de Europa. Las naciones antiguas están cansadas de la propia complicación. La fantasía y el sibaritismo han introducido en la literatura muchos elementos disolventes. Los lectores vuelven los ojos á los países primitivos ó á las tierras en llamas. Así vemos la boga de los cuentos de *Las mil y una noches,* de la literatura rusa ó de las leyendas indias resucitadas por Rudyard Kipling. ¿Por qué no ha de conquistar también su puesto nuestra literatura criolla? Yo abrigo la certidumbre de que si mantenemos la homogeneidad actual y si desarrollamos las tendencias que empiezan á manifestarse, la América latina acabará por imponerse como una fuerza creadora de belleza y de justicia, de vida superior.

Una ojeada sobre la literatura hispano-americana

I

Cuando la América española rompió los moldes de la vida colonial para intentar un empuje independiente hacia el progreso, las esperanzas de los que conducían la revolución no se realizaron en seguida. Un tumulto de pasiones discordantes y de cóleras irrazonadas envolvió en el umbral de la libertad á las jóvenes repúblicas y les dió no sé qué matiz rudimentario y caótico. Se hubiera dicho que los pueblos nuevos que acababan de surgir á la luz, tenían que salvar vertiginosamente en algunas décadas el camino que en muchos siglos había recorrido la Europa, y que pasar, como ésta, por el feudalismo y la confusión antes de incorporarse á la columna en marcha de los pueblos civilizados.

Pero en el entrevero desigual de adelanto y de retroceso asomaban, á pesar de todo, las contra-

dicciones que debian dar lugar al porvenir. Observando bien, se descubrían allí dos vidas: la que removiendo los apetitos y excitando las inexperiencias, arrastraba á la región desde el punto de vista político á la impotencia y al desorden, y la que, nacida de un ímpetu de bienestar y de progreso, hacía valer las riquezas naturales, preparando así la prosperidad de nuestros días. Estas dos corrientes incompatibles determinaron á menudo entre la masa y los políticos, que á veces no eran más que simples aventureros, una hostilidad ruidosa. Como los que gobernaban no se resolvieran á producir, los que producían intentaron gobernar. Fué un empuje que moderó por lo menos la indisciplina de aquellas democracias teóricas, donde el sufragio universal sólo existía en los códigos.

De aquí que se pueda decir que lo que tuvo á raya en algunas regiones y dió el golpe de gracia en otras á la anarquía social, fué el crecimiento económico y la *mise en valeur* de las riquezas naturales. Con los intereses valiosos y las atrevidas esperanzas, nació el anhelo de quietud en los grupos que antes se balanceaban al capricho de las olas como barcas vacías. Hoy se puede medir la estabilidad gubernamental en las diferentes repúblicas por su desarrollo económico. Las que han quedado rezagadas en el movimiento se debaten aún en la sombra, bajo el capricho de los caciques militares; las que han entrado de lleno en la vía del trabajo fecundo, han adquirido cierta consistencia, como

la Argentina, Chile y el Uruguay, donde bajo la administración del señor Batlle y Ordóñez se ha realizado una obra atrevida que confirma la transformación de las que no fueron en los comienzos más que patrias nominales desprovistas de todos los elementos constitutivos de la nacionalidad, en países prósperos con características inconfundibles y matiz nuevo.

Con esto que pudiéramos llamar el nacimiento de la verdadera patria—porque nuestra vida colectiva fué hecha exclusivamente en los comienzos de reminiscencias y de copias discordantes, y la patria sólo empezó á existir cuando se amalgamó el conjunto y sacamos, bueno ó malo, un producto original de nosotros mismos—, nació naturalmente un movimiento intelectual importante, que aunque se tradujo en obras de mérito desigual y de diversa índole y aunque careció en ciertos momentos de disciplina, diluído como estaba en territorios vastísimos, presenta un conjunto armónico que puede ser reunido bajo la misma denominación.

Desde la frontera de Méjico hasta el mar Austral, en las diez y nueve repúblicas que ocupan una extensión de más de veinte millones de kilómetros cuadrados y reunen una población de cerca de cincuenta millones de habitantes, existe (con la excepción del Brasil, que no habla la misma lengua) un movimiento intelectual solidario y concordante. No se trata de un mosaico de tentativas locales, sino de un solo pensamiento, de una sola

alma, de una sola literatura que sorprende por su unidad y su integridad de espíritu. Las mismas variantes de que hablaremos en seguida son una confirmación de lo que venimos diciendo, porque ellas no indican dos direcciones contradictorias, sino un desenvolvimiento gradual de la misma orientación, que á medida que avanza se depura y toma conciencia de sí misma.

II

Fué un fenómeno curioso el que se produjo en la América española en los últimos veinte años del siglo XIX. Del conjunto iletrado y sin tradiciones de cultura, de la *cohue sociale* bruscamente orientada hacia la especulación y la riqueza, surgieron de pronto, aquí y allá, sin conocerse, sin concertarse, por crecimiento espontáneo, las intelectualidades sutiles, afinadas y en ciertos casos enfermizas que transportaron á aquel medio un tanto rudo y primitivo el producto supremo de las civilizaciones seculares. Claro está que el decadentismo y el simbolismo no arraigaron definitivamente en una tierra cuya savia joven estaba pidiendo sinceridad y vigor. Pero el solo hecho de que esas escuelas hayan podido mantenerse durante diez años y conserven aún cierto prestigio en una región que

en sus vagos devaneos de literatura sólo había conocido el clasicismo terco de los profesores de latín y el romanticismo fácil de los dramas de capa y espada, constituye un hecho extraño que revela un maravilloso poder de asimilación y de improvisación.

Por eso cabe reconocer que ese primer empuje—haciendo abstracción de sus tendencias, con las cuales parece inútil repetir que no estamos de acuerdo—fué rico en resultados favorables para la intelectualidad del Continente, porque no sólo removió los cerebros y creó una actividad desconocida hasta entonces, no sólo suavizó nuestras asperezas nativas y las dejó aptas para ensayarse en todos los tonos, desde los más duros hasta los más sutiles, sino que dió lugar á una floración inesperada de talentos originales y de obras dignas de aplauso, que si tenían la frialdad y el amaneramiento de lo que nace más de las lecturas que del corazón, demostraban una pasmosa aptitud y una preparación singular.

Aquellos hombres jóvenes que acababan de abrir los ojos á todas las perspectivas intelectuales estaban tan empapados en el arte europeo y tenían tan frescas las lecturas, que no podían menos que dejarse conquistar por el arte francés, que ejercía—y ejerce aún—en la América del Sur una una influencia preponderante. Los escritores de París modelaron el espíritu de las nuevas generaciones. Y esa crisis de imitación fué de excelentes

resultados, porque dió vivacidad al estilo, color á la frase y orden progresivo al conjunto, renovando así la lengua y las tradiciones grandilocuentes y ceremoniosas de Castilla. Á Francia debemos las cualidades inapreciables que, injertadas en el robusto tronco español, harán de la literatura hispano-americana una cosa aparte que no pueda ser confundida con otra. Pero hay que reconocer que algunos de los renovadores no se contentaron con imitar los procedimientos. Enloquecidos por el primer empuje, resbalaron á veces hasta adoptar las mismas pasiones, tratar los mismos temas y hacerse con la imaginación y las lecturas un alma artificial, á imitación de la que prevalecía en la literatura modelo.

Así nació la epidemia de «parisianismo», que nos inmovilizó durante algunos años en un arte cuyos productos fueron dignos de elogio, pero cuya orientación y cuyos elementos constitutivos no respondían á ninguna necesidad social, á ningún anhelo común. En vez de crearse un pequeño público en su región, los jóvenes escritores soñaron acaso en ir á hacer la competencia á los que tenían uno enorme en el extranjero. Lo cierto es que de ese desvarío resultó una labor especulativa, de cenáculo, sin base en la opinión. Porque aquellas traslaciones obstinadas de los gestos de París, por excelentes que fueran, no podían interesar ni á los franceses, que ya tenían los originales en su propia casa, ni á los sudamericanos, que

no alcanzaban á ver en ellas ningún reflejo de sus preocupaciones.

De este período confuso en que el alma americana parecía interrogarse sobre su propio destino y en que nuestro esfuerzo intelectual fué completamente ajeno al Continente y al lugar donde se producía, como si los escritores hubieran sido europeos transplantados que evocaban comarcas adonde no podían volver, han quedado sin embargo varios libros prestigiosos y algunos nombres célebres. Sería pueril negar que el talento se impone á pesar de las barrerås que él mismo se complace en acumular á veces en su camino.

III

Pero la literatura verdaderamente *nuestra*, la única que puede interesar en Europa, tenía que nacer y abrirse campo á pesar de todo. No era posible que el alma de los artistas permaneciera ciega y muda ante la naturaleza salvaje, las costumbres curiosas y la atmósfera nueva. Junto á los que sólo respiraban el aire que nos traían los trasatlánticos, empezaron á surgir los que se sintieron atraídos por la pampa solitaria, por los tipos aborígenes y por los cielos salvajes que extendían sobre las patrias jóvenes otros colores y otros cre-

púsculos. Una idea fecunda serpenteó de un extremo á otro la América latina. Había que utilizar los elementos de arte que brindaba la región; había que dar voz al alma de la raza; había que descubrir y hacer valer nuestras minas de belleza, como ya habíamos descubierto y hecho valer las de oro. Entonces comenzó una evolución, tímida y deficiente en los comienzos, hacia lo que empieza á hacer hoy el arte nacional.

Las dificultades que presentaba la empresa y el esfuerzo enorme que requería la creación de tipos y fórmulas inexistentes, dió á las primeras producciones de este grupo no sé qué aire infantil, ingenuo y primitivo que hizo sonreir á algunos. Ya no se trataba de combinar cosas parcialmente vistas ó pensadas, sino de crear de pies á cabeza una expresion para los nuevos paisajes, una silueta para los héroes del terruño, una síntesis para los matices de carácter que caían por la primera vez bajo una pluma. Por eso es por lo que al juzgar la literatura criolla debemos despojarnos de rigorismos estrechos y tener en cuenta que los que la cultivan no están puliendo el legado valioso de cien generaciones, sino tallando en la piedra ruda los primeros contornos y las líneas fundamentales de una estatua inédita.

Aquí conviene añadir que después de interesarse por la patria del nacimiento, muchos de estos nuevos escritores se interesaron por la patria de la actualidad moral, es decir, por el volumen de

ideas que arrastraba el siglo en su corriente. En vez de dejarse ganar por la indiferencia y el desgano y de ceder al diletantismo que algunos predicaban como expresión suprema del arte, empezaron á examinar con interés los problemas de su tiempo, á tener convicciones filosóficas y hasta á entrar bravamente en las selvas peligrosas de la política, contribuyendo así á la empresa de saneamiento social que tanta falta hacía en aquellos países, entregados durante medio siglo de indiferencia á todos los caprichos aventureros.

Con esto y con la viril aspiración de hacer obra durable y desarrollar las ideas y las sensaciones en libros sólidos y definitivos, empezó á desembarazarse la juventud de los tres errores que la debilitaban: el apego á los temas exóticos, la indiferencia ante la vida y el apresuramiento que la indujo á desmigajar su acción en míseros ensayos y folletos de veinte páginas. Así empezó á realizarse en la América latina el ensueño de la literatura nacional, que había tenido en Sarmiento, Mitre, Palma, Díaz Mirón, Julián del Casal, Almafuerte, Justo Sierra, José Martí, Acevedo Díaz, Gutiérrez Nájera y algunos otros, un pequeño núcleo precursor que merece nuestra gratitud.

IV

Pero citemos algunos nombres. No los agrupamos según las tendencias, porque en muchos casos éstas aparecen un tanto indefinidas é inseguras, y en otros chocamos con la dificultad de que ciertos escritores han producido obras dentro de las dos corrientes, sin que sea lícito decidir cuáles son entre ellas las de más valía y las que les caracterizan mejor. Además, nada es más odioso ni más vano que regimentar grupos intelectuales. Cada autor tiene su particularidad, su característica, su matiz. Las tendencias que apuntamos no son caminos exclusivos por los cuales desfilan en orden militar dos batallones hostiles, sino la resultante media de dos orientaciones, dentro de las cuales cada cual es jefe de sí mismo, y tiene, por lo tanto, su suborientación personal.

Empecemos por los poetas (1). Es innegable que entre ellos es don Rubén Darío el que goza de más

(1) Para el lector americano no puede tener gran interés una enumeración de nombres familiares. Pero este estudio, publicado, como algunos de los que figuran en las páginas siguientes, en *La Revue*, de París, fué escrito con el fin de dar al público europeo un cuadro general de nuestra literatura.

renombre, porque ha dado á la poesía americana las voces más puras y más modernas, determinando una sacudida feliz y creando un movimiento importante bajo los auspicios de Verlaine y de Mallarmé. Junto á él viene don Leopoldo Lugones, que es quizá más épico y ha hecho en las *Montañas del Oro* una obra admirada y valiosa. Pero como no es posible dedicar un párrafo á cada autor, por grandes que sean los méritos de algunos de ellos, digamos en síntesis que los señores Valenzuela, Urbina, Nervo, Tablada, Rebolledo, Icaza, Dávalos, Delgado, Barrero Argüelles, Gómez Robelo y algunos otros forman en Méjico un grupo brillante y modernísimo; que en la Argentina encontramos á los señores Rojas, Ghiraldo, Leopoldo Díaz, Díaz Romero, Carriego, Espiro, Talero, Torres Frías, Melo, Maturana, Gálvez, Noé, Naón, Riú, Blach, Chilotegui, Ortiz y una falange animosa y llena de vigor; que en el Perú reina un poeta grandilocuente, don José Santos Chocano; que en el Uruguay se destacan los nombres de Roxlo, Falco, Frugoni, Vaz Ferreira, Bustamante, Reissig, Carreras, Vasseur, Pérez y Curis, Teyssera, Bertotto, Moratorio, Betancourt, etc.; que Bolivia ha dado individualidades delicadísimas como los señores Jaimes Freire, Díez de Medina y O'Connor D'Arlach; que en Venezuela son familiares los versos de Valderrama, Mata, Coronel, Recamonde, Abandero, Urdaneta, Correa; que en Cuba surge un verdadero poeta nacional, el señor Manuel Pichardo, y que de

Norte á Sur fermenta una actividad febril que se traduce en obras interesantes y sintomáticas como las de los señores Bórquez Solar, Gavidia, Valencia, los hermanos Carbonell, Dublé-Urrutia, Arciniegas, Luis C. López, Camargo, Uhrbach, Ismael López, Londoño, Ricardo Miro, Rosado Vega, Santiago Arguello, Cervera, Contreras, Fabio Fiallo, Lisímaco Chavarría, Magallanes Moure, Mauret Caamaño, Pastor Ríos, Miguel Luis Rocuant, R. A. Rodríguez, Peón del Valle, Zegarra Ballón y muchos otros de igual mérito.

Esta enumeración larga haría suponer que América es una región privilegiada, donde se hace fortuna con la poesía. La verdad es que la profesión de escritor es entre nosotros, fuera del periodismo, casi honoraria. De aquí el deshilachamiento que se advierte. Los autores son innumerables, pero la producción es mezquina, intermitente y precaria, porque muchos de los que gozan de cierto renombre y podrían triunfar con poco esfuerzo, se ven obligados á emplear lo mejor de su actividad en tareas más productivas.

Pasando á la prosa, encontramos un núcleo importante donde descuellan algunos autores muy conocidos en Europa, como el señor Gómez Carrillo, que nos ha dado libros cautivantes, escritos en una lengua maravillosamente flexible y personal; como el señor Blanco Fombona, cuya última producción, *El hombre de hierro*, es quizá el ensayo más feliz que se ha hecho dentro de la novela genuinamente

americana, y como el doctor José Ingegnieros, que ha sabido dar á la ciencia un matiz seductor y modernísimo. Pero además de los que por haber sido traducidos están al alcance de todos, quiero, abreviando estas enumeraciones, citar en la novela nacional á Carlos Reyles, Díaz Rodríguez, Pardo, Bunge, Viana, Fernández Guardia, Orrego Luco, Castellanos, Martel, Rodríguez Mendoza, Grognet, Aldao, Sicardi, Campos, Ceballos, Maldonado, Bazzano, Jordán, López Zuviria, etc.; en la crítica á Zumeta, Rodó, Eduardo Ferreira, Urueta, Semprún, Carricarte, Andreve, Gerchunoff, Medina Chirinos, Ureña, Coll, Eloy González, Calderón, Palma, Agustín García, Echagüe, Cantilo, Fortoul, Picón Febres, Fernández García, Sáenz Hayes, Lugo, Almada, Nin Frías, Norberto Estrada, Cisneros, Gonzalo Salas, Pardo, Masferrer, Soiza Reilly, H. Tejera, Deschamps, Bernárdez, Moreno, Monteavaro y Palomeque; en el teatro (del cual hablaremos en otro capítulo, porque es el género que ha dado lugar á un movimiento criollo fundamental) á Payró, Samuel Blixen, Sánchez, Otto Miguel Cione, Petit, Pagano, Duhau, Velloso, Soria, Jiménez Pastor, Laferrère, Pacheco, Bosch, Zavalía, Fontanella, Peña, Fernández Duque, etcétera; en la oratoria á Palacios, Roldán, Avellaneda, y en la literatura en general á Vargas Vila, Ángel de Estrada, Caprile, Murature, Carlos Martínez Vigil, Márquez Sterling, Vicuña Subercaseaux, Carlos Correa Luna, Dominici, Ghigliani, Pérez Triana,

Cestero, Herrea, Rafael Barret, Gache, Lasso de la Vega, Pagués, Crosa, Turcios, Molina, Ambrogi, Decoud, Penha, Sanin, Manuel Prado, Tena, Bravo, Cobo, Torres, Manuel Oliver, Chiappori, Constancio Vigil, Alvarez, Vedia, Cabrera Guerra, Chumaceiro, de Tomaso, Rouco Oliva, Fernández Ríos, Sux, Valiente Noailles, Paterson, Miguel Herrera Mendoza, Salvador Oria, E. Ricardo Gómez, Troyo, Tinoco y los que muy jóvenes aún empiezan á conquistar valientemente su primera notoriedad.

Porque este movimiento es obra exclusiva de las generaciones recientes. La mayor parte de los escritores que acabo de citar tienen alrededor de treinta años. De suerte que la literatura sudamericana, sin dejar de ser ya una realidad tangible, resulta una promesa valiosa para el porvenir.

V

Es innegable que en una región cuya topografía, cuyos paisajes y cuyas costumbres son diferentes de cuanto existe en Europa, tenía que nacer un arte particular y autónomo. La vida de los campos con sus cabalgatas bruscas, sus hondos aislamientos y su encanto particular hecho de independencia y de peligro; la actividad de las nuevas ciudades cosmopolitas, donde se mezclan los resabios del

coloniaje con los empujes de un pueblo joven y audaz, y el matiz inédito de nuestas almas tristes y altivas, en las que han entrado tan diversos componentes, y sobre las cuales pesan las influencias más contradictorias, debían suscitar, unidos á la épica grandeza de los horizontes familiares, esta literatura que se singulariza por un sentimiento muy vivo de la soledad, de la distancia, del valor y de la libertad. Con ayuda de ella empiezan á traducirse las inquietudes y las emociones de los pueblos, donde se improvisa en cinco años una ciudad de 25.000 habitantes, donde se venden en remate, á un golpe de martillo, 100.000 carneros, y donde entre el áspero vigor de la Naturaleza se levantan aún, en ráfagas locas, los últimos vestigios de las razas desposeídas. Los rasgos característicos son la salud, la fuerza y la meditación. Porque nada invita más á las somnolencias interiores que nuestros llanos solemnes, donde el galope del caballo parece arrancar á la tierra un gemido bajo el cielo siniestramente rojo.

Pero la tendencia localista no supone en los escritores una ausencia de sentido universal. Muchos son los que siguen cultivando un arte ajeno á la época y al lugar en que se produce. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los mismos que obran así sufren indirectamente la influencia de la corriente nacional. El modo de encarar los asuntos, la impetuosidad de los entusiasmos, la atmósfera toda de su pensar, está denunciando la presión del

medio. Y eso es en definitiva lo único que conviene perseguir. Porque literatura nacional no debe ser para nosotros la que remueve exclusivamente los asuntos y las perspectivas locales, sino la que aplica una manera propia de sentir y de ver á la vasta diversidad de la vida. Las costumbres del país serán naturalmente las que más á menudo se reflejen en ella, pero para que la transformación vaya más allá de los rasgos exteriores y penetre hasta el espíritu, tendrá que ser posible hacer al fin, aun con temas exóticos, un producto local inconfundible.

El porvenir dirá si deben realizarse las esperanzas que hace concebir este movimiento. Lo que es innegable, es que él ha nacido al calor de Francia y que á ésta le cabrá siempre el honor de haberse anexado intelectualmente la mitad del Nuevo Mundo para amamantarla en su seno y darle después la libertad, unificando así á los intelectuales del Continente y realizando en el terreno de las ideas la confederación soñada por Bolívar.

El "modernismo" en España

I

El libro que el señor José Francés acaba de dar á luz con el título de *Guignol,* sintetiza en cierto modo las cualidades—y los defectos también—de la corriente artística que se viene haciendo sentir bajo el nombre inseguro de «modernismo». Se trata de una obra sintomática que merece ser leída con atención, no sólo por su mérito intrínseco, sino también por las reflexiones que sugiere sobre las nuevas tendencias intelectuales y sobre la literatura española en general. El señor Francés, que es un escritor notable, cuya sensibilidad sutil sabe descubrir matices interiores que á veces parecen imperceptibles, no nos guardará rencor si decimos que ella vale sobre todo por las indicaciones que da sobre el estado de alma de una parte de la juventud.

Á raíz de la muerte del decadentismo, que llegó

á España con gran atraso, después de haber dado la vuelta á la América latina, quedó en la literatura castellana un grupo neutro que supo escapar al naufragio, dando á su desorientación una forma cautivante. De las particularidades de las antiguas escuelas había conservado la meticulosidad, el rebuscamiento de la línea y cierto prurito jactancioso de denigrar el pasado. Pero á esas supervivencias atenuadas de la corriente artificialista, unía una clara visión de las cosas, un amor profundo de la belleza y una admirable libertad de espíritu. Eran almas jóvenes que se mantenían al margen de la vida, esclavas de un desgraciado prejuicio inicial. Pero las excentricidades, cada vez más tímidas y más intermitentes, empezaban á perder la forma agresiva. Claro está que toda esa juventud desencantada no se atrevía á quemar los ídolos de ayer. Pero la mayor parte afirmaba, con más ó menos reticencias, su voluntad de pensar de acuerdo con el siglo. Porque aunque todos no comprendían las cosas de la misma manera, y aunque se podía decir que la homogeneidad del grupo residía precisamente en la diversidad, no era difícil descubrir algunos puntos comunes. En conjunto, se trataba de un núcleo impaciente que, después de haberse entregado al preciosismo, descubría la vanidad final de su tentativa y se dispersaba por las laderas de la montaña al azar de la fortuna, sin más lazo de unión que la perplejidad.

Todo ello fué tomando poco á poco un carácter

y una forma. La reacción contra el primitivo decadentismo se hizo patente hasta en el nuevo nombre que adoptó el grupo. Decirse «modernistas» era confesar una tendencia á avanzar, á renovar, á caminar hacia el porvenir, mientras que el anterior dictado de decadentes parecía envolver no sé qué idea de cansancio, de resignación y de caida. Además, había una cuestión de número y de popularidad. Los decadentes fueron un grupo hermético y reducido que se dirigió á una pretendida *élite,* mientras que los «modernistas» se multiplicaron y se crearon un público relativamente numeroso. Á mayor amplitud de gesto, correspondía mayor amplitud de escena. Por otra parte, el «modernismo» tendía á alejarse cada vez más de su punto de partida. Insensiblemente, como se renueva la piel por asimilaciones y eliminaciones invisibles, se fué modificando la fisonomía de muchos escritores, que pasaron del fingimiento á la casi-sinceridad sin darse cuenta de que se habian metamorfoseado, é insensiblemente también fueron siendo anexados por la opinión al «modernismo» muchos otros que por su origen y sus características nunca habían soñado fraternizar con él. Así se formó una masa tan considerable como confusa, donde por la misma ausencia de programa cabía todo.

Pero ¿qué es, en definitiva, el «modernismo»? De «modernistas» han sido motejados Valle Inclán, Rueda, Carrère, los hermanos Insúa, Jiménez, Martínez Sierra, Machado, Pedro de Répide, López

Barbadillo, Villaespesa, Candamo, de Val, González Blanco, Rusiñol, Díaz Canedo, Maragall, Benavente, Pérez de Ayala, Marquina, Ramírez Angel y hasta el que escribe estas páginas. Tan profunda resulta la confusión de tendencias y matices, que no parece posible deducir nada concreto. Algunos de estos literatos son simples adoradores de la Naturaleza; otros blasonan de artífices pacientes y limitados; aquéllos se obstinan en aparecer como diletantes á la antigua usanza, y éstos se confiesan partidarios de un arte social. ¿Cómo descubrir los lazos que los unen? ¿Cómo explicar que fraternicen bajo una misma denominación? Sin embargo, el «modernismo» existe, si no como escuela, por lo menos como grupo. De ello dan fe los artículos de los escritores jóvenes y hasta el catálogo de la librería Pueyo, donde han sido reunidos los nombres más contradictorios. La palabra se ha hecho tan común, que la vemos aplicada á todo: al periodismo como al traje, á la pintura como al sistema de alumbrado, y aunque aquí significa una cosa y allá otra (¿cómo pueden caber igualmente dentro de un rótulo Nietzsche, la mitología, el socialismo y las modas 1830?), es innegable que algo coordina interiormente las visibles disonancias.

Quizá ocurre con esta tentativa lo que con el bien público: muchos son los que se dicen partidarios de ella, pero cada cual la entiende á su modo. Sin embargo, vamos á tratar de desentrañar su espíritu.

Lo primero que hallamos dentro es el odio al clasicismo glacial y al romanticismo grandilocuente. Como consecuencia inmediata, vemos asomar un deseo de novedad que ora lleva á los escritores á aceptar las hipótesis y las formas más atrevidas, ora los empuja hacia pasados remotos que por su propia vetustez sorprenden y dan la sensación de lo inédito. Como tercera característica, para completar el triángulo, decubrimos una franca predisposición á aceptar y buscar la influencia francesa. Pero mirándolo bien, estos rasgos comunes son casi exclusivamente negativos, porque ponen en evidencia lo que aquellos escritores combaten, sin especificar lo que persiguen. Hasta cuando se inclinan á adoptar formas nuevas, á rehabilitar el pasado ó á admitir la ayuda de otra nación, no hacen más que dejar constancia de su inquietud, porque ni delimitan cuáles serán los procedimientos renovadores, ni explican dónde reside la novedad de lo viejo, ni declaran en qué dosis debe ser mezclada la influencia extranjera al alma nacional. De lo cual resulta que lo único definido y tangible que encontramos dentro del modernismo es lo que éste ha conservado del movimiento decadente. Y no lo decimos en son de burla, porque la prolijidad, el amaneramiento y la jactancia de antes se han modificado de tal modo, que hoy pueden pasar como cualidades útiles para contrarrestar el descuido y el sometimiento que caracterizó hasta hace poco á la literatura española.

Si quisiéramos recoger rasgos aislados que sólo existen en algunos escritores, podríamos llevar río arriba el análisis y la definición, pero como lo que sorprendemos en éstos está en contradicción con lo que descubrimos en aquéllos, y como cada cual parece haber realizado lo posible por darse un perfil diferente de los demás, sólo conseguiríamos aumentar la confusión introduciendo componentes puramente personales en una definición común. Después de todo, el modernismo no es quizá más que un movimiento individualista, una coalición momentánea de gentes que abominan lo que existe sin declarar lo que desean y quieren ir á alguna parte, sin saber adónde. La tendencia natural que nos induce á buscar en la actitud de los otros una excusa á nuestras propias debilidades, hizo que los escritores de este grupo reprocharan á los de la generación anterior la inconsistencia y la abulia que encontramos en ellos mismos. Pero la verdad es que el movimiento, tal y como lo vemos actualmente, significa una protesta, pero no abre una orientación.

Y claro está que si sólo le damos el alcance de una protesta, todos los jóvenes somos modernistas, porque todos deseamos acabar con el tradicionalismo y crear una nueva literatura. En lo que diferimos es en la manera de ver el porvenir.

Por eso cabe declarar que si el empuje no ha sido definido aún, es porque todavía no ha tomado cuerpo. ¿Cómo delimitar los contornos de una

aparición insegura y brumosa, que todo lo deja suponer sin afirmar nada?... Es de esperar, sin embargo, que las nuevas generaciones, que como hijas que son de su siglo, se sienten inclinadas hacia la exactitud y hacia el método, no prolongarán mucho tiempo esta incertidumbre. El «modernismo», como ciertos grupos electorales sin programa, tiene actualmente la ventaja de que todos puedan identificarlo con lo que apetecen, pero fuerza será decidirse y definirlo.

II

Si tuviera que condensar en pocas frases mi opinión sobre el asunto, diría:

En todas las epocas ha habido una «nueva escuela literaria» y una «nueva tendencia intelectual», porque la evolución es la condición primera de la vida y porque así como cada siglo está en cinta del que vendrá después, cada forma momentánea del ideal da nacimiento á una pequeña revolución, que hace ley hasta que es suplantada por otra. Desde este punto de vista se puede decir que nada es durable y que todo es eterno. En lo que construímos entran elementos de lo que derribamos. La vida resulta un sistema de moléculas que se

entredevoran sin alterar la composición del conjunto. Los materiales son tan irreemplazables como indestructibles, y cada cosecha de hombres no hace más que combinarlos á su modo. Por otra parte, una literatura es el producto de un estado social y de una conciencia colectiva. De ahí que en todos los países—hablo de los grandes conjuntos definitivamente organizados—se observen sucesivamente las modalidades literarias que correspondieron á las diversas vicisitudes de su historia. Cada una de ellas fué una «nueva tendencia intelectual» con respecto á la anterior.

Por eso es por lo que la palabra «modernista» no debiera servir para designar una escuela determinada, sino para delimitar una situación temporal y común á los diversos movimientos. Todo grupo será el último con relación al que le precede, mientras no asome uno nuevo. Los románticos fueron «modernistas» para los clásicos, los parnasianos lo fueron para los románticos, los decadentes para los parnasianos, y nosotros lo somos para los decadentes.

Pero aceptando la denominación, salta á los ojos que, aunque todos son ó han sido «modernistas», esta palabra se emplea hoy más comúnmente para designar un movimiento de transición nacido á raíz del difunto decadentismo.

Aquí cabe repetir que no condeno en bloque las tendencias de esta última escuela. En el prefacio de mi *Joven literatura hispano-americana* tuve

oportunidad de reconocer los beneficios que nos trajo. Fué la resultante de la mentalidad de una generación que podemos situar entre 1880 y 1890 y nos reveló algunas modalidades desconocidas. Todos los jóvenes le debemos algo. Pero ese movimiento pasó, como pasó el estado de desorientación moral que le dió atmósfera.

Encarando el porvenir, me parece que lo menos que se le puede pedir al «modernismo» es que sea *moderno* y que traduzca las inclinaciones que sacuden el corazón de nuestros contemporáneos. La especie ha tomado posesión de sus músculos y está haciendo un esfuerzo prodigioso para destruir lo feo y lo malo (que son rezagos de barbarie), bajo todas sus formas (enfermedad, odio, ignorancia, vicio, injusticia, etc.), y realizar al fin sus luminosos destinos. De suerte que á una época de depuración y de razonamiento tiene que corresponder una literatura severa, universal y humana.

En el prólogo al último libro de Salvador Rueda y en un artículo de *La Lectura*, de Madrid, titulado «Las razones del arte social», he dicho cuál es, á mi juicio, la nueva orientación literaria. Vamos hacia un estado en que el escritor será el verdadero conductor de las colectividades. La verdad es belleza en acción, y debemos derramar belleza sobre la vida. Somos las partículas más vibrantes de nuestra época y tenemos que expresar y traducir en sueño sus verdaderas inquietudes. Queremos bajar por la sinceridad hasta las raíces

del alma para descubrir nuevos manantiales de alucinación y de encanto. Por eso hacemos lo posible para no sacrificar el fondo á la forma, ni ésta á aquél. La divisa no puede ser más clara: ofrecer el vino mejor en el vaso más impecable.

Naturaleza y Arte

Aquella noche cenamos en la terraza, frente al mar.

¿Por qué tienen los crepúsculos de estío una melancolía tan honda? El sol era un agujero de fuego, por donde se escapaba á borbotones la sangre que teñía el agua inquieta; el cielo semejaba un gran biombo gris con su desgarrón de púrpura en un extremo, y las minúsculas habitaciones que bordeaban la playa parecían cobrar vida al conjuro de la noche para investigar el horizonte, como faros, con sus grandes ojos de luz.

Cuando trajeron el café, Nina rompió al fin el silencio de nuestro largo «tête á tête» y llenando las dos tazas, formuló el epílogo:

—Es la eterna melancolía de los crepúsculos, de los adioses y de las muertes. ¿Quién aspira á esculpir la eternidad con el humo de un cigarrillo? Nuestras vidas flotantes y aleatorias resultan parpadeos de luciérnagas en la profundidad de una neblina... Las estrellas, que han visto huir los siglos como nosotros vemos pasar los minutos, empiezan

ahora á espiarnos (porque las estrellas han sido puestas ahí para velar sobre el sueño de los hombres); y una barca obscura, ¿la ves?, huye del puerto, dejando una estela clara, come si desgarrase lo desconocido. ¿Adónde va la barca y por qué nos miran las estrellas?... Todo se condensa en el más misterioso y alucinante de los sueños: vivir...

El camarero trajo los cigarros.

Los clientes del hotel se habían dispersado por los jardines y desde la terraza distinguíamos la silueta de los grupos que aparecían entre los árboles, semienvueltos en las rachas armoniosas de la orquesta que lloraba en el «hall».

Estábamos solos bajo el cielo azul acribillado de luces. Algunas estrellas rodaban al mar, como si un fantasma las despeñase con el pie desde las alturas... Esperamos en vano que una vendría á caer en el fondo de la taza vacía... Las estrellas y los pensamientos buscan la sombra... Las que se hunden en el agua, ¿acabarán por ahogarse ó servirán de collar á las sirenas?...

En el mareo de la noche, las visiones se confunden. Lo real y lo imposible, lo imaginativo y lo palpable se mezclan en un solo plano, que parece ser el mismo en que actuamos nosotros... ¿Nos volvemos inmateriales, ó las ilusiones toman cuerpo? Esa fué la pregunta que nos hicimos quizá los dos; pero una cortedad pueril, un escrúpulo de desnudarnos interiormente, nos impuso la eterna sonrisa trivial, y continuamos disertando:

—La incertidumbre de la vida—prosiguió mi compañera—y la inquietud interior que nos induce á ensayarlo todo, nos van alejando hora por hora, sin que sepamos á punto fijo por qué nos tenemos que separar... Pero ambos sentimos la necesidad y nos sometemos á ella, obedeciendo á algo independiente de nosotros mismos...

—Lo que ocurre—contesté, hablando á mi pesar, porque me agobiaba la tristeza de la noche—es que no nos podemos habituar al sonambulismo intraducible que queda después de una ruptura entre las almas... ¡Cuánto tiempo hace que las nuestras se dijeron adiós! Lejos de mí el reproche. Tú eres el ave maravillosa é inconsciente, diminuta y perfecta, que gorjea sus melodías bajo el sol. La misma preciosa puerilidad de tus pensamientos y tus actos completa el perfil impecable de tu silueta de marfil... Pero somos dos elementos incompatibles, como el fuego y el agua. Mi hosca sinceridad, mi rudeza interior, mi olor de tierra húmeda están en contradicción con tus morbideces y tus sutiles duplicidades. No es que no te comprenda, es que no puedo rimar contigo... Tu corazón pide Trianones, el mio la selva virgen... Y como no cabe vivir en zonas morales distintas, desafinando en la sensación de cada minuto, mejor es tender el vuelo, tú hacia los invernáculos y yo... yo hacia el mar azul...

Nina deshojó la última rosa entre sus dedos inmateriales.

—Siempre las mismas voces estridentes para cu-

brir la armonía de las flautas...—murmuró con una mueca de cansancio—; tus verdades tienen no sé qué brusca gesticulación que desbarata los hilos invisibles con que tejemos nuestro universo interior... Porque con todo lo inexistente, lo remoto y lo desconocido trazamos nosotros en la luna los jardines en que siempre soñamos y por donde nunca debemos pasar... Si el ansia que nos muerde mantiene la engañosa leyenda de las Hadas, si somos las víctimas de todas las grandezas ilusorias, es porque conservamos quizá el recuerdo de un imposible anterior... Las incongruencias son axiomas de una lógica desconocida... Ven con nosotros hacia las claridades que nadie ha podido ver... La sombra tiene fosforescencias si nos resignamos á cerrar los ojos... Porque son los sentidos los que modifican y esconden la esencia final de las cosas... Sin ellos, llegaríamos quizás á penetrar todos los secretos... ¿Es necesario acaso «saber» para «sentir»? Alejémonos de la vida en la barca de ensueño que nadie sabe adónde va... Y busquemos las sensaciones raras, dando la forma de una mariposa á cada curiosidad indefinible...

—Dirás que soy el buey que humea después de la labor sobre los campos abiertos ó el rústico nacido en las grietas de la montaña que se interna en el bosque con el hacha al hombro, cantando una canción... Pero deja que mis pensamientos sean rudos y ásperos, como los troncos seculares que el musgo viste de terciopelo. Tus arabescos reposan

Respuesta al señor Rodó

I

Nadie admira más que yo el empuje fecundo y triunfal de nuestra América. Hemos realizado un avance tan portentoso en todos los órdenes de la actividad, que parece el nuestro un continente privilegiado donde basta tocar la tierra para hacer brotar la civilización. Pero esta certidumbre feliz no puede impedirnos reconocer que, por causas múltiples, asoma á menudo en la raza más inclinación á destruir que á realizar. Si la fuerza perdida en encender revoluciones y derribar gobiernos para reeditar después, bajo otro lema, las mismas ingenuidades, la hubiéramos empleado, de un extremo á otro del Continente, en trazar ferrocarriles, suscitar iniciativas, organizar la democracia y domar la Naturaleza, nuestras naciones victoriosas se hallarían hoy en la cúspide del adelanto material. Claro está que si medimos la distancia recorrida se nos sube á los ojos una llamarada de orgu-

llo. Pero la costumbre de vivir emboscados al borde de la carretera para apedrear al que pasa, ha entorpecido desgraciadamente el florecimiento espontáneo de la región. Ocupados en impedir la obra de los demás, no nos ha quedado á veces tiempo para realizar la nuestra. Y la impaciencia del mando moral ó material nos ha imposibilitado de tal suerte, en algunos casos, para ejercer acciones durables, que casi se podría decir que hemos procedido colectivamente á la manera de esos ilusos que malgastan en mentirse la apariencia de la celebridad el tiempo que pudieran emplear honradamente en conseguirla.

De más está decir que estas tendencias generales se han reflejado en la literatura. Nuestro mundo intelectual tomó en ciertos instantes la forma quimérica de un interminable balcón atestado de espectadores que acechaban al transeunte para apabullarle el sombrero. Y aunque una juventud vigorosa y sana, capaz de sentir la alegría y el orgullo de la creación, ha reaccionado gallardamente contra esos gestos pueriles, aun quedan grupos bravíos que se ensañan contra todas las realizaciones, hasta contra aquellas que les son fundamentalmente favorables.

De aquí la placidez con que he aceptado los artículos en pro y en contra de mi *Antología*. El hecho de haber puesto á la disposición de la juventud del Continente un editor y una casa propia en un libro abierto á la colaboración común, no me

parece digno de los aplausos entusiastas de los unos ni de los severos reproches de los otros. Pero los comentaristas tienen siempre razón, y quiero creer que saben de estas cosas mucho más que los autores. Por eso he respondido mansamente, aquí y allá, con un *in tenui labor* conciliante; que si los elogios no me han envanecido nunca, las críticas no me han emocionado tampoco. Además, los papeles tardan tanto en atravesar el Océano, que es imposible sostener polémicas desde Europa. Al cabo de dos meses nadie se acuerda del artículo que provocó la contestación. Sin contar con que estas escaramuzas de alta esgrima no alcanzan nunca á modificar la opinión de nuestros amigos ni de nuestros adversarios. Sólo por cortesía puedo, pues, formular en un paréntesis algunas aclaraciones generales y contestar sucintamente á todos, á propósito del artículo publicado en estas mismas columnas.

II

Cuando el señor Rodó, que no transige con los optimistas, me reprochó no sé qué concesiones al amor propio colectivo (sin reparar en que si yo he sido pródigo en los elogios, él lo ha sido en las críticas, y así hemos resultado dadivosos los dos),

llegué á preguntarme si puede ser preferible la concepción hosca y glacial de los sedientos de jerarquías que multiplican los anatemas y se creen inatacables porque son menos malos que los demás. Pero un verso de Virgilio bastó para desvanecer mis perplejidades, y no tardé en retornar hacia los que abren los brazos bajo el sol, abarcan grandes conjuntos y descubren lo bello en todas partes. Porque no cabe duda de que la vida y los hombres son una mezcla gris de grandeza y de pequeñez, de perfección y de fealdad, de armonía y de discordancia. Lo plausible y lo reprobable están casi siempre unidos, como el metal y la escoria. Y las divergencias de apreciación sólo derivan de los ojos del alma. Unos ven las espinas á través de las rosas; otros las rosas á través de las espinas. Estos sólo se detienen ante los defectos: aquéllos no buscan más que las cualidades. Y todo resulta, en realidad, del color de nuestras fibras interiores, porque lo bueno ó lo malo de las cosas depende del espejo que las retrata; y así como el diamante sólo refleja en el oro su luz, en la piedra proyecta su sombra exclusivamente.

Esto no es, después de todo, más que una opinión personal. Las generosidades del carácter podrán ser bienhechoras ó nocivas. Pero en todos los casos debieran servir para hacer imposible la sospecha de que el que las usa pueda ser capaz de menguadas exclusiones y de olvidos estériles. Mi amable contradictor no lo ha pensado así, y como

no alimento contra él la más leve animosidad, voy á contarle la historia de nuestra pequeña *Antología*.

Todos están de acuerdo en afirmar que era urgente reunir en un tomo el pensamiento y la obra de las nuevas generaciones. Nuestra joven literatura, casi tan desconocida en América como en Europa, estaba pidiendo un colector. Sin embargo, ninguno de los críticos á quienes hubiera correspondido la iniciativa se decidió á intentar el esfuerzo necesario... y peligroso. Yo pensé que esa reserva no era una razón para que el libro se quedara por hacer, como no lo eran tampoco los rencores pasajeros que fatalmente se tenían que acumular sobre el autor; y en ausencia de los que debieron realizarlo, me adelanté, con grave perjuicio de otras labores más personales, á compilar prosaicamente el volumen. Claro está que la obra no resultó perfecta, porque ninguna lo es y porque ésta presentaba dificultades insalvables. Pero ella significa, por lo menos, un pequeño sacrificio de amor propio y un esfuerzo honrado para llenar una necesidad común.

Los que descubren que faltan algunos nombres, no hacen más que repetir lo que yo he dicho en una advertencia preliminar. No es posible reunir materiales y datos completos sin el auxilio de los mismos escritores. Y como no todos contestaron á la nota que les envió el librero, la primera edición tuvo que resultar deficiente. En vano tratamos de

remediar el mal, en la medida de nuestras fuerzas, aprovechando las páginas que la casualidad ponía á nuestro alcance. Los que por modestia, como Emilio Becher, ó los que por orgullo, como tantos otros, se abstuvieron de acudir á la llamada fraternal, cavaron un hueco penoso que ansiamos llenar por todos los medios, pero del cual no somos responsables. Bien sé que faltan los nombres de Pedro Emilio Coll, César Zumeta, Baldomero Sanin Cano, Clemente Palma, F. García Calderón, Juan Agustín García, Carlos Reyles y Ricardo Jaimes Freire, y además los de Samuel Blixen, Eduardo Ferreira, Carlos Roxlo, Andrés Mata, Marco Avellaneda, Henríquez Ureña, Froilán Turcios, Efrén Rebolledo, Arturo Ambrogi, y tantos otros á quienes el crítico, tan olvidadizo como el colector, ha dejado, á su vez, en la penumbra. Pero yo, menos severo que él, no se lo reprocho, porque todos los que están en contacto directo y frecuente con la intelectualidad de América, saben cuán difícil resulta hacer un censo definitivo de la población literaria diluída en tan vastos territorios, y recordar, en todo momento, los nombres de prosistas y poetas que viven en países lejanos y escriben de una manera intermitente. Con el concurso de todos esperamos remediar estas deficiencias en una próxima edición. Pero como no es posible añadir los 183 nombres nuevos que me ha señalado hasta ahora la crítica intercontinental, siempre ha de haber quien se crea perjudicado y ofendido.

La literatura hispano americana parece una selva confusa y en cierto modo misteriosa. Si es difícil descubrir desde París la nacionalidad de determinados escritores de residencia variable y de mariposeo habitual en las revistas juveniles, ¿cómo no ha de serlo adivinar la edad de cada uno en sociedades improvisadas, donde éstos son célebres á los veinte años y aquéllos empiezan á escribir á los treinta? Confieso que, en más de un caso, he apuntado nombres sin saber si cabían dentro de los límites que me impuse en lo que respecta á la edad. ¿Cómo descubrir á los que han pasado de los cuarenta, si nos conocemos tan superficialmente que, á veces, no atinamos á escribir los apellidos con exactitud, y si carecemos á tal punto de datos certeros, que del mismo señor Rodó yo no sabría decir si figura en la *Antología* á título de precursor ó á título de joven?

Cuando me repiten que faltan algunos literatos ilustres, contesto sin vacilar: los añadiremos. Pero cuando me anuncian que sobran otros, no puedo acceder, también porque si dentro del tejido sutil de malquerencias literarias escucháramos á todos los que piden exclusiones, se desvanecería el tomo. Además, no he hecho la *Antología* desde un punto de vista crítico, que me hubiese obligado á violentar mis convicciones para erigirme en juez. Comprobé que tales y cuales autores gozaban de cierta reputación en su comarca, y los anexé á la obra, sin cuidarme de pesar escrupulosamente sus

méritos. A ello me empujó también la convicción de que todo es, en América sobre todo, relativo. De establecer á la entrada una censura severa, no sólo corría yo riesgo de dejar el libro en blanco, sino de descubrir con mis propias armas de crítico la incapacidad en que me encontraba para juzgar á los demás.

La obra será deficiente; pero ¿quién se atreve á hacer una perfecta? Todos sabemos las dificultades que ofrece una antología, y salta á los ojos que la mejor de todas no puede responder á la concepción particular que cada uno se hace de la literatura. Lo único que puedo afirmar es que nadie emprendió nunca nada con un espíritu más imparcial y más probo. Claro está que el libro ha sido compilado y compuesto con cierta precipitación, como todo tiene que serlo en nuestros países, donde se improvisa la vida y donde los hombres nuevos sienten pesar sobre sus hombros la responsabilidad de las cosas múltiples y contradictorias que urge acometer. Pero una antología de jóvenes ha de ser espontánea como la juventud. Y aunque no he empleado largos años en medir las proporciones, sé que el pequeño libro que he entregado á mi generación para que ella le dé la forma definitiva, servirá, á pesar de sus defectos, para representar ante el porvenir nuestra literatura reciente. Si una duda me quedara, se desvanecería ante la aspereza con que lo han criticado algunos.

III

Pero los que se acantonan en determinados puntos dan prueba de una falta de concepción general que advertimos en el mismo señor Rodó cuando se apercibe á juzgar el Prefacio y se queda enredado en dos detalles: la afirmación de que la verdadera actividad de las letras empieza en la América del Sur con las generaciones jóvenes y las clasificaciones incidentales de «imitación directa» é «imitación aplicada». Que un hombre estudioso y prudente como él se limite á examinar fracciones y pierda pie hasta el punto de olvidar las grandes líneas, es cosa que nos aflige de veras, porque descubre una contradicción amarga entre la grandeza de nuestros destinos y la incertidumbre mental de los hombres que deben darles forma. ¿Cómo? En un trabajo donde se delimitan los orígenes, la influencia española, la influencia francesa, el vértigo de las revoluciones, el despertar de las conciencias, la confusión de las tentativas, la aparición del simbolismo y las características múltiples de la literatura juvenil; en un estudio que abarca, bien ó mal, un siglo de vida inteligente, que sintetiza el empuje de varias generaciones y

que remueve los problemas que más apasionan á la intelectualidad sudamericana, ¿sólo ha descubierto el señor Rodó dos puntos que comentar?

De cualquier manera que se mire, esa actitud no está á la altura de lo que podíamos esperar del crítico. Porque ó se halla él en desacuerdo con mis opiniones y al no decirlo ha faltado á su deber de mentor y de guía, ó coincide con ellas, y entonces salta á los ojos que al abstenerse de declararlo ha dado prueba de una parcialidad incompatible con la ponderación ceremoniosa que lo caracteriza.

Lo que hay en el fondo de todo esto es una nueva manifestación de la triste enfermedad que tantos estragos causa en España y en Sud América, y que consiste en no decir lo que se sabe y en no saber lo que se quiere. La tendencia enojosa á contemporizar con todos, inmoviliza á los hombres y les impide descubrir opiniones resueltas y abarcar vastos panoramas. Los que no resbalan sinuosamente evitando los obstáculos, toman actitudes brumosas que los ponen á cubierto de toda explicación. Preguntadles lo que les irrita, y os contestarán eligiendo los detalles para parecer dogmáticos y profundos. Interrogadles sobre lo que les sonríe, y se limitarán á citar nombres indiscutibles y á formular equivalencias hábiles. Ignoran que lo que nos disgusta en ellos es precisamente el empeño que ponen en gustar, porque nada es más fácil que volver la espalda á toda afirmación, dejar obrar á los otros y reservarse la tarea cómoda de fulminar

imperfecciones. Y olvidan que la medida del escritor la da su aptitud para encararse con los bloques de ideas y su audacia para proclamar su convicción con la serenidad de la energía, en estas épocas atormentadas y febriles en que no abundan los hombres desinteresados que, ajenos á los egoísmos personales, sepan servir de quilla á la verdad.

Pero examinemos los puntos que han fascinado al señor Rodó y le han impedido opinar sobre el Prefacio. Según él, la verdadera actividad intelectual de la América española no empieza con las generaciones jóvenes, y á su juicio no cabe hablar de «imitación directa» y de «imitación aplicada». De más está decir que ambas afirmaciones se funden en una sola, con la cual no estamos de acuerdo.

Aunque comparemos el movimiento de imitación de las generaciones que nos han precedido con la manifestación más discutida del decadentismo de 1890, tendremos que reconocer en ésta un progreso notable. El lenguaje se ha rejuvenecido, las ideas se han renovado y la libertad lo ha teñido todo del color del porvenir. Pero con lo que conviene comparar la imitación de antes, si se quiere advertir la diferencia, es con la floración prometedora y original que triunfa en este siglo, con la masa enorme de talentos victoriosos y de individualidades indómitas que están sentando las bases de nuestra literatura definitiva.

No diré que, tomados en bloque, resulten en América los progresos intelectuales tan innegables

como los económicos. Pero si el señer Rodó reflexiona, tendrá que reconocer entre las características nuevas la libertad de lenguaje, el inteligente criollismo, cierto soplo de rebelión y la confianza orgullosa que nos empuja á salvar los límites del continente. Decir que estamos en la misma situación que en tiempo de Montalvo y Andrade, es cerrar en la misma América los ojos ante una evolución que empieza á ser estudiada en Europa. Bastaría recordar lo que ha ocurrido en el Teatro y citar los nombres de Payró, Sánchez, Blixen, Pagano, Peña, Cione, Pérez Petit, Soria, García Velloso, Duhau, Laferrère, Ghiraldo, Fontanella, Levenne, Demarchi, Pacheco, Castagnola, Fernández Duque, Zabala, Santero y otros que escapan á causa de la precipitación con que escribo, para tener la convicción de que, á pesar de ciertas deficiencias, asoma un arte fundamentalmente nuestro. Claro está que como esos autores viven aún, no benefician del vidrio de aumento de la posteridad, pero el señor Rodó no puede exigirles que desaparezcan para conquistar la investidura de fundadores de un teatro.

Es innegable que la imitación directa y servil, que fué la distintiva de los primeros tiempos, se ha transformado en imitación aplicada, es decir, libre. ¿Se atrevería el señor Rodó á sostener (aun haciendo la consabida salvedad de las excepciones) que los escritores de hoy son simples copistas disciplinados? En el Continente se arremolinan todas las

influencias, pero esa misma diversidad de empujes es la que, al dar nacimiento al espíritu crítico y al favorecer la selección, ha hecho brotar las particularidades que acentúan el matiz regional. Por eso es por lo que cuando decimos que la verdadera historia de las letras americanas empieza con las generaciones jóvenes, no aventuramos una paradoja. Entre la intelectualidad de hoy y la de 1870 media una distancia considerable. Nuestros pensamientos y nuestra aptitud para realizar belleza han tenido que progresar como la importancia de nuestros diarios, como el aspecto de nuestras ciudades, como el conjunto de nuestra vida, porque no es posible que cuando todas las formas de la actividad evolucionan y bullen devoradas por la llama del progreso, permanezca estancada precisamente aquella que es el origen y el resultado de las demás.

Ciertas afirmaciones podrán resultar ofensivas para nuestra generación, pero no consiguen hacer olvidar la prudencia con que se ha negado el crítico á hablar de la literatura del Continente.

IV

Si insistimos en ello, es porque ya es hora de que el señor Rodó, que viene mariposeando desde hace muchos años en folletos minuciosos que coin-

ciden con los cambios presidenciales, nos dé al fin en un libro sus opiniones sobre ese asunto. Él no es novelista, ni poeta, ni sociólogo, ni periodista, ni luchador, y su actitud, limitada como está á la crítica, puede emplearse para bien de todos en esa labor necesaria. Para merecer el reconocimiento de América no basta afirmar que yo no he logrado hacer una antología de inmortales: es necesario definir la atmósfera literaria, delimitar sus zonas, descubrir sus corrientes, analizar su composición y establecer una especie de cuadro meteorológico que permita abarcar el estado actual con los antecedentes que lo hicieron posible y las consecuencias ó previsiones que de él se pueden deducir. Esa es la obra que estamos esperando. No lo decimos para molestar al crítico, ni para confirmar vanas superioridades. Ambos somos simples moléculas si nos comparamos con los intereses que están en juego y con los destinos de nuestra raza en el porvenir. Lo hacemos porque experimentamos, como todos, la necesidad de ver condensadas en un volumen la historia y la psicología del esfuerzo mental que ha realizado Sud América.

En vez de estar descorazonando á la juventud con tristes afirmaciones y vaticinios hoscos, conviene realizar cosas durables y sembrar el optimismo y la confianza, que son la distintiva de los fuertes. Todo está entre nosotros por hacer. Inmensos territorios piden brazos y cerebros que los fecunden. La tierra parece hincharse de ansiedad, recla-

mando máquinas para hacer valer su riqueza, exigiendo ciudades populosas para centralizarlas y llamando á los talentos creadores que deben servir de espejo en el despertar maravilloso.

¿Cómo seguir siendo espectadores en medio de esta movilización de actividades? Si yo tuviera que arengar á las nuevas generaciones, les diría:

—Trabajemos, para poder juzgar con más indulgencia el trabajo de los demás. Levantemos los muros de las futuras metrópolis intelectuales. Y lejos de resignarnos á la somnolencia del pescador de imperfecciones, pongamos manos á la obra y ayudemos á modelar la fisonomía de esta América que se adelanta á ofrecer sus tesoros á un segundo conquistador: el pensamiento. No es posible que el mutismo siga pasando por profundidad y la inmovilidad por virtud. Claro está que yerran menos los que menos hacen. Pero la impaciencia y la audacia son las mejores prendas de los trabajadores del porvenir, y los que luchan son los únicos que embellecen la vida, porque al vencer imposibles difunden en torno la atmósfera sutil de esos sueños en que hay figuras que pasan levantando polvo de estrellas en el corazón.

El teatro criollo

I

Por rudimentario que sea, todo teatro nacional ofrece un interés vivísimo para llegar al conocimiento de las costumbres de un pueblo. Más que la novela, el teatro desnuda las particularidades, la mentalidad y el alma de una región. La plasticidad de las visiones, las mismas exigencias del arte escénico que obligan á proceder por medio de síntesis escalonadas y hasta la aprobación de un público local que ha podido verificar sobre el terreno la verosimilitud aproximativa de los cuadros, dan las seguridades mejores de fidelidad y exactitud. Por otra parte, es en el arte teatral donde más vigorosamente se ha afirmado en todos los tiempos el espíritu de cada nacionalidad. A pesar de los convencionalismos, resulta un reflejo elocuente de nuestra propia vida. Y la mejor prueba de ello es que sólo aparece á raíz de una diferencia mental. Allí donde no asoma una existencia fundamental-

mente autónoma, puede existir la poesía lírica y la novela, pero no el teatro de costumbres.

De más está decir que por costumbres no entendemos solamente la parte exterior, y por así decirlo, gráfica, sino también, y sobre todo, la interior. Porque los sentimientos generales y hasta las pasiones humanas se modifican según el matiz y las características de una colectividad, cuando ésta vive una vida independiente. Hay como una manera de hacer propios los gestos universales, imponiéndoles un sello local que sin cambiar su fondo los modifica. Y ese es el origen de todo teatro. Así que la vida empieza á tomar en un país, al influjo de causas diversas, una fisonomía propia, surge indefectiblemente—más ó menos plagada de inexperiencias é imitaciones—la forma dramática que corresponde á la flamante variedad social.

Claro está que desde el punto de vista artístico estos teatros tienen que ser inferiores á los de los países que han venido puliendo, enriqueciendo y perfeccionando durante largos siglos su patrimonio de originalidad y de belleza. Pero no por ser literariamente insuficientes dejan de tener una importancia innegable como síntomas de la cultura de un pueblo, y sobre todo como indicios de su orientación en el porvenir. Por eso, y por la originalidad violenta que distingue sus primeras creaciones, merece el teatro criollo la atención que ha comenzado á despertar.

Imaginemos la Pampa salvaje y solitaria, baña-

da en sangre por los crepúsculos, sumida en el terror por las noches, y desparramemos encima todas las cóleras, todos los apetitos, todas las generosidades y todos los miedos, simbolizados en personajes de epopeya, cuyos gestos anchos no estén contenidos por preocupaciones ni por leyes. Dejemos caer sobre este cuadro todo lo que hay de desconocido y de pastoril en las costumbres rústicas de la tierra nueva, donde los hombres y las cosas parecen conservar la ingenuidad de los orígenes. Y en el conjunto emocionante y rudo, hagamos surgir la silueta prestigiosa del gaucho insumiso y leal, generoso y valiente, que libra batalla á la policía y se refugia en las soledades para salvaguardar su libertad, que sólo puede morir con él. Así tendremos una primer idea del teatro criollo.

II

Como todos los teatros, éste nació de la manera más humilde. Fué en Buenos Aires, en un circo ecuestre, entre *ecuyères* y *clowns*. El director de la compañía, el señor Podestá, tuvo la idea de extraer de una de las novelas populares de don Eduardo Gutiérrez la atmósfera y la acción de una especie de pantomima trágica. Como debía representarse en un circo de arrabal, cuya clientela

bulliciosa exigía melodramas con muchos muertos, el señor Podestá combinó un espectáculo que se desarrollaba mitad en una escena minúscula, mitad en la pista. Las decoraciones eran tan sumarias, la acción tan simple y el arte de que hicieron gala los adaptadores tan inseguro, que la pieza, juzgada con nuestros ojos educados por el convencionalismo de los grandes centros, sólo podía aspirar á un fracaso. Sin embargo, fué un triunfo. Después de mantenerse en el cartel durante varios años, *Juan Moreira* peregrinó triunfalmente por todas las ciudades de provincia.

El éxito—que sorprendió á todos, comenzando por los autores é intérpretes—se explica por varias razones. Primero, por la naturalidad brutal de las escenas. Las ciudades, donde todavía vibraba el recuerdo de los galantes salteadores y los bandidos célebres que dieron á la «profesión» no sé qué tinte de romanticismo agudo, se dejaban arrebatar en un vértigo de simpatía por los personajes hoscos, que parecían superiores á la multitud. Por otra parte, los conflictos estaban tan claramente expuestos, tan complacientemente detallados, había tanta puñalada y tanta pólvora, que los que se sentían libertados apenas de los primeros instintos, veían en todo ello una apología del famoso culto al valor, que es entre nosotros, según de donde se mire, la cualidad primera ó el defecto capital. La segunda razón fué de orden político. El carácter malcontento de la raza, el hábito de oponerse á

toda organización y á toda autoridad, se sentía halagado por las proezas del personaje indómito que derrotaba á los gendarmes y se erigía en único mentor de sí mismo. Pero la razón principal del entusiasmo fué la alegría con que acogió el público la pintura ó la evocación más ó menos completa de costumbres y personajes del terruño.

Durante ochenta años de vida autónoma, desde 1810 hasta el momento de que hablamos, el teatro sólo nos había ofrecido un reflejo del alma, las pasiones y la vida extranjera. Aunque los dramas y los intérpretes auropeos nos ofrecieran las más altas concepciones y las más bellas síntesis, ¡cuán lejos estaban de reflejar las preocupaciones locales, de las que nos sentíamos cada vez más prisioneros á medida que el tiempo y la prosperidad imponian mayor arraigo! Las deficiencias de la obra fueron olvidadas. El gusto del público hizo las más amplias concesiones, y nadie quiso ver más que lo que el drama tenía de profundamente criollo. A los aplausos del arrabal se unieron los de las gentes acomodadas. El género se puso de moda, y todos saludaron en *Juan Moreira* la posibilidad de un porvenir.

Contemos en dos palabras el argumento. Un gaucho, leal y trabajador, va á pedir humildemente justicia al juez de paz de su jurisdicción, porque el colono italiano Sardetti, á quien ha prestado «unos pesos», niega la deuda. La autoridad, representada por don Francisco, ve con malos ojos al

gaucho desde el casamiento de éste con Vicenta, á quien el juez ha galanteado sin éxito, y aprovecha la ocasión para hacer gala de despotismo y altanería. Casi sin oir razones, condena á Moreira. Y como éste alza la voz y defiende su derecho, estalla uno de esos episodios brutales que son tan frecuentes en aquellos campos, donde los depositarios de la fuerza pública, lejos de todo control, sólo obedecen á menudo á sus pasiones. Abofeteado y envilecido, Moreira cae en poder de los gendarmes, que le arrastran á la prisión. De más está decir que se evade. Pero ¿cuál será la suerte del pobre gaucho, detrás del cual galopa la policía? Después de matar á algunos de sus perseguidores en encuentros brillantes y afortunados, vuelve una noche á hurtadillas á su hogar. Más le hubiera valido no venir. Su compañera, desamparada y pobre, ha cedido á las solicitaciones de don Francisco. El gaucho provoca á éste y le mata en lucha leal. Pero Moreira ya no es más que un malhechor, sin casa y sin amparo, que acaba por hacerse matar á su vez en un último encuentro con los gendarmes.

En el fondo de esta obra hay, como dice el señor Fontanella en un estudio interesante, una profunda moral y una alta filosofía que muestra la situación dolorosa del campesino sudamericano, víctima de los desmanes de la autoridad. Moreira sólo es al principio un hombre trabajador que somete su pleito á la justicia. Pero le burlan, le ofenden, le roban sus afecciones, y los instintos orgullo-

sos del primitivo se desatan en una insurrección absurda contra todo lo que existe. Esta será la inspiración y el fondo de la mayoría de los dramas que se van á suceder dentro del mismo teatro.

III

Porque parece inútil insinuar que el éxito suscitó una cosecha abundantísima, y aunque ninguno alcanzó la brillante fortuna del primero, se puede afirmar que casi todos fueron superiores desde el punto de vista literario.

A medida que el género se apoderaba del público y arrastraba tras sí á una juventud ardiente y entusiasta, los procedimientos y el mecanismo sufrían modificaciones fundamentales. La pista desapareció, y las intrigas, siempre sanguinarias y hoscas, se desarrollaron, desde el principio hasta el fin, sobre la escena. Quizá se hicieron imposibles así algunos detalles pintorescos, pero el conjunto ganó en dignidad y en armonía. Sin renunciar á su frescura y á su matiz silvestre, el teatro criollo se europeizaba en lo que toca á las formas esenciales. La noción del *racourci* y la destreza para hacer aceptar y dar como ocurrido lo que nadie debe ver, aligeraron la intriga de los detalles inútiles, precipitando la marcha de la acción. Las entradas y

salidas de los personajes fueron más lógicas, los actos más proporcionados, el interés más sostenido. Y si el lenguaje conservó la dureza y la baja exactitud de los primeros tiempos, sus desmanes antiliterarios fueron menos frecuentes y su ordenación más noble y más artística.

En esta segunda etapa de perfeccionamiento parcial y de belleza se intentó una ampliación del género. Hablo de la comedia de inspiración urbana, reflejo de la vida y los conflictos de las ciudades.

Es evidente que las costumbres del campo no son las de todos los habitantes de Sud-América. En las capitales de más de un millón de almas como Buenos Aires, así como en las poblaciones más pequeñas que también tienen su carácter y su matiz, hay una atmósfera particular que tiene que ser reflejada en la escena. La mentalidad y las costumbres de la burguesía criolla, el ambiente de fiebre y de improvisación, la promiscuidad de los puertos donde fraternizan todas las razas y donde las diversas inmigraciones se compenetran y se diluyen dando lugar á una variedad á veces monstruosa, tenían que hacer nacer la ambición de dar forma á una nueva especie dentro del surco ya abierto.

Pero el ambiente de las ciudades se prestaba menos á la síntesis, á causa de la diversidad, del cosmopolitismo, los caracteres contradictorios y los colores menos netos. Los tipos urbanos, más indecisos á causa de su delicadeza, más difíciles de definir, más de doble fondo, se sustraían más fácilmente á

la interpretación que los personajes rudos y unilaterales de la Pampa. Ninguna tarea más difícil, en efecto, que la de fijar dentro de una vida todavía inestable las siluetas transitorias de un momento de la evolución social, los retratos inseguros de viajeros vertiginosos que vienen de lo desconocido y van hacia el porvenir. Hay que crear una forma de expresión para las características, hay que descubrir á través de las apariencias los rasgos esenciales y hay que improvisarlo todo, desde los fundamentos hasta los útiles. En esta tarea dificilísima están empeñados ahora los fundadores del teatro criollo.

La delicadeza en las pinceladas, la sobriedad en el gesto, la exactitud, la vivacidad, son cualidades que no se improvisan. Sólo las adquirimos á fuerza de observación, cuando familiarizados con las perspectivas nos resignamos á las eliminaciones que aconseja la experiencia. Y si esto es difícil en todos los géneros literarios, en el teatro lo es más. Así se explica la indecisión con que nuestros escritores abordaron el drama elegante, que resultó, con raras excepciones, descolorido, porque en la mayoría de los casos los personajes carecían de personalidad ó caían en el dominio de la caricatura. En cuanto á las escenas de suburbio, siempre adolecieron de cierta dureza superficial y de no sé qué tendencia á atenerse á los detalles exteriores y á hacer una copia apresurada de los rasgos más violentos.

Estos lunares los encontramos también en el drama que refleja las costumbres del campo, pero con menor intensidad. Por su realismo, sus caracteres y su filosofía, este es por ahora el verdadero drama criollo. También es el que por su originalidad y su color tiene que interesar más en Europa.

IV

Examinemos su espíritu.

Lo primero que encontramos es la hostilidad, ó mejor dicho, la melancolía colérica con que asiste el habitante de las pampas á la invasión persistente y bienhechora del emigrante. El gaucho simplista y extremadamente orgulloso, se siente desalojado de su patria por intrusos que, en su hermosa soberbia, juzga inferiores porque se someten á las mezquindades del ahorro, aceptan tareas bajas y se niegan á compartir su concepción heroica del amor propio y del valor. Los hombres prudentes, trabajadores y sufridos que metamorfosean la vida, suscitan necesidades nuevas y consiguen acumular en pocos años una fortuna, no representan para el gaucho imprevisor un tipo más apto, sino una degeneración despreciable. Su alma primitiva no admite la superioridad de los productos

de la civilización. Por eso es por lo que el triunfo lógico de los que traen otra constancia y otra «escuela» le sume en una especie de desaliento desdeñoso y altivo. ¿Para qué luchar?—se dice—; el *gringo* (1) lo acapara todo.

Este sentimiento está expresado con mucha fuerza en varios dramas, y especialmente en uno del señor Florencio Sánchez. El gaucho Cantalicio, que poseía un campo, lo ha vendido al colono italiano Nicola. Después de algunas habilidades, éste ofrece al fin pagar la suma en un cheque. Aquí se ponen de manifiesto, primero la desconfianza, después los rencores, y por fin el amor propio exagerado del vencido. «Eres honrado—dice Cantalicio dirigiéndose á Nicola á raíz de una discusión—, porque todos te protegen... todos, todos... hasta el cura, que te da la razón... Yo soy un pillo... No tengo dinero ni hacienda y he nacido en este país... Eres muy honrado y me querías estafar el poquito dinero que me dejaste.... Yo no quiero papeles.» Y cuando el cura, para disipar la equivocación, quiere entregarle el dinero, el gaucho se opone: «¡No señor! me lo ha de pagar él... Me lo ha de pagar... Y salgan todos de aquí... Déjenme... Vayan á cuidarlo al gringo... que le hace más falta... Déjenme, déjenme... ¡Solito!... Yo no preciso de nadie... Ya no tengo amigos, ni casa, ni

---

(1) Nombre con el cual se designa en ciertas regiones de la América del Sur á los extranjeros.

hijos, ni patria... Soy un apestado... Nadie me quiere... ¡Salgan!... ¡salgan!... quiero morir... Sufro mucho... Sin casa, sin hijos, sin amigos... No soy más que un pobre criollo...»

Y no es que se prepare allá una sustitución. No peligra la originalidad nativa, puesto que el extranjero mismo se metamorfosea en la patria nueva, hasta el punto de perder al cabo de algunos años su nacionalidad moral. Lo que ocurre es que el antiguo tipo criollo se desvanece para dar paso á otro menos pintoresco quizá, pero más de acuerdo con el siglo, á un nuevo producto de la fusión de los naturales con los recién llegados. Los hijos de don Nicola no serán europeos, serán completamente criollos, pero no á la manera de don Cantalicio.

Otra de las distintivas de este teatro es la concepción inflexible y un tanto arcaica del honor. Un marido engañado tiene que asesinar al amante de su mujer. Un padre debe dar por muerta á la hija que delinquió. El hombre está obligado á lavar en sangre la más pequeña afrenta. Un roce es origen de una disputa. Los personajes parecen estar acechando las ocasiones para darse por ofendidos y desencadenar catástrofes. Y no es que los autores empleen recursos de melodrama. La vida criolla es así tierra adentro. El teatro no hace más que reflejar las susceptibilidades extremas, que dan á las costumbres rurales cierto matiz medioeval. En lo que respecta á la familia, nadie concibe la idea

de transigir. La fidelidad de la mujer es un dogma. Si hay una que sucumbe, no cabe el perdón. El criollo ha heredado de los conquistadores la costumbre de hacerse justicia. Por eso es por lo que los dramas del adulterio se reducen á una escena de sangre. No hay discusión previa. El crimen está justificado de antemano en la conciencia de los espectadores... Pero esta ferocidad sentimental aparece atenuada por un escrúpulo caballeresco: en la mayoría de los casos el marido no mata á la mujer, mata al amante. La mujer merece el insulto, el desprecio, el abandono, pero un hombre no puede tocarla; el verdadero culpable es el ladrón de honor, y á él va la puñalada ó el balazo. Podrá ser discutible la doctrina, pero ella emana del estado social de la mujer en la América del Sur. Esta no es un ser autónomo, dueño de sus acciones, sino un niño mimado que pasa de la tutela del padre á la del marido, sin que en ningún momento pueda tener la veleidad de dirigirse. Cuando ha faltado á su fe, cuando ha burlado la confianza que se puso en ella, se la abandona á su destino, y para vengarla casi tanto como para vengarse, se piden cuentas al instigador, al cómplice.

Cuando se trata de una señorita que ha sido burlada por un seductor, el padre ó el hermano se encargan de lavar el insulto. Pero la conclusión es la misma. Puesta al margen de los suyos, se encuentra en medio de una colectividad severa donde no existen las situaciones dudosas y donde la que

no es completamente honrada tiene que resignarse á no serlo del todo.

Esta misma rigidez la encontramos aplicada á los hombres, cuyo honor reside en la valentía. Lo que más se aprecia es la resolución, la temeridad, el desprecio á la muerte. Los pocos personajes temerosos ó tímidos que aparecen en el teatro criollo, tienen perfiles grotescos y sólo asoman para provocar las risas de los espectadores. Todo hombre tiene que ser una especie de fiera pronta á lanzarse á ojos cerrados contra quien le lastime en su dignidad. Pero estos ímpetus no matan la ternura y la justicia relativa que permite entrever una mentalidad autoritaria y unilateral.

La justicia debió ser tan insegura en los primeros años de la independencia, que cada cual sintió la necesidad de hacerse respetar por sus propios músculos. Los gendarmes y los jueces estaban al servicio de pasiones individuales. Y los hombres, perdidos en la soledad, librados á todas las tragedias, sólo podían contar consigo mismos para obtener el respeto y la consideración. Los hábitos nacidos de este estado de cosas, han sobrevivido á los vicios que los originaron. Y así se explica que la mayoría siga resolviendo personalmente los conflictos en una sociedad organizada donde los crímenes no quedan impunes y donde todo vengador, por justiciero que sea, sabe de antemano que sacrifica su libertad.

Aquí tocamos un punto que nos ayuda á definir

el teatro criollo. Hay sentimientos sociales y sentimientos individuales: los primeros, como el patriotismo, benefician al conjunto y derivan de él; los segundos, como el espíritu de conservación, emanan del individuo y hacia él tienden. En el panorama de nuestro teatro sólo vemos en relieve los primeros. El hombre obra casi sin escucharse, obedeciendo á la presión de la atmósfera; acepta las ideas corrientes sin examinarlas, y en todo momento parece dirigido por fuerzas exteriores. El adolescente que sacrifica su porvenir para vengar el agravio inferido á su hermana; el padre que renuncia á su hija á causa de un desliz, y el pundonoroso que va á presidio por haber castigado una afrenta, no consultan en la mayoría de los casos sus inclinaciones, sus intereses y sus gustos, sino las ideas heredadas y las preocupaciones del lugar en que viven. Son prisioneros, mitad por disciplina, mitad por falta de preparación para someter las cosas al análisis. Pero conscientes ó no, sus actos tienen un origen y un alcance social. En el mismo orden de ideas podríamos citar muchos ejemplos. Lo que hallamos en la escena criolla no son caracteres, sino gestos decisivos y situaciones extremas que nacen de hombres simplistas, pletóricos de salud. Y aquí reside precisamente el imán de este teatro, que por su misma falta de complicación en las almas nos da una extraña sensación de fuerza ciega y salvaje.

Con lo antedicho no queremos significar que sea

este un teatro retrógrado. Todas las rebeliones, hasta las más injustificadas, han sido llevadas á él. Si en *Juan Moreira* hay un requisitorio contra la autoridad política, en *Mi hijo el doctor* hallamos un ataque contra la autoridad paternal. La escena en que el hijo abofetea á su padre no sería tolerada fácilmente por otros públicos. La mayor parte de los que cultivan el género tienen ideas avanzadas y las exponen con decisión, sin herir los prejuicios de los espectadores, pero sin respetarlos tampoco. Los abusos de los ricos, la injusticia de los fuertes y la respetabilidad de los hipócritas, han tenido que soportar los más rudos ataques. También es verdad que el teatro criollo no se dirige precisamente á la alta sociedad, sino á la clase media y al pueblo.

V

Esto explica también su extraordinario desarrollo. En Buenos Aires solamente hay cinco locales que le están consagrados. La producción es copiosísima. Algunos directores abren vastos concursos, al final de los cuales las obras elegidas por un jurado prestigioso son entregadas, durante varias noches de fiebre, al juicio supremo del público. Pero existe un núcleo central de autores conocidos.

Algunos de ellos, como los señores Roberto Payró, Otto Miguel Cione, José León Pagano y Gregorio Laferrère, han sido representados con éxito en Italia ó en España. Otros, como los señores Samuel Blixen, Florencio Sánchez, Martín Coronado, Alberto Ghiraldo, Pérez Petit, Ezequiel Soria, Elías Regules, Méndez Caldeira, Xavier de Viana, José de Maturana, Agustín Fontanella, Hamlet-Gómez, Nicolás Granada, Levenne, Demarchi, Alfredo Duhau, Ortiz Grognet, Enrique García Velloso, Giménez Pastor, David Peña, Fernández Duque, Martínez Cuitiño, Calcagno, Pacheco, Castagnola, Zabala, Bosch, Morante, Maturana, Castellanos, López, Queirolo, Gardell, Libonati, Cusandier, etcétera, siguen luchando en América con ayuda de actores notables como los hermanos Podestá y los señores Bataglia y Ducasse. El movimiento es tan importante, que ha hecho decir á don Jacinto Benavente que «aunque hoy lo vean algunos con desdén, los exportadores de géneros teatrales extranjeros lo considerarán mañana como un peligro, porque resulta para los que desinteresadamente observan y con lealtad aplauden, un noble y artístico empeño que ha de lograr días gloriosos».

En conjunto y en síntesis, se trata de una manifestación original del espíritu de un pueblo joven, ansioso de dar forma á las inquietudes de una democracia rural, cosmopolita y turbulenta. Desde el punto de vista literario, ofrece las primicias de un alma rústica é indómita, y la sensación de cos-

tumbres y paisajes completamente inéditos. Desde el punto de vista social, anuncia la victoria de una consciencia nacional nueva. El optimismo de los que acarician las esperanzas mejores podrá ser exagerado, pero es innegable que dentro del arte es ésta la única realización completamente criolla. Además de su mérito intrínseco, tiene el de hacernos entrever la orientación de las masas profundas de campesinos más ó menos civilizados que, en lucha sorda con las ciudades, conservan las tradiciones y el perfume de otra edad en el tipo primitivo y simpático del gaucho viejo.

Las dos leyendas

I

Casa de huéspedes de la inmortalidad ó cuartel de inválidos de la gloria, el Panteón es, como ciertos salones ultramodernos, el paraíso de las promiscuidades. Poco importa que los restos del autor del *Assomoir* sean conducidos ó no á esa Academia de espíritus, donde los que faltan y los que sobran son más numerosos que los que figuran con honor. Sin embargo, las discusiones agrias y violentas que hoy remueven la opinión y evocan las batallas rudas del asunto Dreyfus, merecen al pasar un comentario, porque dan margen á comprobaciones de positivo interés.

Zola, como Balzac, de quien M. de Bersaucourt nos cuenta algunos rasgos típicos en el *Mercure de France*, y como todos los hombres verdaderamente superiores, ha tenido que caer en manos de los dos monstruos tradicionales: el que engrandece y el que disminuye, el que con ayuda de hipérboles acaba por deformar la personalidad y el que á fuerza de

negaciones detiene momentáneamente la victoria. Porque alrededor del que surge siempre se acumulan dos leyendas: la que todo lo ve favorable y la que siempre se manifiesta hostil; la que endiosa y la que envilece... Parece que los grandes bloques intelectuales deben oscilar entre dos abismos, hasta que el tiempo los inmoviliza y los convierte en estatua.

Lejos de nosotros la veleidad de protestar contra las dualidades de la opinión. La polémica es la aureola del nombre. Lo que se singulariza tiene que dividir fatalmente los pareceres. Todo empuje está sujeto á interpretaciones opuestas, que son como la espuma en que se envuelve la épica grandeza de las olas. No existe mar sin burbujas, ni gloria sin adversarios. Cada fuerza trae en sí el reflujo que la amenaza. Y los mismos que lloran las injusticias de los hombres son los primeros en felicitarse de tener que dolerse así, porque sólo las montañas han nacido para ser coronadas de sol y abofeteadas por los vientos, y porque vale más ser el mástil audaz en torno del cual rugen las tormentas, que el humilde guijarro que no tiene nada que temer.

Por eso es por lo que la espontánea antipatía intelectual y el odio ingenuo que levanta polvaredas en torno del que pasa, son en cierto modo la confirmación de una jerarquía. Toda acción nueva encuentra voluntades erizadas y cerebros hostiles. El silbido, la injuria y el escándalo—cuando nacen de la convicción sincera, de la pasión lastimada y de

las creencias heridas—forman como el fondo obscuro sobre el cual se destaca la personalidad, como el pasado brumoso que da relieve á la afirmación. En todo ello hay un homenaje del vencido que, al encresparse, ofrece al recién llegado el pedestal de los innovadores.

Pero las dos leyendas no se limitan á traducir el entusiasmo de los que opinan como el autor y la obstinación de los que se resisten á su pensamiento. Las grandes corrientes que imprimen forma y carácter á la geografía de los siglos, son más complejas de lo que á primera vista parece.

Tratemos de examinarlas en su conjunto, aprovechando la oportunidad y el encanto apacible de la naciente primavera. Porque conviene advertir que por el recorte de la ventana veo, en la atmósfera límpida, dos barcas diminutas sobre el azul en fuga del mar, un caserío de nieve agazapado sobre la arena y detrás de los techos rojos las ondulaciones de las colinas desiguales, que parecen galopar bajo la claridad del cielo. Todo predispone, pues, á la serenidad de la filosofía.

II

No sé si es un hecho histórico, pero se diría que después de haber agotado la furia de los huracanes y las inundaciones, el espíritu del mal, deseoso de sembrar el desorden y la confusión en el mundo, se

inclinó sobre los hombres y les arrojó la mentira. Creyéndola una fuerza incontrarrestable, el primero que la concibió recorrió las selvas como un dios pagano. La vida iba á evolucionar á su capricho, bajo el influjo del misterioso descubrimiento... Pero las malas pasiones se multiplican en la atmósfera. Los engañados se sirvieron del engaño á su vez. El vicio cundió como una epidemia formidable. Y los humanos, las bestias, los árboles mismos, se erizaron en seguida de universales disimulaciones que dieron al conjunto una fisonomía singular. La fiera aprendió á esconderse para espiar los pasos del caminante, éste fingió sonrisas para apoderarse de los bienes del rival, y hasta las aguas cavaron, en forma de abismos, sus traiciones cautelosas al borde de la playa. La tierra fué un tejido de astucias que se entredevoraron. Unos para atacar, otros para defenderse; unos por ferocidad, otros por miedo, todos recurrieron á la mentira, y se hicieron con ella una alma única. De más está decir que lejos de constituir una ventaja para algunos, resultó al fin para todos una complicación inútil. Pero ¿quién se atreve á colocarse en estado de inferioridad? La choza y el corazón nebuloso de los cazadores instintivos estaban contaminados para siempre. Mintió el hombre á su compañera al guardar para sí las frutas más sabrosas, mintieron los búfalos al atacar escudados en la noche, mintió la serpiente al tomar el color de las plantas, mintió el lago al fingir paisajes inexistentes y el cielo

mismo mintió al teñir en sangre los crepúsculos para maravillar á los niños y á los poetas...

Parece innecesario establecer que las dos leyendas de que hablamos piden á menudo sus elementos constitutivos á la fuerza misteriosa que descubrió el travieso predecesor. Por otra parte, resulta inútil insistir sobre la puerilidad de un sistema que, como el fusil de tiro rápido, no da ventaja á ninguno de los combatientes, puesto que lo manejan todos. Si renunciáramos á él, las probabilidades y las equidistancias serían las mismas, con la única diferencia de que morirían menos hombres. Pero la humanidad llama progreso á la complicación, y hay que dejarla cultivar sus espejismos. Sin las quimeras que nos desangran, la vida resultaría demasiado simple y faltaríamos acaso á la misión fundamental: sufrir.

Aceptemos momentáneamente las cosas como son y supongamos el asombro de un ser dotado de nuestras mismas facultades, pero ajeno á lo que ocurre en el planeta, que cae de pronto en medio de la ciudad populosa y asiste á los debates inverosímiles que se están desarrollando actualmente. Después de preguntar qué cosa es la *Assomoir* y quién era Emilio Zola, el recién venido se mordería los labios. Para hacerse una opinión sobre los libros basta leerlos, pero para juzgar al hombre, ¿cuáles son los elementos que le podemos ofrecer? Si no hubiera más que el aplauso loco ó la diatriba insolente, no sería imposible encontrar entre los dos

extremos el punto de equilibrio y de verdad. Pero basta una mirada para comprender que esas expresiones supremas de la adhesión y de la antipatía están llenos de subterráneos y de «truquages». Más á menudo que el razonamiento y la pasión, las dicta el interés y el cálculo. Éste exagera las adulaciones para obtener una ayuda, aquél calumnia á mansalva para disminuir á un rival... Las emanaciones del pantano han invadido las cimas... Lo más probable es que el recién venido, al comprender que donde él vió dos sinceridades en lucha sólo existían dos disimulaciones inútiles, optase por regresar á su planeta para declarar que en éste todos estábamos locos.

III

Hablemos primero de los que conducen la opinión favorable.

He aquí un hombre superior, que alza la cabeza por encima de sus contemporáneos. La voz, el gesto y las convicciones disuenan armoniosamente en medio de la monótona cantinela general. Algo dice que sobre sus hombros gravita una invisible montaña de infinito. Las flores se vuelven para saludarlo y la luna, con la cual le unen complicidades misteriosas, agiganta su silueta sobre la claridad de los caminos.

Veamos lo que ocurre.

Alrededor del peñasco intelectual empieza á formarse primero el cabrilleo del agua. Una ola acaricia, otra escupe. Pero la gran llanura azul permanece indiferente. ¡Es tan difícil remover las fibras del mar! Sin embargo, poco á poco la agitación se difunde, los círculos concéntricos se agrandan, las ondulaciones se acentúan y se levanta un leve rumor. Los tritones y las sirenas empiezan quizá á hacer resonar á lo lejos sus caracoles. Pero todavía no se saba nada. Dorado por el sol radioso, el peñasco sigue confundiéndose con las olas inquietas.

Entonces asoman, casi sin dificultad, las visiones sonrientes. La obra no ha podido levantar todavía la oposición que consagra. Por otra parte, como la exageración es menos frecuente en el bien que en el mal, el aplauso traduce una benevolencia estricta, sin dar lugar á reflujos. Pero acrece la naciente aureola del nombre... Los núcleos de partidarios se multiplican... Y se produce, primero un fenómeno reconfortante, después uno penoso.

¿Cómo decir la belleza de las almas comprensivas que se anexan, por así decirlo, á la acción de un hombre y lo empujan desinteresadamente? ¡Dichosos los que son capaces de admirar, porque en la frescura de su corazón llevan el germen de todas las felicidades! Lejos de la humillación y del orgullo, no son ni los subordinados que tienden la espalda á una ascensión, ni los tiranos que imponen

sus preferencias á la posteridad. Son los compañeros, los colaboradores, los iguales, que se someten á los mismos sacrificios y escalan las mismas cimas, en nombre del ideal común que defienden anónimamente. Si la leyenda favorable no tradujera más que las exageraciones limpias y espontáneas de estos apasionados, siempre habría, dentro del error y la inexactitud, una noble seguridad moral.

Pero al mismo tiempo que la celebridad, ha empezado á nacer la leyenda hostil, y para combatirla no faltan amigos impacientes que recurren á la ficción. Según ellos, urge crear, para contrarrestar los ataques, una personalidad excesiva. A medida que aquéllos niegan, éstos endiosan en nombre de un equilibrio que se traduce en confusión. La lucha toma otros caracteres. El atleta se convierte en gigante. Y sobre la montaña de desproporciones, acaba por reinar un muñeco pueril.

También es necesario recordar que alrededor del que se destaca forman un tejido de intereses inferiores los que viven de reflejo, esperando entrar por la brecha abierta en la gloria, y los que venden los productos intelectuales como una panacea medicinal. Un personaje falso se sustituye al auténtico. El artista mismo se siente molestado—é influído—por el fantasma que gesticula en su nombre. Pero no es posible reaccionar contra las decisiones de la mayoría. El soñador modesto que sólo ansiaba construir un nuevo faro de ideal para ilu-

minar los límites, resulta á veces un cómico ensimismado.

Al levantarlo, las olas lo han envuelto en el limo del mar.

IV

Veamos ahora el reverso de la medalla.

Como la pasión deforma los paisajes, la resistencia se traduce en antipatía. «Ahoguemos en silencio al intruso», insinúan los hábiles. Sin embargo, el nombre sigue subiendo, y fuerza es someterlo á la discusión.

Primero estalla el ataque rudo, que tiene la ventaja de ser claro y concluyente. También hay en el orden intelectual incompatibilidades y repulsiones que no es posible vencer. Los que fulminan una modalidad ó un esfuerzo con la violencia de la convicción, no hacen más que subrayar audazmente un punto de vista personal. A pesar de sus errores, son dignos de loa, porque hay mucha honradez en el acto de expresar netamente la aversión ó la ira que experimenta un alma sincera ante lo que no coincide con sus sueños. Por otra parte, la excomunión estridente, lejos de perjudicar, exalta.

Pero á medida que el hombre sube y deja presentir con sus gestos las proporciones de la obra que debe realizar, un aire mefítico sopla en torno de él. Una parte del público se siente molestada

por la aparición del factor nuevo; algunos creen ver peligrar sus posiciones ó sus ideales. La mala voluntad se hacina. Y aparece el veneno tentador. De los bajos fondos del instinto nace la idea de salpicar, disminuir ó adulterar á sabiendas la personalidad. En forma de fingido desdén, sátira ó difamación, se diluye el deseo de contener el avance del que se adelanta.

Así empieza á surgir la leyenda obscura. Con un poco de sutileza, las palabras y los actos más triviales se transforman en testimonios de desequilibrio, perversión ó deslealtad. Porque hay que tener en cuenta que muchos de los que atacan creen defenderse. Al combatir, sólo imaginan que se ponen á cubierto ó que contestan á la arremetida que ignoran. No hay hombre fundamentalmente malo. El pesimismo, la susceptibilidad ó la ambición, pueden cegar á algunos, pero los que luchan se suponen espoleados por una necesidad universal. Han encontrado el mundo así y continúan la tradición, más atentos á preservarse que á examinar la posibilidad de renunciar á la batalla.

Sin embargo, la leyenda enemiga se robustece. Rousseau resulta inmoral, Voltaire hipócrita, Balzac cobarde, Zola corruptor. Alrededor de las columnas se alza el humo espeso que las disimula ó las mancha. Si escuchamos las voces que salen de las tinieblas, todos están contaminados. Por una contradicción inconcebible, los que más alto levantaron el espíritu serían los que más descendieron

en sus costumbres. La leyenda no perdona. Cabezas de multitud, conductores de ideal, jefes de siglo, todo lo que habla en favor de la grandeza de la especie, no fué más que un muladar informe de apetitos y de bajezas. Al lado de la versión divina, la versión diabólica. En vano se revela la razón. ¿Cómo admitir que la cupidez, la lujuria, la envidia, la ferocidad y la vileza, fueron los distintivos de los que realizaron las concepciones más generosas, más puras, más audaces y más nobles que haya conocido la humanidad? No importa. Las falsas acusaciones se difundirán en los tiempos, coreadas por la malevolencia irresponsable. Los pocos casos en que la maldad acierta, dan apariencia de verdad á todas las invenciones. Además, flota como un deseo de que sea así. Porque las mayorías sólo se resignan á admirar á condición de poder desdeñar al mismo tiempo, estableciendo una pretendida compensación: «Si no lucimos aquellas cualidades—dicen—tampoco tenemos aquellos defectos, y en balance final somos superiores».

V

Así nace la gran sombra que atada al paso del que sube le sigue después en las peregrinaciones morales y cobra, á medida que el tiempo pasa, una consistencia mayor, porque cada generación le añade el prestigio de su acatamiento.

Entre las dos interpretaciones ven naufragar los hombres como Zola su verdadera personalidad. La adoración les lastima, porque su relativa grandeza les sirve precisamente para medir su pequeñez; y la calumnia les desgarra, porque nada iguala el dolor de ver que los demás desconocen lo mejor de nosotros mismos: la pureza interior. Pero el apellido, arrastrado en dos corrientes diversas y enemigas, no les pertenece ya. El futuro tendrá que elegir entre dos fantasmas engañosos, sin llegar á conocer al hombre. En vano experimentará éste el deseo de gritar la verdad. A causa de su estatura vió más lejos, pero no es ni un desequilibrado ni un Dios. Por lo mismo que es grande, no ha podido caer en las miserias que le atribuyen, y por lo mismo que es hombre, no ha estado siempre exento de vulgaridades. Sólo ha sido un ejemplar más perfecto, más clarividente que, empujado por una mano de luz, ha llenado su misión de conductor y de guía.

Pero ¿quién detiene el ímpetu de las tormentas sociales? Las pasiones obstruyen el horizonte y lo desbaratan todo. Ya no se escucha más voz que la de las grandes abstracciones colectivas. El hombre superior es un prisionero de las muchedumbres que, guiadas por el fanatismo ó por el odio, le clavan en el corazón las astillas de la gloria en nombre de las dos leyendas imposibles: la de oro y la de barro.

Un racimo de opiniones

I

Se han discutido tan ásperamente los deberes sociales del escritor, se han hecho tan contradictorias afirmaciones y se ha agitado tanto el problema de saber si el artista debe intervenir en los tumultos de su tiempo y tomar partido en las luchas que desgarran á la sociedad, que aunque á algunos deba parecer ociosa, á nadie puede asombrar esta pregunta: ¿el escritor es también un ciudadano?

Los partidarios del «arte por el arte» contestan que no, porque el condensador de belleza debe mantenerse, en las alturas, ajeno á las miserias humanas, impenetrable é inconmovible como un dios.

Los amigos del arte humano afirman que sí, porque toda obra es la resultante del medio, y los que se niegan á tomar posición en los conflictos de la plaza pública, se condenan á una labor artificial, que no llegará nunca á sacudir el alma de los hombres.

¿Cómo orientarse?

Sólo había una manera de aclarar la cuestión: haciendo una *enquête*.

Las preguntas fueron formuladas así:

I. ¿Cuáles son las características de la reciente literatura?

II. ¿Los jóvenes se inclinan hacia un arte social con cierta prolongación sobre la política?

III. ¿Cree usted que el escritor debe tomar partido en los conflictos que agitan á la sociedad é intervenir en las luchas sociales?

IV. ¿Cree usted que el arte puede tender á moralizar y á depurar á los hombres?

II

He aquí, ante todo, las palabras que podríamos llamar conservadoras, las que abogan en favor de la concepción del «arte por el arte».

Camille Pert, la célebre novelista, directora de *L'Informateur des gens de lettres,* me escribe:

«Las características de la reciente literatura francesa me parecen ser el error de no trabajar suficientemente el estilo y la preocupación de buscar asuntos sociales y de actualidad. Creo que el escritor se perjudica al mezclarse directamente en los conflictos políticos. En ellos se empequeñece y pierde su influencia. El único papel noble que pue-

de tentar su ambición consiste en epilogar sobre las luchas sociales *en cours,* desde un punto de vista elevado. El arte verdaderamente hermoso y superior es moralizador en su esencia y sirve siempre para depurar al hombre. No siendo hermoso mas que cuando es verídico y fiel, el arte tiene que ejercer siempre una influencia benéfica. Una obra artística pura es más moralizadora que un largo sermón de moral, si éste está mal hecho.»

François de Nion, el inimitable autor de *Les Façades,* es menos categórico. Su concepción admite algunas contemporizaciones. Y la carta, despojada de las frases con que me honra, dice así:

«Su cuestionario merecería un volumen, y no puedo dedicarle ni siquiera un artículo. ¿Cómo contestar entonces sumariamente á las preguntas enormes y capitales que usted me hace? Ensayemos. Á la primera pregunta: Más simplicidad, menos rebuscamientos en el estilo, pero también menos arte y menos seguridad. Una preocupación, en la novela, de estudiar un medio más bajo aún que el que exploró el naturalismo. Amargura, indecisión en el conjunto. Algunas bellas promesas.—Á la segunda: Me parece que es cosa juzgada que un escritor debe interesarse en todo, sin especializarse en nada.—Á la tercera: Sí, pero no como escritor. —Á la cuarta: Si los hombres aman la belleza, la comprenden y la respetan, serán mejores. El arte puede concurrir á ese resultado, pero no debe preocuparse de tender á él.»

Paúl Brulat, el triunfador de *La Gangue*, de quien vamos á oir las opiniones, parece mucho más radical.

«No descubro las características de la reciente literatura francesa—me dice—; ya no hay escuelas. Es la anarquía absoluta. Cada cual obedece á su temperamento y trata de afirmar su personalidad. No hablo, naturalmente, más que de los verdaderos artistas; los otros poco importan.

»Tanto peor para los jóvenes literatos que se ocupan de política. El arte, en mi entender, no tiene otro objeto que expresar belleza, ó más bien, buscar la belleza que hay en toda verdad. Lo verdadero hecho bello, esa es mi fórmula.

»El artista debe permanecer soberanamente imparcial. Pintar, ver exactamente, sentir vigorosamente, ser sincero, todo está ahí. El artista no es un moralista. La moral de su obra debe desprenderse de la lección severa de los hechos imparcialmente expuestos. Sin embargo, no le está prohibido mezclarse en las luchas sociales cuando su temperamento lo exige; pero al ensayarlo, cesa de hacer obra de arte.»

De lo que acabamos de leer se deduce que Brulat admite la posibilidad de bajar al *forum* en los entreactos de la literatura.

No es esa la opinión de Eugène Montfort, que da la nota intransigente y concluye:

«La reciente literatura francesa es muy humana. La novela sigue la buena tradición realista,

pero el detalle y el rasgo son ahora más conmovedores, de un sentido más profundo que con los realistas del siglo XIX. La poesía adopta sobre todo asuntos generales.

»Creo que la existencia de este arte de que usted me habla es más aparente que real. La gran crisis francesa del asunto Dreyfus, que ha empujado á todos á interesarse momentáneamente en la política, ha concluído. Los verdaderos artistas que pudo desviar un instante, vuelven, pues, al arte, el cual es incompatible con la política.

»Flaubert con su ejemplo ha respondido definitivamente á su tercera pregunta. El escritor —hablo del novelista, del artista creador—debe observar la vida imparcialmente. No puede, pues, tomar partido, puesto que una idea preconcebida falsea el razonamiento. Una idea preconcebida es siempre un pecado contra el espíritu. En arte es, además, un pecado contra la conciencia. Los que no comprenden la crítica (bien conocéis la frase de Degas: «el crítico explica la pintura sin comprenderla»), han dicho á los artistas: «Ya lo vemos, ustedes son impasibles.» No es «impasibilidad» lo que debieron escribir, sino «serenidad».

»En cuanto se refiere á la última pregunta, copio la página que Maupassant escribió en su prólogo á las cartas de Flaubert á George Sand. Ella es la expresión de la verdad. No hay que añadirle ni una coma: «Los novelistas tienen como principal asunto de observación y de descripción las pasiones

humanas, buenas ó malas. No tienen la misión de moralizar, ni de flagelar, ni de enseñar. Todo libro tendencioso, deja de ser un libro de artista. El escritor mira, trata de penetrar las almas y los corazones, de comprender sus subsuelos, sus inclinaciones vergonzantes ó magnánimas, toda la mecánica sutil de los móviles humanos. Así observa, según su temperamento de hombre y su conciencia de artista. Cesa de ser concienzudo si se esfuerza sistemáticamente en glorificar la humanidad, disfrazarla ó atenuar las pasiones que juzga inmorales en beneficio de las que juzga morales. Todo acto bueno ó malo no tiene para el escritor importancia más que como asunto de libro, sin que ninguna idea de bien ó de mal pueda serle añadida. Vale más ó menos como documento literario. Eso es todo.»

En esta página de Maupassant está, como dice Montfort, la síntesis, la esencia de la concepción antigua. Y no cabe duda de que las declaraciones del famoso escritor exhiben cierto orgullo indómito que seduce. Pero ¿cómo callar que apunta también en ellas un egoísmo helado que nos hiere? Los artistas ceñidos á ese credo dejan la impresión de portentosos seres dotados de mil perfecciones, favorecidos con las mejores cualidades, pero incompletos á pesar de todo, porque la Naturaleza, pasmada ante su obra, sufrió un olvido y los lanzó al mundo sin corazón.

III

Ahora voy á dejar la palabra á los partidarios del arte humano.

Empecemos por el doctor Max Nordau. Su respuesta detalla los siguientes puntos:

«I. Dada la riqueza y la variedad del último florecimiento de la literatura francesa, sería temerario caracterizarlo por medio de una fórmula simplista; pero se pueden fijar algunos rasgos. Los poetas han abandonado el verso libre de M. Gustave Khan y el verbalismo vacío del difunto Mallarmé. Retornan á las grandes tradiciones de la poesía francesa y respetan las reglas de la rima y el ritmo. Citaré como prueba las poesías de Ghreg, los últimos versos de Regnier y toda la prosodia del grupo de jóvenes talentos que se llama la Escuela Francesa. Los dramaturgos se hallan visiblemente fatigados del eterno adulterio y de la casuística de las pasiones mundanas, y aspiran á horizontes ensanchados, á altos caracteres y á nobles vidas, á la belleza, al ideal, á la discusión de cosas eternas. En la novela se nota la agonía de la pornografía y la emancipación gradual de la influencia de los Goncourt. Esa deformación intolerable de la lengua francesa que se llama «escritura artista», tiende á desaparecer. En todos los géneros, los jóvenes son

más naturales, más claros, más serios, más ricos en pensamientos, más humanos, más generosos que sus predecesores inmediatos.

»II. Los jóvenes caracterizados por esos epitetos no pueden dejar de mezclarse á la vida pública. Son ciudadanos. Son hombres. Nada humano podría serles extraño. Han abandonado la torre de marfil. Prefieren vivir en el *forum* y en el Circo. Condenan el frío egoísmo de los obreros del arte por el arte. Tienen una concepción social del porvenir y tratan de ayudar su realización por medio de la literatura.

»III. Hay un arte subjetivo: la poesía lírica, las impresiones de arte, de viaje, de vida, las novelas autobiográficas. Ese arte no está obligado á reflejar la vida de la época y á tratar sus problemas. Nos revela simplemente un alma y nos interesa en la medida exacta en que esa alma es interesante. Pero arte objetivo, que no quiere ser únicamente una confesión individual, no puede desinteresarse de la vida intelectual y moral de su tiempo sin tornarse ficticio, enojoso y momificado.

»IV. El verdadero arte, que encierra eterna belleza, es un maravilloso educador sin quererlo expresamente. Forma el gusto, lo cual equivale á transformar al bárbaro en civilizado; da ejemplos de heroísmo, lo cual vivifica el carácter y eleva las almas; diferencia y afina, lo cual es la mejor manera y la más eficaz de colocar al hombre á un nivel superior. No predica nunca, pero es una lec-

ción de objetos sobre el pensamiento, el sentimiento y la acción de una *élite*. El arte desarrolla al hombre y le hace más apto para obedecer al categórico imperativo de la moral y de la bondad.»

Nada más claro y definitivo que estas declaraciones. Ellas sintetizan de una manera admirable los propósitos de la juventud de última hora.

Saint-Georges de Bouhélier abunda en el mismo sentido y precisa algunos puntos.

«Un gran ardor, un frenesí inquieto y algo de la impaciencia de vivir que caracterizó á los artistas del Renacimiento y del siglo XV, tales son los rasgos esenciales de los hombres de nuestra generación. Ya se lean las páginas de Mad. de Noailles, los versos de Magre, de Michel Abadie, etc., siempre nos convenceremos de la asombrosa intensidad de estilo y de sentimiento de su obra. Los escritores de la nueva generación están enamorados de vida activa, ardiente, popular y social. Lejos de retirarse de la enorme ebullición de las razas, se muestran más bien inclinados á mezclarse á ella. El arte actual refleja esa inquietud de apostolado, de reforma, de revolución. Mi opinión personal ha sido siempre que el hombre de letras no debe rechazar ninguna de las inspiraciones de la hora presente, hechos públicos, hechos privados, acontecimientos nacionales ó universales. ¿Recordaré que he escrito sobre la muerte de Zola un canto de duelo y de gloria, y á propósito de Kruger, etc...? Sin embargo, mi sentir es que en el arte hay que

tener en cuenta la división de los géneros. La novela no debe moralizar ni predicar: el drama tampoco. Para expresar nuestros sentimientos sobre la sociedad y sobre la vida, debemos preferir la forma de ensayo filosófico ó de la poesía.»

Camille de Sainte-Croix insiste en esta forma:

«La característica del actual movimiento literario en Francia me parece ser un curioso recomienzo del estado de los espíritus en 1830, en su contradictoria pero curiosa diversidad de actitudes. Los revolucionarios en ideas se complacen en las formas de estilo tradicionales, mientras los reaccionarios de ideas se obstinan en innovaciones prosódicas y retóricas.

»Nuestros escritores adolescentes ponen hoy en práctica lo que nosotros, los mayores, no concebíamos más que en teoría cuando teníamos veinte años: formarse por la experiencia y la observación de las apreciaciones personales, desdeñar las opiniones hechas, honrar á los maestros del pasado y admirar sus obras sin inspirarse en ellas.

»El escritor no vale como tal sino á condición de valer algo como hombre. Debe, pues, ser ante todo un ciudadano altruísta y fraternal. Abdica toda su importancia intelectual cuando se mantiene alejado de los conflictos sociales.

»La obra de arte que no consigue hacer brillar una verdad de amor y de justicia, es una obra nula. Es por eso por lo que los sanos revolucionarios de ideas se preocupan ante todo de hacerse compren-

der hablando un lenguaje claro, regular y sobriamente armonioso, mientras que los hombres de pensamiento frío se divierten y se ingenian en dar su actividad á complicaciones gramaticales ó prosódicas fútiles y estériles.»

Y si Sainte-Croix es categórico, quien tiene detrás de él no lo es menos. Camille Mauclair, crítico eminente y poeta delicado, es uno de los talentos más prestigiosos y más nobles de la actual generación. Su respuesta serena y alta es una confesión:

«No queda duda de que el arte por el arte se muere. Y veo con placer en todos los jóvenes que vienen después de mi generación la unanimidad de este pensamiento. Se inclinan, en efecto, con pasión hacia un arte social y se preocupan vivamente de política. Es el deber del artista no renunciar en nada sus derechos cívicos. Sin ello, se convierte fatalmente en un valor social negativo. Habiendo predicado con mi ejemplo y propagado obstinadamente esta concepción durante diez años de crítica, me siento feliz al verla predominar, si no entre mis iguales, por lo menos entre aquellos que vienen detrás de mí. En cuanto á saber si el arte debe moralizar, no tengo que decir más que esto: creo que todo lo que acrece el sentimiento de la responsabilidad es un elemento de moralidad. Todo conocimiento, todo arte, aun cuando no parezca ocuparse de moral, la sirve, sobre todo si combate la moral corriente.»

IV

Volvamos ahora los ojos hacia España.

Vivificados y sacudidos por un soplo juvenil, los escritores españoles empiezan á renovarse. Las iniciativas se suceden, surgen libros ruidosos y todo hace prever nuevas cosechas cercanas. Oigamos, pues, los comentarios que provocan las dos teorías en lucha.

Doña Emilia Pardo Bazán me escribe:

«La información que usted pide no cabe en breves líneas. Es imposible encerrar esas ideas y su desarrollo inteligible en menos de un libro. Por eso no puedo acceder á su ruego en este caso. Con frecuencia respondo así, porque estas informaciones son demasiado ambiciosas. Quieren «destuetanar» á un escritor en veinte renglones.»

La eminente escritora sabe que este procedimiento de investigación no ha respetado hasta el día ningún asunto de trascendencia. El porvenir de los latinos, la cuestión de Oriente, la separación de la Iglesia y del Estado y tantos otros más difíciles de resolver, han sugerido repetidas investigaciones, á las cuales los hombres más sesudos han sabido responder en síntesis. No tiene, pues, excusa que la autora admirable de tan bellos libros y de críticas tan acertadas se abstenga de opinar en

asunto que tan de cerca le toca. Si dedujéramos de ello que su billete es hijo de las dos debilidades más difundidas en España y en América (la de no decir lo que se sabe y la de no saber lo que se quiere), iríamos sin disputa mucho más allá de nuestro pensamiento. Pero cabe lamentar que la creadora de *Insolación* haya tratado de callar esta vez para contemporizar con todos.

El director de *La Revista Blanca*, don Federico Urales, responde con resolución:

«La literatura española no se distingue por ninguna orientación enérgica. No hay aquí núcleo naturalista, romántico ni simbolista, y sólo de los decadentes puede decirse que tiene gusto determinado, que no es gusto, en mi sentir, sino manifestación externa de un débil temperamento interno. Con lo cual vengo á declarar que, en mi opinión, la literatura, como toda suerte de arte, es más bien una cuestión fisiológica que una cuestión psíquica, por más que en el terreno del arte se determine. La literatura dramática española en los hermanos Quintero, Echegaray, Galdós, Benavente y Dicenta, que son los únicos en el llamado teatro grande dignos de ser citados, no se presenta con la armoniosa serenidad y equilibrio que le dan los grandes artistas de otros países. Los hermanos Quintero en el teatro aman poco; Echegaray saca de quicio todas las pasiones y todos los sentimientos, sin objetivo estético; Galdós es simbolista analítico que no ha podido dar con un motivo ni con un procedi-

miento interesante; Benavente se dedica á los defectos pequeños que en la vida humana, mejor dicho, social, han adquirido apariencias de malas pasiones; Dicenta, aparte de *Juan José,* tiene el defecto del proselitismo por medio de la palabra, no por medio de la acción, que sería en todo caso el procedimiento teatral.»

Urales traza un bosquejo de la literatura española y continúa:

«La tendencia á un arte social no apunta entre los jóvenes escritores que más cerca están de la fama; al contrario, creen ellos que una cosa es el arte y otra el rocío de amor que esperan las almas irredentas. Las plumas que más fácil camino hacen en España son las que menos ideas exponen, porque sin ideas no ofenden á nadie y nadie tiene interés en estorbarles el paso. Pero inteligencias de tal naturaleza, aunque lleguen pronto á las columnas de la prensa grande y á las tablas de los escenarios, nunca llaman la atención del público, porque nada extraordinario por su belleza ó por su justicia tienen que decirle. Ninguno de ellos muestra inclinación por un arte social, salvo los artistas catalanes; pero en Cataluña no son sólo los jóvenes, ni sólo los escritores los que creen que el arte sin objetivo social es pueril; son todos los artistas.

»Creo que el escritor debe tomar partido en las luchas para influir en ellas conforme á su ideal social. Por eso estimo necesario que el artista tenga ideal y que convierta ese ideal en objeto de sus

amores espirituales. Un escritor ha de ser un luchador que toma el partido de los débiles, de los postergados, de las víctimas, sobre todo el partido de la mujer, por ser mujer y también por ser esclava aun de los hombres más esclavos.

»¿Si creo que el arte debe moralizar? Ante todo conviene distinguir qué entendemos por moral. Si por moral entendiéramos la práctica de las costumbres que coartan y cohiben la vida que siente el hombre sano y fuerte, yo diría que el arte debe ser inmoral. Si por moral se entendiera el bien humano, que no es deísta, ni ateo, ni autoritario, ni anarquista, pobre ni rico, que es *bien* únicamente, diría que el arte ha de ser moral, porque considero que el fin supremo de todas las cosas y de todas las actividades es la justicia.»

Son opiniones que no comparte el notable escritor don Salvador Canals, diputado á Cortes y director de la prestigiosa revista *Nuestro Tiempo*. Sin embargo, el señor Canals aprueba también la acción política y se expresa así:

«Las características de la literatura española consisten en no tenerlas. Se resiente todo en España de falta de personalidad, y la literatura no podrá escapar á esa única característica del presente momento español. Ni en la escuela ni en la universidad, ni en la vida misma, hacen cosa ninguna por crear «personas» vigorosas y señaladas, y no las hay en la literatura. Imagina usted por un libro, por una pieza literaria cualquiera, haber

dado con una «personalidad», y en su producción siguiente ve usted que no había tal cosa.

»Los jóvenes tienden á ese «misericordiosismo» convencional por el proletariado que tantos cultivadores tiene en el arte francés desde hace unos cuantos años; pero es eso tan superficial como en la mayoría de los que en Francia lo cultivan, sembradores de filantropía que no germina y á la vez de odios que, ¡eso sí!, prenden y se desarrollan con exuberancia.

»Creo con Lamartine que la acción social es el deber cotidiano ineludible, y más en países como los nuestros, donde todo el que ejerza función de vida pública, y más si la ejerce con las formas amenas del arte, ha de tener en cuenta la misión soberana del educador. Quiera ó no, si tiene público, tendrá discípulos. ¿Cómo no ha de ser interesantísimo que los enseñe bien?

»No sé si el arte debe ó no debe tender á moralizar, porque por encima de todo está el hecho de que el arte siempre moraliza; pues si es «arte» es «belleza», y la belleza es la fuente más abundosa de moralidad que pueda concebirse, refiriéndose a aquella soberana moralidad humana, eterna é inmutable, á la cual han de ajustarse todas las éticas doctrinarias si quieren ser algo más que vanidoso artificio.»

En ausencia de los catalanistas Maragall y Guimerá, que se han excusado, vamos á escuchar á Ramón D. Perés, traductor de Rudyard Kipling.

«Quien quiera conocer—nos dice—el estado de la mentalidad española, debe enterarse de las ideas y aspiraciones de los catalanes, que van á la vanguardia en la conquista de los ideales modernos europeos. En Castilla viven subyugados por un pasado glorioso que los enorgullece y llena de nostalgia, pero que en Cataluña se siente de otro modo, fiando más en la industria de sus hijos y en sus facultades de asimilación para la conquista del mundo.

»Entre las tendencias que se notan hoy en los escritores jóvenes, apunta indudablemente la social, y eso no sólo en la literatura castellana, sino en la catalana. Va resultando ya imposible para los cerebros jóvenes, educados en lecturas extranjeras, el mostrarse del todo indiferentes respecto á problemas que hoy preocupan á tantos escritores, á quienes ellos consideran como maestros. A cada paso nos vienen á las manos novelas, cuentos, dramas y artículos de periódico en que la preocupación de ese arte social que existe en Francia es notoria, y si acaso hay algo que distinga á esas tentativas de las extranjeras, es un conocimiento quizá más superficial de estos asuntos por falta de anterior preparación, ó alguna menor maestría en tratarlos.

»Creo que el escritor debe interesarse por cuanto le rodea, porque ora recibe de ello su fuerza, ora es él quien se la presta, pero cuando el escritor interviene muy directamente en las luchas políticas,

la literatura pierde con ello. El literato ha de tener más de sacerdote que de guerrillero, ó de lo contrario no está en su lugar y olvida su papel.

»Bajo la bandera de «la moral en el arte» se han estado cobijando años y años multitud de producciones soporíferas en que la moral es monjil y el arte nulo. Por encima de ellas hay otras que tienden á hacer á los hombres mejores de lo que suelen ser, en cierto sentido elevado y viril. Así es como ha de moralizar el arte, sin someterse á código concreto, imperioso, y en último resultado pequeño, si se compara con lo que constituye ese otro código eterno de la conciencia universal. Que parezca que cultivamos sólo el arte por el arte; mas que del fondo se deduzca un fin moralizador, al menos en el conjunto de nuestra producción, ya que no en todo lo que salga de nuestra pluma.»

Y para concluir, la opinión de los dos poetas más populares, Salvador Rueda y Vicente Medina, un andaluz y un murciano: el primero escribe con la fogosidad que le es propia, y se sale fuera del tema y vuelve á entrar, haciendo gala de su verbosidad nativa. El segundo, más sobrio, se atiene al cuestionario y responde en frases netas. Pero ambos traen una contribución igualmente simpática, porque ambos ofrecen gotas cristalinas de su sinceridad.

Rueda dice así:

«No me parece cosa digna de bordarse en una bandera eso de que en América como en España

haya tanta gente escribiendo reminiscencias de Mallarmé, modos de estilo de Verlaine... Bueno; ¿y qué hay con ser un inconsciente resonador, una hormiga transportadora que nada fabrica, un intelectual de acarreo, un mecánico? El alma Dios la dió para usarla, no para que vuelva con palma y virginal á la otra vida; el cerebro es para ejercitarlo en obra propia y no para tenerlo á modo de paralelas de rieles por donde pasan sensaciones é ideas ajenas. Parece en parte la literatura americana y española una contradanza, un bailable muñequil. Eso es sembrar puñados de trigo ajeno en la superficie de un cristal; es seguir con pluma inconsciente los rosarios del vecino, como pasan los hormigueros por un pórfido, donde no logran imprimir ni la señal de las patas. Eso es copular con homólogos de otro... Danza de muñecos, *carrousel* de automóviles, todo ese baile movido por el galvanismo, ¿para qué sirve? ¿qué es? Una pesadilla infecunda, un remolino de palitroques. A trueque de estrofas sin polen, de hemistiquios helados, preferible es que se dediquen algunos al santo trabajo, amasado con divino sudor. Yo no sé si el arte ha de ser social, político ó como usted dice, pero sí sé que ha de ser sincero. Un hombre que trabaja es, mientras vive, casi tanto como un poeta: las cuatro cuerdas de sus cuatro remos son también una lira inmediata, que vibra generosa hasta que se rompe.»

Medina es más resuelto en su brevedad:

«La característica de la literatura española del día—escribe—es precisamente el alborear de ese arte social comprobado en Francia.

»Creo que el escritor debe intervenir en las luchas políticas y conflictos sociales, pero no como artista, sino como ciudadano más obligado por las armas de que dispone y por la superioridad de inteligencia.

»El arte puro, sublime, universal, moraliza (en la acepción amplísima de la palabra) por lo que educa y pule el sentimiento; si el arte, además de ser bueno, arte digno, moraliza (en la acepción corriente de la palabra), no está de más; si el arte para moralizar se falsea, no es arte.»

Otros escriben en dos líneas opiniones que coinciden con las que acabamos de leer; pero ninguno alza la voz en favor del arte por el arte. Es de notar el caso, porque existiendo en España un grupo que se inspira en ese evangelio y habiendo sido consultados todos, cabría interpretar el mutismo como una abjuración. Lo propio de los que poseen una verdad es blandirla y desafiar los tumultos. No se concibe que quien tiene razón se abstenga de hacerla valer y deje subir en silencio la opinión contraria. Pero quizá los distinguidos escritores de que hablamos se han rehusado en virtud de sus propios principios, que les empujan á elaborar belleza al margen de la acción.

V

Sin evocar el fiero combate que bajo Tullus Hostilius riñeren con los de la ciudad de Alba los campeones de Roma, se puede decir que en el campo cerrado de esta investigación, Horacios y Curiacios literarios han dado gallardas pruebas de ingenio. Ambas concepciones han sido expuestas y cimentadas con innegable maestría. Y lo único que podemos lamentar es que la batalla haya sido tan breve.

Los que deben fallar, son los lectores. Los elementos de juicio están ahí. Que cada cual se haga una opinión personal y resuelva el problema dentro de sí mismo. Nosotros, que en todo esto no hemos tenido más que el mérito de agitar la cuestión, podríamos explayar nuestra manera de ver. Pero ¿es necesario repetir estas cosas? El escritor no es un Shylock de la belleza, sino un brazo generoso del porvenir, que distribuye ensueño y obra sobre la vida.

La novela y la vida

Una tarde, en París, á la hora en que el crepúsculo invita á la pereza y al abandono, estábamos conversando algunos amigos en la media luz le mi gabinete de trabajo. Se discutía el problema le la verdad en la literatura y se trataba de determinar la dosis de realidad palpable y de humanilad viviente que puede caber en las obras que salen de la fantasía.

El más incrédulo del grupo emprendió la tarea le demostrar, con citas al apoyo, que todo nace le la imaginación y que las novelas trágicas que nos emocionan no son más que locas burbujas del cerebro excitado. Cuando iba á rebatir la teoría, me dijeron que alguien preguntaba por mí. La contestación fué la de siempre:

—Que pase.

El sirviente volvió pocos segundos después. Deseaban hablarme á solas. Y como le preguntara cuáles eran las señas del misterioso indiscreto, me contestó en una palabra:

—Es una señorita.

Los amigos se levantaron con la deferencia maliciosa de los que se hallan en casa de un soltero.

Yo me adelanté intrigado hacia el vestíbulo.

La recién venida debía ser una institutriz á juzgar por el traje obscuro, los cabellos muy peinados y el sombrero elemental. Acentuando los rasgos enérgicos de un rostro sin belleza, ostentaba un par de lentes grises. Pero para un observador resultaba algo más de lo que parecía.

El examen duró un segundo, porque la mujer se encargó de presentarse apenas me vió venir.

—Traigo estas líneas de X.

Y pronunciando el nombre de un revolucionario conocido, me entregó una carta.

—¿Qué es lo que puedo hacer por usted?—pregunté mientras leía la recomendación.

—Una cosa difícil...

—¿Cuál?

—Conseguirme una tarjeta para justificar que soy periodista...

La seguridad de la que no parecía tener veinte años, me sorprendió.

En su francés incompleto había dicho su voluntad sin una vacilación, con la brevedad de los que piensan.

—¿Para París ó para el extranjero?—pregunté tratando de orientarme en la aventura.

—Para el extranjero—contestó la desconocida sin inmutarse.

Entonces creí útil interrogar:

—La tarjeta tiene que llevar un nombre. ¿Cómo se llama usted?

El gesto denunció la incertidumbre.

Pero tras un rápido silencio se apresuró á decir:

—No es indispensable que figure el mío. Prefiero un apellido francés. Llámeme usted Henriette Lebesgue.

Y mientras yo tomaba nota, se despidió sin una palabra de agradecimiento, sin un gesto de coquetería, como si, deslumbrada por una luz que yo no podía adivinar, se considerase ajena á las vanidades del mundo.

Al día siguiente volvió á la misma hora, y cuando le entregué la tarjeta manifestó una profunda felicidad.

—Partiré hoy mismo—declaró, como si dialogara interiormente.

Estuve á punto de ser indiscreto. Pero algo misterioso y sutil difundía en torno una atmósfera grave. Sin embargo, traté de satisfacer indirectamente mi curiosidad.

—Las formalidades administrativas son exageradas en la frontera de Rusia—le dije después de un instante de reflexión.

Pero ella hizo un movimiento de impaciencia:

—¿Quién le ha dicho á usted que yo voy allá?

La reserva me pareció excesiva, y dando campo á mis pensamientos contesté:

—Usted me conoce, puesto que ha venido á pe-

dirme lo que en estas épocas de conspiraciones importadas no se concede ni se consigue con mucha facilidad. Está bien que no me refiera los propósitos que la guían. Pero acuérdeme usted por lo menos la perspicacia indispensable para comprender que los fines de quien obra con tanta cautela no deben resultar legítimos ante la legalidad establecida.

Mi interlocutora me lanzó una mirada desconcertante.

—Yo he venido á pedir un favor, sin prometer nada. Si usted exige una confidencia, retiro mi pedido. Trate usted de verme como si fuera una abstracción, una silueta fugitiva que no debe dejar en esta estancia más rastro que el de un ave viajera en la llanura azul de la atmósfera...

Un poco confuso la acompañé hasta la salida, y en un saludo rápido nos despedimos para siempre.

Pero la aventura debía tener un epílogo.

Cuatro meses después, en una reunión de emigrados, en pleno corazón del barrio Latino, encontré á mi amigo X.

—Vino su recomendada, y de más está decir que hice por ella lo que me pidió.

—Ya lo sé—repuso—; la tarjeta de periodista dió los resultados apetecidos, y nuestra amiga pudo pasar la frontera como si no existiera el destierro. Fué al mismo tiempo una suerte y una fatalidad, porque ha de saber usted que la pobre Sergine pagó su audacia con la vida...

Un estremecimiento nervioso me latigueó la espalda.

—¿Ha muerto?

—Desgraciadamente para la causa—prosiguió mi amigo con honda pesadumbre—; los hechos ocurrieron así: Fué en una estación de ferrocarril, porque nadie podía acercarse en otro lugar al abominable gobernador que la justicia secreta de nuestro partido había condenado á muerte... En el andén, á dos pasos del monstruo, se detuvo Sergine, indescifrable, llevando en la mano una valija, como una viajera vulgar. Así que llegó el instante propicio, extrajo del manchon el pequeño revólver de mango de marfil... Un gesto breve y delicado, como si ofreciera una flor, y le descerrajó un tiro en el pecho... Pero las previsiones no pudieron realizarse completamente. La fuga preparada de antemano con ayuda de correligionarios hábiles, se vió dificultada por la misma confusión que provocó el atentado... Al ver caer al poderoso, la muchedumbre se arremolinó, y nuestra amiga cayó en manos del oficial de órdenes, que consiguió mantenerla á pesar de todo... Entre un grupo de cosacos que la arrastraban por los cabellos y por la ropa, ensangrentada y casi desfalleciente bajo los golpes que le asestaban sus verdugos, la ejecutora del tirano local fué llevada á la prisión y fusilada al día siguiente... Pero la ley marcial, con sus rigores, no pudo arrancarle el secreto de su identidad. La Sergine de los comités siguió siendo

ante el consejo de guerra una simple Sergine como las demás... Nadie sabrá nunca, fuera de algunos iniciados, el verdadero nombre de la indomable que lo sacrificó todo, títulos, bienestar, amor y vida, en nombre de los ideales supremos cuya realización no debía ver jamás...

—Pero—interrumpí—la revolución triunfante sabrá rehabilitarla.

Mi amigo hizo un movimiento negativo.

—Habrá que respetar su decisión, y sólo nosotros y los padres, que lloran en un palacio lo que ellos llaman la locura de una hija, sabremos el origen de la que se fué... Pero créame usted, venía de muy alto, de muy alto...

Y en el bulevar, obstruído por los carruajes y los transeuntes, nos despedimos, pensando en las novelas de la existencia y en la Rusia fantasmal, cuya ebullición creo oir á veces en el silencio de la noche, bajo la luz de la lámpara.

Algunos libros hispano-americanos

I

La transformación que se ha operado en la América española en lo que toca al movimiento intelectual es tan profunda, que cuando recordamos aquellos libros inverosímiles que hacían decir al escritor francés, citado por Maeztu, *Mais ces gens-la n'ont pas de pays,* nos parece evocar un pasado muy remoto. El error ha perdido terreno de tal suerte, que las revistas quintaesenciadas y los folletos en tinta roja de 1890 nos producen una impresión confusa de curiosidad y de asombro. Por eso cabe afirmar que la intelectualidad sudamericana se ha libertado de las fuerzas obscuras que la oprimían y ha empezado á orientar su empuje hacia la Naturaleza y hacia la verdad. Quizá fueron las superficialidades, que tanto nos reprochó la crítica española, una etapa necesaria, hija de la inconsistencia de los pueblos en formación. Pero es lo

cierto que ese estado indeciso y enervante que dió nacimiento á una literatura ocasional ha cesado de torcer la fisonomía del continente. Los mismos retardarios que se obstinan en repetir sus fórmulas son una confirmación de lo que venimos diciendo. La literatura ha cobrado un empuje triunfal que nos saca de los laberintos ilusorios para ponernos en la ruta de las realizaciones. Basta hojear los últimos libros para convencerse de que el pensamiento sudamericano toma posesión de su fuerza y se dispone, pasado el ímpetu de los primeros ensayos, á dar la medida de su capacidad en obras normales y definitivas. Los tanteos, las incertidumbres y las discordancias de los opúsculos febriles, denunciadores de una ausencia prodigiosa de concepción general, se han nivelado serenamente para suscitar al fin una labor fecunda.

Los que escriben para diluir reminiscencias y repetir estérilmente el centenar de palabras en boga, obran á la manera de los ociosos que en la somnolencia de las digestiones dibujan arabescos y pirámides con el humo inconsistente de los cigarros. La literatura no es una especie de dominó donde todos pueden ganar empleando las mismas artes, sino la manifestación altísima de los más puros fermentos de la raza. Los que se escudan en su prestigio para satisfacer una vanidad subalterna ó para «hacer como los demás», se agotan en una labor pueril. Quien no traiga un color desconocido en la forma ó en el fondo ó quien no responda

á una necesidad, un deseo ó una curiosidad social, ha perdido su trabajo. Porque escribir es establecer concordancias ó sugerir simultaneidades entre el alma del autor y la del público; y claro está que quien ignora ó se niega á constatar ó á prever las corrientes morales y las aspiraciones colectivas, se condena á los tristes monólogos del aislamiento ó —lo que es peor—al aplauso estridente y fugaz de los grupos alborotados y vacíos que, desprovistos de alma propia, flotan al azar á las palabras y ensayan todo lo artificial.

El arte indefinible, impalpable y contradictorio, que parece consistir en no sé qué diletantismo hueco y en no sé qué pretendida aristocracia vanidosa y egoísta que enceguece á los escritores y los separa del conjunto, resulta un simple entretenimiento de sobremesa. Los verdaderos artistas son los que riman con su siglo, rompen con la tradición esotérica de la literatura y renuncian á los atributos de teatro para bajar sencillamente al arroyo, codearse con la multitud y ponerse, como consejeros é inspiradores, á la cabeza de la nación. Las liras, como las melenas, han pasado á la historia, y los que escriben no dejan de ser hombres, más clarividentes y más sensitivos si queréis, pero casi tan imperfectos como los demás. La misma superioridad relativa de que se jactan tiene que hacerles ver su inferioridad final y darles el tono modesto que conviene á los que conducen una caravana de sombra por un camino de tinieblas. Porque en

la marcha triunfal de la especie hacia los límites, nuestras más altas cimas intelectuales no son más que etapas fugaces y transitorias de una interminable ascensión desconocida.

Por eso conviene examinar los libros desde el punto de vista de lo que influyen en el proceso evolutivo del conjunto. Los críticos tienen la enojosa costumbre de suponerlos cosas aisladas, ajenas al tiempo y al espacio. Olvidan que las ideas son, dentro de la raza, los eslabones de una cadena ininterrumpida. Deducido el peso momentáneo y ocasional que les prestó la oportunidad ó el aplauso, cada una no tiene más que el valor de lo que adelanta, destruye, rectifica ó añade con relación á las que la preceden ó la siguen. Un volumen es un documento que exterioriza la sensibilidad, el empuje, la inventiva, los ideales ó los vicios de toda ó una parte de la generación que lo hizo posible. Sólo será juzgado en la historia por comparación —aquí como precedente, allá como resultado—, pero siempre adherido al conjunto; porque cada momento de la vida cerebral es como la máquina de un vapor, que al moverse arrastra consigo todo lo que al mismo tiempo la sostiene y es empujado por ella.

Desde este punto de vista, nada parece tan sintomático como la *Historia constitucional de Venezuela* que ha empezado á publicar don José Gil Fortoul. Aun no ha salido á luz más que el primer tomo (Carl Heyman, editor, Berlín); pero esas 500

páginas bastan para dar una idea de la obra considerable que ha emprendido el autor con tanto tino como discernimiento. La América del Sur está pidiendo inteligencias que delimiten su evolución política y social. Necesitamos saber cuáles fueron los antecedentes racionales del empuje que continuamos como moléculas del conjunto. En este sentido es el libro del señor Gil Fortoul un documento precioso para los que desean estudiar la historia de las ideas en aquella República. Porque el autor —y en esto está precisamente la importancia y la novedad de la tentativa—, lejos de limitarse á enumerar nombres y fechas, va hasta el fondo de los sucesos que refiere, como lo prueban las siguientes líneas que transcribimos del prólogo: «Aun los entendimientos más sagaces—dice el señor Gil Fortoul—se han dejado fascinar por la tragedia de las revoluciones y discordias civiles, en la que abundan acciones heroicas, enredos intrincados y pavorosas catástrofes, y ello hasta desdeñar las otras manifestaciones de la existencia nacional. El más ilustre de los historiadores patrios, ilustre por la belleza clásica de su estilo, no vaciló en estampar esta máxima: «Los trabajos de la paz no dan materia á la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas ó calamitosos sucesos.» No. Yo buscaré inspiración en otras fuentes, y caminaré por otra senda. Me fijaré más en las obras de la inteligencia y en los trabajos de la paz. En medio

de los innumerables combates hubo siempre hombres que pensasen, escribiesen, hablasen y legislasen, y una parte del pueblo cultivó los campos, abrió caminos, transportó y exportó productos, conservó, en suma, los elementos constitutivos de la patria.»

La misma preocupación del porvenir del Continente la encontramos en el folleto *Liberalismo y jacobinismo*, de don José Enrique Rodó, y en los *Ensayos de crítica é historia*, del señor Nin Frías. Ambos autores son uruguayos, pero cada cual lleva su orientación particular. Don José Enrique Rodó, á propósito de un incidende de la lucha cívica (la supresión de los crucifijos en los hospitales), estudia con un criterio serenamente católico la esencia del liberalismo, las características del libre pensamiento y algunos de los problemas que hoy agitan la conciencia universal. No fraternizamos con el autor en la manera de apreciar el empuje moderno, como tampoco coincidimos con el señor Nin Frías, cuya mentalidad, un tanto anglo-sajona, parece encaminarle hacia el protestantismo; pero es innegable que uno y otro remueven problemas vitales para las naciones de Sud América, trabajadas hoy por la inquietud de los que empiezan á darse cuenta de las cosas. La independencia individual con que de acuerdo con mi concepción científico-filosófica asisto á estas manifestaciones, no me impide reconocer que ambos trabajos son importantísimos y merecen ser citados y comentados

largamente, porque exponen con precisión dos tendencias cuya importancia desigual no excluye una identidad de entusiasmos.

Pero volvamos á la plena literatura y cojamos al azar tres libros entre los últimos: *Carne doliente*, del argentino Alberto Ghiraldo; *El hombre de hierro*, del venezolano Blanco Fombona, y *Cabeza de oro*, del uruguayo Horacio Maldonado. Todos saben que la Argentina, Venezuela y el Uruguay tienen novelistas como Ángel Estrada, Díaz Rodríguez y Carlos Reyles, cuyas obras son apreciadas con justicia. Los autores que la actualidad trae á esta crónica no son inferiores á ellos. Ghiraldo nos da una obra ruda, llena de ímpetus y de asperezas emocionantes que sacuden al lector y le hacen ver los subterráneos y las llagas de la ciudad en un vértigo de conmiseración y de cólera; Blanco Fombona, que ha escrito páginas tan sutiles en su *Pequeña ópera lírica*, nos entrega un tomo severo y meditado, su mejor libro, una novela sintomática y viril, con caracteres seguros, situaciones nuevas y comentarios muy curiosos sobre la vida nacional, y Horacio Maldonado se coloca de pronto entre los primeros con un volumen inesperado, que es una hermosa realización. Los tres agitan asuntos nacionales sin caer en regionalismos excesivos y sin comprometer la altiva dignidad del arte, que nunca debe dejar de ser universal.

Pero estas crónicas de un sudamericano, que sigue con pasión los progresos intelectuales de su

raza, deben tener, á falta de otro mérito, el de ser cortas. Dejemos para los próximos números, al azar de las lecturas, los comentarios, y limitémonos á repetir que el rasgo distintivo de la literatura de hoy parece ser cierto deseo de sinceridad, cierto anhelo de justicia, cierta inclinación hacia lo durable. Claro está que nada se presta más á la ironía que esta honradez moral. De ella se burlarán todas las voluntades y todos los egoísmos subalternos, como se burla de la mujer virtuosa la descocada. Pero nada es más omnipotente y más inconmovible que ella.

II

Uno de los periódicos más importantes de Nueva York, el *Evening Post*, publicó el 30 de Marzo, bajo el título de «Los nuevos escritores de la América latina», un importante estudio que fué transmitido por telégrafo á Buenos Aires. En él se examinaba la actitud en que se mantienen las repúblicas hispanoamericanas con respecto á los Estados Unidos desde el punto de vista de la producción literaria. Y aunque ese artículo, escrito á raíz de la aparición de mi *Joven literatura*, no es en definitiva más que un comentario elogioso de ella, voy á examinar las afirmaciones y los desen-

volvimientos que contiene, dejando de lado todo lo que pudiera parecer personal.

Dice el articulista que los norteamericanos están acostumbrados á considerar á las repúblicas de la América española como divididas entre sí por odios inextinguibles; pero que, si bien es verdad que muchos sucesos tienden á confirmar esa opinión, no es menos seguro que en el terreno de la literatura reina en nuestros países una armonía verdaderamente extraña. «Para convencerse de ello —añade—basta leer *La joven literatura.* Ese libro demuestra que los escritores de la América del Sur tienen, además del idioma, muchas características comunes. Se puede hablar de una *escuela hispano-americana* con mucha más razón que de una escuela literaria norteamericana.» Según el *Evening Post*, los escritores del Continente dejan ver las influencias que los inspiran, pero no pueden ser considerados como simples imitadores. A su juicio, se sirven de las literaturas europeas para realizar sus propios ideales, porque buena parte de la juventud hispano americana ha estudiado en París y parece tener la ambición de igualar á los escritores franceses de estas últimas décadas. Este hecho indica que la literatura hispano-americana no pudo menos que ser decadente. En efecto, adoptó el pesimismo que caracteriza las obras de Verlaine y Mallarmé. Sin embargo, esa tendencia, lejos de causar grandes estragos, ha dado resultados favorables. Gracias á ella, los escritores han

creado un estilo lleno de vigor y emplean un lenguaje que rima con las necesidades de nuestro siglo. El gran diario termina esta primera parte de su estudio doliéndose de que, á pesar de nuestro cosmopolitismo, no se haga sentir en la América del Sur ni la influencia inglesa ni la influencia alemana.

«Conocen á Whitman y á Nietzsche—dice—; pero no se dejan influenciar ni por el uno ni por el otro.»

Luego pasa á estudiar la actitud de los escritores hispanoamericanos en las cuestiones políticas y los recelos con que asisten al desarrollo de los Estados Unidos. Constata que nuestros intelectuales hablan con ironía y á veces con indignación de los proyectos yankis. Todo ello no le sorprende. «Un acuerdo intelectual entre los Estados Unidos y la América latina debe tener por base—declara—el reconocimiento mutuo y la aceptación de las fundamentales diferencias que existen entre el Norte y el Sur, y no se llegará nunca á tal acuerdo insistiendo en supuestas simpatías que no existen en realidad. Es necesario que los norteamericanos comprendan por qué tiene el *Quijote* casi el carácter de un libro canónico en la América de lengua española, y que los sudamericanos aprecien las razones de la oposición que la influencia francesa encuentra en la América del Norte, influencia que á ellos les parece indispensable. Sólo entonces podría un comité literario de los continentes

empezar á realizar algo de los ideales expuestos en la última conferencia panamericana.»

El articulista añade que ha creído necesario insistir sobre este punto en vista de las perspectivas que ofrece para el porvenir. Los literatos norteamericanos se reclutan entre hombres de diversas razas, y á pesar de la diferencia de origen, todos se inspiran en el ideal anglosajón, mientras que en la América del Sur, donde la mezcla es por lo menos tan grande como en el Norte, la literatura permanece bajo la tutela de las tradiciones latinas. El porvenir producirá, indudablemente, una rivalidad en la actividad literaria, rivalidad que no puede menos de despertar en alto grado el interés de los que estudian la historia de la literatura universal.

Claro está que este artículo del *Evening Post* contiene muchas ideas falsas y exterioriza un gran desconocimiento del carácter de Sud América. Pero dada la importancia del periódico que lo acoge, y vista la profundidad indiscutible con que está tratado el asunto, no es posible dejar de comentar la concepción curiosa de nuestros vecinos del Norte.

Un vértigo de dominación y predominio les lleva á imaginar que no hay más que una América. El asombro con que descubren que existe una literatura hispanoamericana, es una prueba de la limitación de juicio y del ensimismamiento que les perjudica. Excitados por las victorias, parecen ignorar que la mitad del Continente fué civilizada

por España, cuyo espíritu—modificado por la influencia francesa—perpetúa en diez y nueve repúblicas la tradición del alma latina. Claro está que en el Nuevo Mundo tiene que haber dos literaturas inconciliables, como hay dos grupos étnicos y políticos. Imaginar fusiones territoriales ó artísticas es perseguir un imposible, porque ciertos hechos escapan á la voluntad de los hombres.

Por otra parte, la literatura yanki es para nosotros tan exótica y tan poco familiar como la literatura sueca. Conocemos las obras de algunos autores descollantes, pero ni comprendemos la orientación general ni sentimos la curiosidad de estudiarla. El comité literario de que se ocupa el *Evening Post* se vería en grandes apuros al tratar de poner en práctica los ideales expuestos en la conferencia de Río. Nada exige ni aconseja tales acercamientos. La tentativa resulta más caprichosa que la que pudiera llevarnos á proponer estrechas fraternidades con las naciones más lejanas del Viejo Mundo. Porque nuestro espíritu es por lo menos un producto de Europa y nuestra intelectualidad, nacida al calor de España, Francia é Italia, conserva todo el perfume y las particularidades de su origen.

Los norteamericanos parecen conocernos de una manera incompleta. La América del Sur no es un hervidero confuso y contradictorio que está pidiendo una voluntad y un programa, sino un conjunto definido y solidario que tiene un alma propia,

representa algo más que una convención geográfica y constituye, á pesar de sus divisiones políticas, algo así como una confederación moral indestructible. La literatura independiente que nos descubre el *Evening Post* sólo es la resultante de un estado general que asoma en todas las manifestaciones de la vida. El arte es siempre un reflejo de las preocupaciones del medio social en que ha nacido, y por la producción intelectual se puede ver la orientación y las tendencias de Sud América. Por eso debemos agradecer al gran diario la ocasión que nos ofrece. No está de más explicarse. Para que las dos grandes mitades del Nuevo Mundo se estimen, hay que empezar por desvanecer muchas ideas falsas y algunas ilusiones culpables.

III

Casi todos los libros de que nos vamos á ocupar hoy confirman la tendencia soñadora de la literatura hispanoamericana. Nuestra educación, los paisajes familiares y hasta las inclinaciones más íntimas de nuestro ser, nos llevan á preferir el ensueño á la realidad y la poesía á la prosa. Lejos de mí el despropósito de condenar el apego á la belleza en su expresión más alta. Los pueblos que no saben elevarse por el espíritu no pueden mante-

nerse por la voluntad. Pero es innegable que asoma entre nosotros un sentimentalismo y cierta vaguedad contemplativa que denuncian muy poco cerebro y demasiado corazón.

La fuerza de las colectividades, como la de los hombres, está hecha de equilibrio. Cultivar exclusivamente los músculos de un brazo es disminuir la propia fuerza, porque el resto del cuerpo pierde en proporción de lo que gana aquél. El organismo social es un conjunto solidario de moléculas similares que se apoyan las unas sobre las otras. Si se rompe la armonía ó se altera la composición, se desmorona todo. Por eso importa mantener en las naciones cierta actividad paralela, atenuando la fantasía con la razón, el ímpetu con la dulzura, la exaltación con la lógica, y creando con dosis equivalentes la reserva moral de la patria, hasta alcanzar la estabilidad feliz y el vigor triunfante, que en el orden intelectual, como en el orden político, anuncian la victoria del porvenir.

No soy de los que creen en la inferioridad de la raza latina, pero tengo que confesar que en la América del Sur asoma—como en España y como en Francia—una concepción un tanto flotante de la existencia. Nuestro diletantismo nos impone cierta parcialidad que falsea los hechos en beneficio de lo inverosímil y cierto desdén inconfesado hacia las formas de acción ó de expresión que no emplean ó revisten el ropaje suntuoso de la fantasía. De aquí que todos los que se sienten capaces

de emoción ante el ideal, se declaren poetas, sin cuidarse de buscar otros caminos en el campo diverso que se ofrece á sus ambiciones; y de aquí que los poetas sirvan entre nosotros para todo, y resulten á veces, á la postre, diplomáticos, ministros y hasta directores de empresas industriales.

De más está decir que no es este el caso de los autores de que vamos á hablar. Sus obras, llenas de inspiración, son dignas de aplauso. No hemos de ser nosotros los que nos quejemos de la abundancia de artistas como los que la actualidad trae á esta crónica. Pero hay que reconocer que nuestra producción poética es desproporcionadamente superior á cuanto realizamos en otros géneros.

Jesús Valenzuela, que ha hecho tanto en favor de las letras mejicanas, y que es uno de los espíritus más generosos de América, nos da, bajo el título de *Manojo de rimas,* una obra que podrá parecer un tanto familiar, pero que contiene composiciones conmovedoras como la que comienza:

Más que tu amor prefiero, amiga mía,
tu amistad, por benévola y serena;
es, como los panales, dulce y buena
y una ánfora inmortal de poesía.

Efrén Rebolledo, mejicano también, se impone á nuestra estimación con un pequeño folleto, de donde saco estas estrofas deliciosamente sencillas:

Vino tu boca hechicera
á este risueño país
dentro de una bombonera
importada de París.
Dos juguetes son tus manos
y tus pies dos chucherías,
como dijes venecianos
ó lindas japonerías.
No existe en ninguna tela
más hermoso serafín,
y eclipsas á la Graciela
pintada por Lamartine (1).
Tu charla, con que cautivas,
reparte halagos y agujas,
y tus frases son festivas
y alegres como burbujas.

La misma sobriedad y la misma emoción asoma en los versos del uruguayo Américo Llanos, cuyo libro *A flor de alma* confirma la transformación que se está operando en América. Este autor, antes apocalíptico y artificial, ha bajado de las alturas para dar la verdadera medida de su talento en una obra sonriente, de la cual basta citar un detalle:

Os juro, princesa mía,
por vuestros ojos traidores,
que mi megalomanía,
ni en amor ni en poesía
admite competidores...

---

(1) Estas rimas, que sorprenderán al lector si no conoce el francés, las encontraremos á menudo al examinar la obra de los autores americanos. Los nombres deben ser leídos con la pronunciación francesa: *Lamartín*, *Verlén*, etc.

Si con femenil falsía
ó lujuriosa ardentía
á otro otorgáis los favores,
tolerad, princesa mía,
que os niegue su idolatría
quien tiene damas mejores.

Al hablar de poetas no es posible dejar de citar á Manuel S. Pichardo, el autor de tantos hermosos versos, á quien acaba de tributar su país un homenaje ruidoso, porque ha sabido traducir el alma de la región y convertirse en voz de su raza y de su pueblo. A él van nuestras felicitaciones más sinceras.

De los *Poemas* de Miguel Luis Rocuant, que es uno de los mejores escritores de Chile, desearía hablar largamente. Pero estas líneas sumarias no me permiten ese lujo. Me contentaré con citar un fragmento de la composición titulada *Crepuscular,* por la cual pasa un hálito conmovedor que subyuga:

Así ¡oh madre tierra! debe ser sólo nieve
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo
de los pobres que buscan, en tu lodo, su cielo;
cuando no entregas nunca la flor, ni el fruto sano,
á ellos que sembraron, en los surcos, el grano;
cuando pasar escuchas los ayes de tus penas
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas,
y no impides que sigan por la existencia, presos
de la miseria, todos los explotados, esos
que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva

uncidos á su carro la triunfadora gleba;
todos esos que duermen en tu mismo regazo
cara á cara contigo y que en gélido abrazo,
cuando muertos, los tienes en el valle ó la sierra,
bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra,
sin que nunca de donde su cuerpo se consume
suba de las plegarias el íntimo perfume,
ni inciense fresca rosa que fiel amor encarne,
si alguna no florece de su mísera carne...

Con las delicadísimas y prometedoras *Rosas del deseo*, del argentino Juan Julián Lastra, con las estrofas casi perfectas que al traducir el *Centauro* ha sabido cincelar don Ismael López, y con el poema juvenil y amable del señor Herrera, abandonamos el jardín de las rosas y entramos á dialogar con los prosistas.

De más está decir que éstos son á menudo tan poetas como aquéllos. Para descubrirlo basta leer los dos primeros tomos que he cogido al azar: *Epifanía*, del argentino Fernández de la Puente, y *Citerea* (Biblioteca Mignon, de Madrid), del dominicano Tulio M. Cestero. El primero nos ofrece una novela corta muy bien hecha, que le instala en excelente lugar para conquistar más altos triunfos, y el segundo nos da cinco esbozos rápidos, llenos de color y de empuje, que revelan emoción y maestría. Tras ellos vienen Francisco F. Bayón, con sus *Ideales*, donde hay mucho pensamiento, mucha reflexión y una generosa inquietud patriótica; López Campaña (Uruguay), con su *Fanfarria de prejuicios,* volumen un tanto difuso, pero de buena orien-

tación y de innegable fuerza. Honorio Henríquez Pérez (Chile), con *Prima facie*, donde advierte mucha naturalidad y mucha vida; don G. A. Cartey, con una novela interesante; el señor Bernal, con unos *Pensamientos;* y Otto Miguel Cione (lo he dejado expresamente para el último), con un libro sintomático, que no podrá menos de alcanzar en España, si cae en manos de un editor inteligente, el mismo éxito que ha obtenido en América. Yo no afirmo que esta obra sea irreprochable desde el punto de vista literario. Bien puede ser que leída con ojos de crítico resulte un haz de inexperiencias y deslices. Pero de lo que estoy seguro es de que, después del admirable *Casamiento de Laucha*, de Payró, es la de Otto Miguel Cione la novela más genuinamente criolla que se ha escrito en la Argentina. El autor ha puesto su talento vigoroso y brillante al servicio de un ideal nuevo y fecundo, y merece los aplausos más entusiastas.

Porque aunque todo es efímero y los libros que publicamos resultan simples cigarrillos que nos ayudan á pasar el tiempo mientras llega la visita irremediable de la muerte, conviene que domine en nuestros actos la orgullosa preocupación del porvenir. Sobre todo en América, donde la literatura nacional espera los talentos vigorosos que le tienen que dar su forma definitiva.

IV

Lo que me han reprochado algunos á propósito de estos artículos, es precisamente lo que constituye á mis ojos el único mérito de ellos. Nuestros países no reclaman censores rudos que ahoguen en germen todas las tentativas, sino cronistas conciliantes que, teniendo en cuenta las imperfecciones, acojan á los que luchan con una palabra afectuosa y un saludo cortés. Hablar con indulgencia de todos los libros no es asegurar que todos son perfectos. Bien sabemos aquí, allá y en todas partes lo que hay de relativo en las opiniones humanas. Además, ya tuve ocasión de exponer en *La Nación*, de Buenos Aires, contestando al señor Rodó, mis vistas sobre el optimismo en la literatura. Nada es más fácil—y en algunos casos más tentador (porque el instinto ancestral nos induce á ver con desagrado la formación de prestigios susceptibles de equilibrar el nuestro)—que buscar las imperfecciones de las obras y erigirse en rey de los infecundos y los descontentadizos, arbolando un criterio irreductible que nos permite desembarazarnos de enojosas competencias en nombre de la majestad y la pureza del arte. Pero en tales maniobras se compromete la dignidad. Preferimos ignorar lo

malo. Después de todo, no hay error que resista á la prueba saludable del silencio.

Si hacemos una excepción con *Las leyendas*, del señor César Miranda, es porque este autor tiene talento y es lamentable que lo malogre escribiendo fantasías de gusto dudoso:

Es la hora
poética. Se colora
el paisaje
de dulce rubor jacinto,
y aparece en el boscaje
mi señora:
va peinada á la manera de Corinto,
en largos bandós ceñidos por una cinta escarlata,
y sus piececitos sueñan en las delicias de un plinto.
Un breve beso de luna, un empolvado de plata
en sus mejillas y en
sus orejitas pálidas que asedian la serenata
del sátiro Paúl Verlaine...

Pero al hablar de otros autores, en cuyas obras se advierten defectos y cualidades, hemos de hacer siempre lo posible para subrayar estas últimas. Sobre todo en el caso del escritor chileno don B. Vicuña Subercaseaux, cuyo libro *Gobernantes y literatos* sugiere muchas consideraciones que es imposible desarrollar en una crónica. Su estilo se distingue por la sobriedad, el empuje y la exactitud. Pocas veces he hojeado un libro con tanto placer. Pero las ideas que expone son tan fundamentalmente hostiles al espíritu de nuestra raza, que el lector se pregunta si el autor tiene sangre criolla

en las venas. Su estudio sobre Roosevelt es hermoso, pero exterioriza un desconocimiento de nuestros destinos, que sorprende en un hombre tan preparado y tan culto. Así y todo, es esta una obra importante, que merece ser meditada en nuestra América, donde soplan todos los vientos.

El volumen editado en Santiago de Chile bajo el título de *Veladas del Ateneo*, contiene composiciones de Baldomero Lillo, Víctor Domingo Silva, Augusto Halmar, Manuel Magallanes Moure, Amanda Labarca Hubertson, Samuel A. Lillo, Guillermo Labarca Hubertson, Federico Gana, Carlos Peoza Veliz, Emilio Lillo, Antonio Bórquez Solar, Paulino Alfonso, Max Jara, Ernesto Montenegro, Rafael Maluenda y Carlos R. Moncada. Es un poderoso testimonio en favor del desarrollo artístico de aquel país y sería de desear que otras sociedades literarias imitaran el ejemplo y nos dieran á su vez una síntesis de la producción local.

Pero abreviemos la crónica para decir que, entre los libros del mes, se destaca uno del poeta argentino don José de Maturana, más que por el admirable retrato de Villar que trae en la cubierta, porque contiene una colección de artículos y dramas cortos, que retienen al lector y lo subyugan. *Gentes honradas* es una obra de combate que revela un alto espíritu y una gran sensibilidad. Para no salir del Río de la Plata citemos los *Estudios étnicos* de don Francisco Bayón. Argentino también es don Gustavo Martínez Zuviría. Sus dos trabajos,

una voluminosa tesis en la cual expone con valor las ideas más atrasadas, y un folleto de polémica febril, confirman la originalidad del autor de *Alegre.* Para completar la bibliografía de mi país, señalaré hoy *El mejor tesoro,* notable drama de don Emilio Ortíz Grognet; *Fachabruta*, sainete en un acto de don Agustín Fontanella, y *Los vencidos*, de Marcelo del Mazo, libro lleno de vigor y de idealismo.

Del Uruguay nos llegan dos obras igualmente amables y juveniles: *Luces pálidas*, versos evocadores donde á través de varias influencias se advierte el alma sana y sensible de don Orosman Moratorio, y *El centenario de reconquista*, interesante ensayo donde el señor Hugo D. Barbagelata ha estudiado hábilmente uno de los episodios más nobles de la historia de su país.

Las *Rimas del trópico*, de don Alfredo Gómez Jaime, prologadas por Salvador Rueda, han sido muy elogiadas en algunas revistas de Madrid. Yo sólo quiero añadir que este poeta, un tanto retórico y convencional, tiene, á veces, *trouvailles* encantadoras como la *Canción de primavera:*

Las palomas gimen su canción de amores
en torno del blanco Palacio Reäl,
y vuelan, llevando manojos de flores
entre sus nerviosos dedos de coral.
¿Es fragante nido, lo que hacer pretenden,
para alguna novia de rosa y marfil,
y por eso, raudas, el espacio hienden,
llevando las galas que dejó el Abril?

No: no es para un nido; los azules cuentos
del hada madrina, realidades son;
las albas palomas, al rizar los vientos,
en arrullo tornan su triunfal canción.
Mirad: una cuna; tras los altos muros
del gentil palacio la ventura está.
En los horizontes, nevosos y obscuros,
los lirios del alba florecieron ya.

También las tiene otro escritor colombiano, don Lino Torregrosa, cuyas *Cuentas de plata* seducen, á pesar de cierto rebuscamiento juvenil. Y si no decimos lo mismo del ensayo de novela del venezolano don Pablo J. Guerrero, es porque este literato tiene mucho talento y es lástima que afecte cierto pesimismo que contrasta con lo que dejan ver algunos de sus involuntarios abandonos. Sin embargo, ha hecho con *El desarraigado* un bellísimo esfuerzo intelectual.

Para elogiar el nuevo libro del fecundo escritor costarriquense don Rafael Angel Troyo, basta afirmar que es digno de los anteriores.

En cuanto á *La voz del desierto*—obra de la cual se han ocupado con entusiasmo los diarios de Buenos Aires—nada podemos decir hasta que llegue el ejemplar que nos anuncia por carta su autor, don Eduardo Talero. Hablaremos de ella con interés, aunque sin dejarnos cegar por nuestras simpatías.

Porque aquí cabe recordar un principio.

La crítica no debe ser un reflejo de amistades ó enemistades de los hombres. En la mayoría de

los casos, la opinión que merece un autor cambia según los términos en que éste se halla con el compañero que la emite. El hecho es tan común, que apenas nos hace sonreir. Pero como esto no es digno de la majested del arte, los que entramos en el campo de la literatura con el cerebro sano y la sinceridad á flor de ojos, debemos reaccionar y leer los libros sin ocuparnos de la firma.

V

Nuestra literatura tuvo hasta hace pocos años lo que podríamos llamar el orgullo de la superficialidad. Por diletantismo, por convicción ó por pereza, los escritores se confinaban en palabrerías estériles y en ingenuos retoricismos de enamorado doncel. Todo era hablar de ánforas, lises, orfebrerías, formas exangües, rumores polifonos y actitudes hieráticas. Se hubiera dicho que el mundo se reducía á una brumosa vitrina de anticuario donde oficiaba la muerte con su guadaña enmohecida. El sol, el pensamiento, las pasiones, la reflexión y el ímpetu estaban desterrados del arte, ó aparecían tan borrosos, tan deformes y tan yertos, que apenas asomaba un resabio de la eficacia original. El porvenir se hallaba sacrificado á la historia, lo fundamental á lo efímero, lo colectivo á lo perso-

nal, y era tan evidente el deseo de traducirlo todo en paradojas y molduras, que muchos se preguntaban si aquellos hombres estaban preparados para la vida libre y si la suerte de las antiguas colonias sería la de esos niños enjutos que, nacidos prematuramente, declinan, envejecidos y enanos, sin poder alcanzar la juventud. Porque lo propio del que nace es interrogar su destino, velar por su desarrollo, robustecer su esperanza. La indiferencia, el renunciamiento y el desgano son achaques de la vejez. Un pueblo joven debe tener un alma inquieta y curiosa, atrevida y confiante, llena de ideal y de entusiasmo. Quizá es por eso por lo que, á pesar de todas las apariencias, aquella neblina intelectual no anunció la derrota de los sesenta millones de hombres que representan el pensamiento latino en la mitad del Nuevo Mundo. Como la verdadera juventud se sobrepone á las influencias nocivas y derriba todos los obstáculos, el alma de Sud América no tardó en romper la bóveda de vidrio bajo la cual quiso ahogarla una generación. Muchos empezaron á comprender que la raza nueva tenía que estudiar sus fundamentos, sus inclinaciones y sus posibilidades de victoria, en obras meditadas y serenas que dieran la medida de sus aptitudes. Pasada la desorientación de los primeros años, reapareció la voluntad de vivir, que fué el origen mismo de la patria.

Lejos de nosotros la idea de insinuar que la literatura tiene que ser tendenciosa. Los libros que

reflejan una partícula del ensueño, de la sensibilidad ó de la consciencia de la nación, merecen, á nuestro juicio, el aplauso y el agradecimiento de todos. Para que una novela, un drama ó un tomo de poesías sean *nuestros*, no necesitan lucir un argumento local; basta que por su estilo y sus particularidades coincidan con el alma de la región en que nacieron. El campo es, pues, enorme, y dentro de él pueden desarrollarse todas las influencias del pensamiento universal. Siempre he dicho que las literaturas de campanario son estériles y que el regionalismo en el arte, como en la política, es uno de los síntomas de la decrepitud. Lo que condenamos no es precisamente la ausencia de interés por los problemas que nos sitian en el momento más trascendental de nuestra historia, sino la falta de localización, de sistema y de raíces. Las prolongaciones sociales son á menudo indirectas, y podríamos citar más de una obra que, sin prever el porvenir, ha contribuído á determinarlo. No es fuerza que los que escriben tengan en todo momento la ansiedad de los destinos de su raza. Aun haciendo obra individual, todo verdadero escritor pondrá siempre en sus párrafos un poco de la savia de su región y de su época. Claro está que no aludimos á los parafraseadores resignados que sólo atienden á sorprender en el terruño, exhibiendo una imitación de la *camelote* de París; hablamos de los que, penetrados del orgullo de su independencia, traducen lo que sienten sin atender á la moda.

Los ocho libros de que nos vamos á ocupar confirman estas consideraciones.

En los *Comentarios á la Constitución argentina*, de don Agustín de Vedia, observamos desde luego la limitación en las perspectivas que distingue á los políticos sudamericanos de la generación que nos conduce. Fascinados por teorías abstractas, nuestros hombres de Estado han sido á menudo defensores de una libertad teórica. Pero dejando de lado esas insuficiencias, que más que de los individuos derivan del momento histórico, ¡cuánta austeridad, cuánta firmeza en esas aclaraciones que vienen á completar el pacto que nos rige! El pensamiento sereno y equilibrado del autor estudia los errores y las deficiencias en una forma tan prestigiosa, que su voz cobra lejanías inesperadas y parece estar discutiendo en plena Convención, hace medio siglo, las enmiendas y las opiniones de Derqui, de Urquiza ó de Juan Carlos Gómez. Los *Comentarios á la Constitución* forman uno de los libros más altos que se han publicado en América en estos últimos tiempos y merecen ser leídos por todos los que se ocupan de estas cuestiones fundamentales.

En una zona más accesible, pródigo de anécdotas y disertaciones, nos cuenta don Adolfo Saldías, con la historia del padre Castañeda, algunos de los episodios más característicos de la revolución de 1810. No todos saben, porque aun no se ha explorado completamente aquel pasado tumultuoso, que, aunque hijo de españoles, el fraile en cuestión se

declaró en favor de la independencia y alcanzó una popularidad tan ruidosa, que más de una vez, á raíz de un sermón patriótico, fué llevado en brazos de la multitud hasta las puertas del convento de San Francisco. Saldías, que es un gran historiador y un espíritu perspicaz, ha sabido reconstruir la vida de ese hombre extraordinario en un tomo (*Vida y escritos del padre Castañeda*) que seduce y retiene como una novela de Wells.

Más grave y más didáctico es el libro que ha dado á luz, en francés y bajo el título de *El Perú contemporáneo*, don Francisco García Calderón. Pocas veces se ha hecho un análisis tan profundo del alma de nuestras repúblicas. De más está decir que no coincidimos en todas las afirmaciones del autor. Si no temiéramos alargar demasiado esta crónica, discutiríamos más de un punto que nos parece erróneamente interpretado. Pero en bloque la tentativa merece el mejor éxito, porque nos revela en páginas hondamente pensadas el estado general de un país donde bulle nuestra misma sangre.

En este género, que fué inaugurado hace algunos años por *La Argentina en el siglo XX*, del señor Alberto Martínez, tenemos que aplaudir otra obra de don Enrique Deschamps titulada *La República Dominicana*. El autor nos presenta un panorama de su país con tanta habilidad como franqueza comunicativa.

Don César Iglesias Paz es un escritor preocu-

pado por los conflictos que estallan en torno nuestro. Su libro *El problema social* no es definitivo, pero tiene el mérito inapreciable de contener en 300 páginas una exposición del asunto y de apuntar tres ó cuatro soluciones que pueden atenuar algunas de las asperezas más peligrosas. La timidez con que rehuye determinados tópicos no nos impide reconocer que su obra prestará servicios inapreciables á los que emprendan en América desde el gobierno la tarea de pacificación que se impone.

Volviendo á la plena literatura, nos encontramos con un tomo admirable de don Ricardo Rojas. *El país de la selva* resulta un curioso cinematógrafo que refleja los paisajes de una de las regiones argentinas donde se ha conservado más puro el recuerdo de las razas aborígenes. En grandes frescos, que tienen cierta solemnidad trágica, vemos surgir á los heroicos conquistadores y asistimos á las luchas que hicieron del Nuevo Mundo una comarca de epopeya. Todo ello está contado en un estilo flexible, lleno de color y de armonia.

La *Voz del desierto*, del colombiano don Eduardo Talero, es, como la anterior, una obra netamente americana que nos transporta á los confines de la Patagonia y nos hace asistir á escenas familiares ó lúgubres, muy sobriamente pensadas y encantadoramente escritas. Del Prefacio transcribimos el párrafo siguiente, que completa lo que insinuamos al comenzar.

«... Y pues que todos los pueblos de la tierra

porfían por acentuar su literatura regional, urge al americano hacer lo propio, máxime cuando en el extranjero no necesitan nuestra colaboración ni está bien el pintar aquí cielos extraños, mientras estén inéditos estos que cubren el continente dulce en que nacimos. Se explica que en los países europeos, donde las letras están ya repitiendo ciclos viejos, ocurra la anomalía de usar como estilo modernista el decadente; pero nosotros, que en todo hemos pasado de un salto de la barbarie aborigen á la cultura contemporánea, debemos formar el estilo que mejor se ajuste á las necesidades juveniles de la raza, eligiendo de todos los períodos literarios los procedimientos y coloridos más adaptables á la pintura de medios, costumbres y espíritus modernos, sin compromisos con órbitas de decadencias y tradiciones ajenas.»

Y he aquí, por fin, las *Voces perdidas*, de don Jorge Lavalle Cobo, distinguido escritor argentino, en quien volvemos á encontrar el mismo empuje hacia la Naturaleza y hacia la intriga local. Las descripciones y los diálogos colocan al señor Lavalle entre los buenos prosistas de nuestra generación. Algunas de sus páginas tienen un sabor tan criollo, que parecen brotar directamente, en un chorro de sinceridad, de la tierra madre.

Así empieza á tomar cuerpo la «literatura propia». Si se realizan las esperanzas que hace concebir, podremos proclamar que hemos alcanzado la verdadera independencia. Porque, después de todo,

la autonomía territorial y la política no son, en principio, la causa, sino el resultado de una autonomía del pensamiento. A veces se adelantan los países á su destino, y se colocan, por algunas décadas, en una situación dudosa. Pero toda patria que no deriva de una diferenciación mental, es prematura, y momentáneamente ficticia. La bandera no empieza á existir hasta que ha nacido una nueva mentalidad; la soberanía no es más que la representación tangible de una frontera intelectual; y el misterio que cohesiona las moléculas nacionales estriba en una compenetración de matices y de modos de ver más que en la común posesión de un territorio.

VI

A medida que la literatura americana se orienta hacia la sobriedad y á medida que abandona las paradojas y las declamaciones de antaño, para transformarse en algo preciso y tangible, van naciendo en el Nuevo Mundo los apreciadores que deben dirigirla y enaltecerla. Los que por amor al continente en que nacimos, hacemos, entre dos volúmenes, con el fin de difundir en Europa la producción intelectual de América, media docena de artículos, que más que de análisis profundo son de

información bibliográfica, debemos un homenaje á los que en nuestras repúblicas han emprendido reposadamente, desde hace algún tiempo, la enorme tarea de rectificación que se impone.

Nada resulta, en efecto, más difícil que estudiar los movimientos generales, avalorar el mérito de los libros y medir la capacidad de los hombres en la misma ciudad en que éstos viven y aquéllos aparecen ó se desarrollan. Hay que tener una alta probidad y una firmeza inconmovible para no dejarse conducir por razones que nada tienen que ver con la literatura. Sin contar con que, dentro de la austeridad más ejemplar, ocurre á veces que somos prisioneros de la atmósfera y nos dejamos impresionar por la reprobación y por el aplauso de los que nos rodean. Por eso, y porque han sabido resistir á las solicitaciones múltiples para decir serenamente, sin desmayo y sin jactancia, su opinión definitiva, merecen nuestro agradecimiento los que, como César Zumeta, Emilio Becher, Carlos Martínez Vigil, José Enrique Rodó, Alberto Gerchunoff, Francisco García Calderón, Juan Pablo Echagüe, Eugenio Díaz Romero, Jesús Semprún, M. Márquez Sterling, Arturo R. de Carricarte, Guillermo Andreve, Eduardo Ferreira, Eloy G. González, Raúl Montero Bustamante, Nin Frías y algunos otros, han comprendido la necesidad de nivelar y depurar nuestra producción, al propio tiempo improvisada y pletórica, para darle al fin la altivez y el aplomo de lo que triunfa y perdura. Ellos son

los que han orientado las letras nacionales hacia los rumbos nuevos y ellos son los que mañana tendrán el orgullo de haber remediado el desorden que hasta hace poco reinó en el campo de nuestras letras.

Si estas crónicas no fueran por definición más rápidas que una síntesis, y si yo dejara correr la pluma sobre los temas que me seducen, mucho tendría que decir á propósito de la obra benéfica que han realizado los críticos de la nueva generación. Pero en dos meses han venido de allá treinta y dos obras nuevas, y vamos á mencionar por lo menos los títulos, ya que no cabe estudiar, ni siquiera superficialmente, una cosecha tan vasta. Los apreciadores prestigiosos ya nombrados, les asignarán su categoría. Nosotros nos limitaremos á una simple enumeración.

Esta vez son los poetas menos numerosos que los prosistas. Empecemos por los hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach, que ofrecen su labor común en un libro titulado *Oro*. La fama merecida de estos dos cubanos no pide huecos elogios. Basta citar una página:

En el arco de la luna
—arco de luna en creciente—
cuando estaba en Occidente
colgué mi loca fortuna
y aguardé confiadamente.
De la noche sonriente
pasé el tiempo dulcemente,
soñando que mi fortuna

al ir creciendo la luna
fuera creciendo igualmente.
Y á la mañana siguiente,
¡oh dolor! taimadamente
surgió el arco de la luna
por el impasible Oriente
volcado y sin mi fortuna...

Los *Arcos votivos* del dominicano Oswaldo Bazil, tienen mucha delicadeza y mucho vigor. Algunas estrofas difunden una melancolía sobria:

El mar, en ese instante, sollozaba...
y la luna romántica moría,
y recuerdo que un ave saludaba,
sobre un rosal, la aparición del día.
Pensativo miré la lejanía
donde una vela blanca tremolaba:
volvía de llevar la que yo amaba...
se la llevaron por llamarse mía.

Con el *Eterno cantar*, de Emilio Frugoni, entramos en la intimidad de un poeta que es en el Uruguay, su patria, más célebre quizá por sus doctrinas que por sus versos. Sin embargo, el orador bravío sabe escribir madrigales como éste:

¡Sé que eres triste, por lo tanto, buena
—que es preclara virtud melancolía—,
y que hay en tu dolor una serena
y dulce beatitud, hermana mía!
Sé que tu corazón vive de pena,
porque es la pena su única alegría:
galeote, al rumor de su cadena
en quiméricos sueños se extasía...

Eres gruta de un hondo desconsuelo,
donde al entrar el alma de las cosas,
se obscurece y se impregna de tu duelo.
¡Hasta el sol! se ha internado en tu belleza,
y hoy sale á tus pupilas misteriosas
transfigurado en una gran tristeza...

Otro poeta batallador y demócrata es el chileno Antonio Bórquez Solar, cuyo notable libro, *La floresta de los leones*, ha cosechado tantos elogios en su país y en el resto de América. Si algunas veces decae el estilo, otras cobra un empuje singular, como en la composición titulada *Los huelguistas:*

Levantados de su charca
de sangre fresca y de barro,
fueron tirados al carro
los veinte que hirió la Parca,
en el carro donde embarca
boca arriba y á destajo
á los muertos del trabajo
esta justicia del hombre,
tan inicua y tan sin nombre
cuando se implora de abajo.

—

Y allí van los veinte muertos,
cuyas sangrientas heridas
para clamar por sus vidas
llevan los labios abiertos;
y aunque estén ya todos yertos,
en la pupila que brilla
hay un fulgor de cuchilla
y hay amenazas de huelga
en cada brazo que cuelga
fuera de la barandilla.

Menos preocupado por las luchas civiles parece el argentino don Manuel Gálvez, cuyo *Enigma interior* está lleno de páginas encantadoras, aunque en algunas asome un deseo inmoderado de originalidad. Igualmente dignas de aplauso, pero más humanas y españolas, resultan las *Rimas japonesas* del mejicano don Efrén Rebolledo, á pesar de haber sido escritas en el confín del Asia, donde el autor desempeña las funciones de secretario de legación. Y si las *Quimeras*, del colombiano don Guillermo Posada, tienen un encanto singular que subyuga; si el *Poema de los árboles*, del mejicano don Juan B. Delgado, es de una serenidad marmórea; si las *Rápidas*, de don Rafael Pérez Cabello, ostentan, á pesar de ciertos abandonos, una sencillez amable; si los *Rubíes y amatistas*, del uruguayo don J. J. Illa Moreno, seducen con sus colores nuevos, y si *Las barcas*, del argentino don Enrique Blanchs, evocan hondos paisajes interiores con cierta audacia en la forma que no ultrapasa los límites de la belleza inmortal, es porque todos estos poetas tienen la emoción y la frescura de la sana juventud.

Pasando á la prosa, nos encontramos con un admirable estudio del doctor Agustín Álvarez, profesor en la Universidad de La Plata, sobre la *Evolución intelectual de las sociedades*. En pocas páginas, pero con una intensidad de pensamiento que sorprende, traza el autor una síntesis tan sobria como completa.

Del doctor F. Carrera y Justiz, diputado cubano, tenemos que señalar una importante contribución sobre las *Instituciones locales en Cuba*. Pocas veces se han estudiado tales cuestiones con tanta profundidad como en estos dos tomos, que merecen un sitio en la biblioteca de todos los que siguen con interés el desarrollo de las jóvenes repúblicas.

Entre los ensayos, son también dignos de mención por su sobriedad y su clarividencia el muy notable del escritor argentino don Juan Más y Pi, sobre la obra del gran poeta *Almafuerte;* los artículos tan vivaces como sabrosos, que bajo el título de *Propio y ajeno* ha reunido él conocido escritor uruguayo don Daniel Martínez Vigil; las interesantes *Instantáneas* de don Cosme Mariño; la talentosa defensa que hace de su *Nuevo sistema musical* el argentino don Angel Menchaca; las páginas sesudas y brilantes que ha reunido el dominicano don Pedro Henríquez Ureña, y el noble discurso sobre el *Renacimiento en Italia*, pronunciado en la Facultad de Derecho de Buenos Aires por don Emilio Alonso Criado.

Pero aun quedan otras obras del mismo género, y no son ellas menos importantes que las que acabamos de citar. Alrededor de su tesis sobre los *Impedimentos para contraer matrimonio considerados desde el punto de vista médico-legal,* ha agrupado con cierta *maîtrise* el escritor chileno don Carlos Castro Ruiz una serie de observaciones y teorías personales dignas de retener la atención de los so-

ciólogos. El colombiano don Pedro Sonderéguer publica un pequeño estudio bien escrito, titulado *Crítica del genio.* De otro colombiano, don Carlos Arturo Torres, es el folleto de circunstancia *La estatua del precursor.* Al hacer la biografía del publicista revolucionario Abelardo Rocca, formula el generoso poeta uruguayo don José G. Bertotto su llamada entusiasta á la juventud. Y en un opúsculo, *Algunas críticas*, reune don José H. Rosendi varias notas bibliográficas de positivo interés.

Del escritor argentino don Atilio M. Chiappori creo haberme ocupado en alguna crónica. Pero su reciente libro, *Borderland*, me obliga á intensificar el aplauso y á añadir nuevos elogios á los que ya le tributé. En un estilo deliciosamente matizado lleno de evocaciones y lejanías, nos cuenta el señor Chiappori media docena de historias tristes, un tanto lánguidas á veces, pero innegablemente conmovedoras. También he hablado del novelista chileno don Baldomero Lillo, cuyo libro anterior, *Sub terra,* fué muy comentado. El que nos ofrece ahora con el título de *Sub sole* confirma lo que ya se ha dicho. Pocos poseen en América tan extraordinarias dotes de narrador. Sólo es de sentir que quien así sabe reflejar el misterio de las almas y de la vida, desmigaje su talento en historias breves, en vez de darnos la medida de su valer en una novela criolla. No se le puede hacer el mismo reproche al argentino don Gustavo Martínez Zuviría, que ha publicado ya varios tomos y nos regala

ahora con sus *Pequeñas grandes almas*, que la casa Montaner y Simón publica en su Biblioteca Universal. Este estudio de costumbres está compuesto con mucho tino y escrito en estilo llano y agradable, pero no tiene todo el sabor de la tierra que podríamos exigir. Sin embargo, interesará á los lectores españoles.

El libro del chileno don Leonardo Lerma se titula *Yo*, y es una especie de autobiografía que revela un espíritu inquieto, muy prolijo en el análisis de su ser interior. Los defectos de la obra están compensados por cualidades raras de sinceridad é independencia.

Pero esta crónica va resultando demasiado larga. Apenas queda espacio para decir que la colección de artículos titulada *Del camino* hace apreciar la agilidad, el fuego, el color y la «difícil facilidad» de la prosa del escritor cubano don Francisco Cañellas, y para citar el drama argentino de don Guido A. Cartey, cuyo título, *El dilema*, lo dice todo.

De las obras que me limito á enumerar se habrán ocupado ya con más ó menos elogio los críticos americanos. Y aquí cabe insistir sobre lo que dijimos al comenzar. Esos artículos diseminados en la prensa diaria son la manifestación más elocuente del desarrollo intelectual de la América española. Los que con sus consejos y sus anticipaciones están sentando las bases de la literatura del porvenir, deben reunir en libros la labor bien-

hechora, para que los que vengan después puedan estudiar en ellos el origen y las vicisitudes de nuestro arte naciente.

VII

Cuando el autor no deja tras sí el surco de una celebridad ruidosa, los libros póstumos son casi siempre libros muertos, que circulan entre amigos, sin que la opinión se dé cuenta de que han salido á luz. Sin embargo, algunos, muy pocos, se imponen por su propia bondad. Entre ellos, *La personalidad política y la América del porvenir*, del escritor chileno don Jenaro Abasolo. Esta obra, doblemente importante—por el asunto y por la preparación que revela—, merece ser estudiada, no sólo en la patria del autor, sino en las otras repúblicas, igualmente roídas por las inquietudes que despierta un futuro indeciso y aleatorio. Porque si en lo que toca al progreso y la prosperidad material puede tener la América española la certidumbre de florecer las más halagüeñas esperanzas, desde el punto de vista político cabe preguntarse cómo mantendremos mañana, ante el imperialismo, la integridad territorial y la bandera. El señor Abasolo emite afirmaciones que podrán parecernos infundadas, pero que merecen ser discutidas.

Igual cosa podríamos decir de las otras tres obras de índole semejante que han llegado por el mismo correo: *Régimen escolar*, del argentino don Francisco F. Bayón; *Estudio sobre la propiedad*, del venezolano Olnito Bohórquez, é *Indisolubilidad del matrimonio*, de don Ascensio Miranda. El primero esboza, de acuerdo con sus convicciones, un vasto programa; el segundo expone con singular talento las ideas más atrevidas, y el tercero estudia hábilmente un problema trascendental.

Pero dos libros solicitan nuestra atención, porque justifican las esperanzas que todos ponemos en la literatura regional.

Pago Chico, de don Roberto J. Payró, es una novela bien pensada y admirablemente escrita. La atmósfera inconfundible de las aldeas lejanas, donde la civilización lucha con los resabios primitivos, y donde gesticulan hombres rudos y unilaterales, da á esta obra un fuerte color realista. Pocas veces se han estudiado nuestras costumbres con tanta habilidad. Algunas escenas tienen un encanto salvaje y extraño:

«La noche de verano había caído espléndida sobre la pampa poblada de infinitos rumores, como mecida por un inacabable y dulce arrullo de amor que hiciese parpadear de voluptuosidad las estrellas y palpitar casi jadeante la tierra tendida bajo su húmeda caricia. La brisa, cálida como una respiración, se deslizaba entre las altas hierbas agostadas, fingiendo leves roces de seda, vagos

susurros de besos. Las luciérnagas bailaban una nupcial danza de luces. El horizonte producía extraña impresión de claridad, aunque en derredor no pudiera discernirse un solo detalle, ni en los planos más próximos. Era una noche de ensueño, de esas que tienen la virtud de infiltrarse hasta el alma, sobrexcitar los sentidos, encender la imaginación.

»Y los peones de la estancia, tendidos en el pasto al amor de las estrellas, iluminados á veces por una ráfaga roja que relampagueaba en la cocina, fumaban y charlaban á media voz, con palabra perezosa, inconscientemente subyugados por la majestad suprema de la noche.

»Una exhalación que cruzó la atmósfera, rayándola como un diamante que cortara un espejo negro, para desvanecerse luego en la tiniebla, fué el obligado punto de arranque de la conversación.

»—¡De qué dijunto será es'ánima!—exclamó el viejo don Marto, santiguándose una vez pasado el primer sobrecogimiento.

»—¡Por la luz que tenía, de juro que de algün ray!—contestó medrosamente Jerónimo...»

El otro libro se titula *Paseos por las colonias* y lleva la firma de don Arturo Reynal O'Connor. También refleja la vida criolla, en lo que ella tiene de sugestivo. Carece de intriga central, pero los cuadros se encadenan espontáneamente porque todos nos hablan de la misma vida heroica, de los que, en lucha con la barbarie de las costumbres y

los elementos, van transformando los campos incultos en trigales amarillos.

Del notable escritor mejicano don José Peón del Valle conviene citar *Tierra nihilista*, interesante relación de un viaje á Rusia, y *Poemas y versos*, recopilación de estrofas. En ambos volúmenes llamea un alma sensible y un temperamento artístico.

El poeta colombiano don Luis C. López ha hecho editar en Madrid su libro *De mi villorrio*, y de él se han ocupado ya algunas revistas. Por eso me limito á decir que se trata de un escritor joven, talentoso y audaz, cuyas preferencias le llevan á esbozar cuadros pintorescos que tienen, á veces, un sabor único:

> El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,
> zapatillas de baile, chalecos de piqué,
> es un apasionado jugador de baraja,
> que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.
> Lector infatigable de *El Liberal.*—Trabaja
> alegre como un vaso de vino moscatel,
> zurciendo, mientras limpia la cortante navaja,
> chismes, todos los chismes de la mística grey.
> Con el señor alcalde, con el veterinario,
> unas buenas personas que rezan el rosario
> y hablan de los milagros de San Pedro Claver,
> departe en la cantina, discute en la gallera,
> sacando de la vida recortes de tijera,
> alegre como un vaso de vino moscatel.

La obra del poeta boliviano don Tomás O'Connor d'Arlach se titula *Impresiones* y es un cinema-

tógrafo de estados de alma. Cierta tranquila espontaneidad y una llaneza comunicativa dan á los versos un sabor agradable y sugirente.

Todas estas producciones americanas traen un poco del sabor de la tierra, no sólo en lo que se refiere á los asuntos, sino en lo que toca á la manera de tratarlos. Porque aquí cabe contestar á los que, á raíz de mi estudio de *La Revue* sobre el teatro argentino, se elevan contra la barbarie regional. Claro está que no somos partidarios del criollismo estrecho, que sólo consiste en trasladar al papel los refranes y las delincuencias lingüísticas de nuestra democracia. Una cosa es la pintura y otra la vulgar fotografía. Pero los que traen al arte naciente la sana preocupación nacional que nos ha faltado, merecen el agradecimiento del conjunto, porque hay que aprender á ver la vida con ojos propios.

VIII

«Nuestro arte, el arte de la América española y el de España misma, debe ser un arte sincero, porque sólo así será fuerte, y nosotros, pueblos que surgimos apenas á la vida intelectual y al culto á la belleza, para ser grandes debemos ser fuertes. Charles Leonard Moore, uno de los críticos más

cultos y sagaces de los Estados Unidos, me escribia hace algún tiempo: «Muchas veces ha sido para mí causa de extrañeza el que los pueblos hispano americanos no hayan producido una literatura que llame la atención del mundo. Tenéis un ambiente romántico nuevo para la literatura, el temperamento apasionado y el instinto artístico de los latinos; además un espléndido pasado histórico: algo debe surgir de todo eso.» Y surge, sí, mas lentamente. Tenemos trabas que nos retardan en el progreso, barreras que nos detienen. El obstáculo más vigoroso es la insinceridad. Rara vez mostramos desnudo nuestro espíritu; el bien, la generosidad de corazón, parecen avergonzarnos; la pureza de ideas nos ruboriza más que la sensualidad ó el sadismo. Cuanto á la cultura, nuestra pereza nos impide estudiar y nuestra vanidad nos induce á hacer gala de conocimientos que estamos muy lejos de poseer. En ocasiones, por razones del momento, nos lanzamos en pleno ditirambo sin tasa ni medida; á veces, por el contrario, en la diatriba. La justicia, que es la forma más elevada de la sinceridad—todo hombre sincero es justo—, no entra en nuestra actitud. Desdeñamos la verdad porque es cruel; apelamos á la mentira porque deslumbra.»

Quien así habla es uno de los críticos más notables de la América española, el cubano don Arturo R. de Carricarte. Sus palabras revelan la orientación de un núcleo importante de escrito-

res. Basta de artificialismo—parecen decir las almas de un extremo á otro de la América latina—; queremos hombres sanos y normales que traduzcan el pensamiento y la sensibilidad del conjunto. La mejor prueba de ello son los libros de que nos vamos á ocupar hoy.

Las *Canciones de Arauco*, del poeta chileno don Samuel A. Lillo, nos hacen ver algo más que un escenario exótico, donde se mueven figuras interesantes. Se trata de una obra por cuyas páginas, rudas y á veces inspiradísimas, pasa casi siempre un soplo trágico. Los soles de sangre, los caballos ciegos y los indios indómitos parecen agrietar las estrofas en una rebelión de savia virgen. Quizá deja algo que desear la técnica. Quizá se muestra el autor, en lo que toca á la forma, demasiado apegado á los moldes viejos. Quizá surgen aquí y allá algunos prosaísmos inexcusables. Yo no afirmo que el libro sea perfecto. Pero lo que me parece seguro es que pocas veces se ha evocado el alma de las razas aborígenes con tanto vigor y tanto sentimiento de la realidad.

También tienen mucho sabor criollo las *Argentinas*, de don Domingo Torres Frías. En un volumen de 150 páginas ha reunido este poeta sincero, inspirado y sentimental, una serie de cuadros fuertes. Son tipos del terruño y paisajes familiares que tienen que levantar un remolino de emociones en el corazón de los que han sentido alguna vez la tristeza de las noches americanas. Todo

ello está iluminado por una alta sencillez, como dice muy bien en el prólogo de la obra don Rafael Obligado.

Merece también capítulo aparte un notable escritor de Colombia, don Guillermo Posada, en cuyo opúsculo *Trébol*, lleno de delicadezas sutiles, abundan las estrofas suaves y evocadoras:

...Ven á aspirar la matinal frescura
que surge del follaje y de las flores,
á esparcir tu corola ingenua y pura,
¡oh rosa del jardín de mis amores!
Este día, este parque y esta brisa
para tu hermosa juventud se han hecho;
que estalle entre los árboles tu risa,
que resuenen tus frases en mi pecho.
Verás ahora que Diciembre empieza
con sus fiestas, su sol y sus retamas,
desprenderse del tronco la corteza
y filtrarse el azul entre las ramas...

Antes de abandonar el campo de los trovadores, citemos las valientes y populares *Clarinadas* del uruguayo don Leandro Arrarte Victoria; las composiciones que bajo el título de *Aljaba* ha reunido el venezolano don J. M. Milá de la Roca Díaz, y los *Poemas amatorios* del mejicano don Rubén Valentí, llenos estos últimos de viva inspiración, á pesar de los defectos que nacen de la impaciencia juvenil.

Entre los prosistas se impone el uruguayo don José L. Gomensoro. *El país que se ama* es una no-

vela escrita con los nervios. Lo que el estilo tiene en ciertos pasajes de difuso, no logra apagar la llama devoradora que se adivina bajo las frases. Salta á los ojos que el autor ha vivido el episodio que refiere. Y como el caso no es común en nuestra literatura, esas páginas cobran un prestigio indefinible.

Los estudios que bajo el título de *El alma española* ha reunido en un volumen don Ricardo Rojas, tienen el empuje y la orientación que hemos aplaudido ya. Sin embargo, mucho tendríamos que decir sobre algunas de las apreciaciones que el viajero aventura sobre escritores de la importancia de don Benito Pérez Galdós y don Salvador Rueda. Las páginas resultan á veces severísimas. Lo decimos á título de amistosa reconvención. Porque, en conjunto, la obra merece ser leída con interés en España y en América.

Las *Letras de molde*, del chileno don Fernando López Loayza, no son ciertamente una escuela de generalización y de síntesis, pero nos hablan de un espíritu curioso que examina los gestos de su pequeña ciudad con cierto aplomo feliz. Lo más interesante del libro es la crónica de un motín en la ciudad de Iquique. Las autoridades se sirvieron de ametralladoras para disolver una Asamblea de huelguistas, y el autor parece ser partidario de los procedimientos expeditivos... Pero como en estas crónicas sólo examinamos la literatura, nos limitaremos á declarar que las *Letras de molde* en cues-

ción componen, dejando de lado las tendencias filosóficas, un libro interesante y ameno.

Del argentino don Vicente French Matheu llega un vigoroso ensayo de crítica, titulado *El estado actual de nuestro teatro.* Las ideas que el autor defiende no son precisamente las mías; pero el estudio debe ser leído por todos los que siguen de cerca la evolución de nuestra literatura dramática. El drama criollo se ha impuesto en Buenos Aires de una manera indiscutible, y si no hemos producido aún la obra representativa que debe universalizar el esfuerzo, existe, por lo menos, un núcleo pletórico que prueba la existencia de una diferenciación nacional y de una originalidad nativa. El señor French Matheu ha formulado sus opiniones con sobriedad, y el estudio no tiene más que un defecto: ser demasiado breve.

Citemos además un acto en prosa, *Hierba mala*, de don José Eneas Riu, escritor argentino, que revela excelentes cualidades y un hondo sentimiento de la vida.

Son libros que tienen la importancia que les presta una orientación común. Porque más que las obras en sí, deben interesarnos las tendencias generales y el ambiente. Nuestra literatura es una fuerza en formación. Lo que importa saber es, ante todo, su porvenir. Lejos de mí la idea de insinuar desdenes; nadie admira más que yo las realizaciones actuales del espíritu criollo. Pero al abarcar las vastas perspectivas y al considerar el conjunto, no

es posible dejar de advertir cierta desproporción entre lo que hemos alcanzado y lo que cabe realizar. Á la obra, pues, y regocijémonos de antemano. Porque no se necesita mucha perspicacia para comprender que nuestra literatura ha medido el vacío de la concepción antigua, y empieza á dar forma á las afirmaciones que la deben convertir.

De ello da fe la frase que citamos al comenzar esta crónica y el artículo sesudo y brillante, que bajo el título de *La parroquia literaria* ha publicado don Pedro Barrio Bosch en la revista *Elitros,* de Venezuela.

IX

Cuando decimos que en la América española no queremos mandarines de las letras y cuando pedimos hombres normales que traduzcan la sensibilidad del conjunto, no damos forma á un empuje personal y sectario. Las ambiciones mezquinas y los rencores estériles no tienen voz ni voto en las grandes metamorfosis de un pueblo. Más aún; ocurre á menudo que los que esgrimen la injusticia ó el interés se hieren á sí mismos por la espalda. Porque bien sabemos todos que sólo son escuchados los que traducen fragmentos del corazón de los demás. Por eso es por lo que al argüir en favor de las

tendencias que nos parecen justas, hemos empezado lógicamente por hacer abstracción de las simpatías individuales. La vida no puede ser un hervir subalterno de limitaciones y de apetitos. Por encima de nuestros orgullos momentáneos están las empresas históricas de las colectividades y los grupos. Y el hombre desaparece en ciertas latitudes para convertirse en nervio y en propulsor anónimo de un organismo superior.

Por otra parte, casi siempre obedecemos á las fuerzas que parecemos gobernar. La jactancia de los que se erigen en maestros y toman actitudes nebulosas, no es más que una manifestación de las enfermedades que nos roen. En arte, como en política, son muchos los que pugnan por descubrir nuevos matices para erguirse á la cabeza de los grupos y aparecer como jefes de algo. Pero, en conclusión, los mismos ambiciosos que suscitan disidencias no hacen más que poner su vanidad al servicio de corrientes inexpresadas. Por eso es por lo que las *chapelles* resultan casi siempre un juego de salón. La belleza y la justicia no admiten modas, y nadie conseguirá subdividir el pensamiento ó el arte para improvisar mayorazgos ó feudos. Los que aspiran á ser caudillos literarios persiguen una quimera. Podemos esgrimir la espada que compró nuestro dinero, pero no el modo de ver ó la doctrina que está en la conciencia de los contemporáneos. Las ideas flotan en la atmósfera, y sólo cabe aspirar á expresarlas con elocuencia.

Por eso es por lo que á lo largo de estas crónicas que terminan hoy para dar lugar á un índice bibliográfico más breve, hemos tratado de evitar desde los comienzos la intolerancia y el dogmatismo. Y por eso es por lo que al enumerar los volúmenes del mes nos excusamos de nuevo. Estos comentarios son simples apreciaciones ocasionales, formuladas al pasar como si conversáramos en un grupo.

Todos conocen los trabajos luminosos que don Manuel Bernárdez viene publicando sobre la prosperidad y la vida de las repúblicas sudamericanas. El que acaba de aparecer bajo el título de *El Brasil* es digno hermano de los anteriores. En un estilo claro y sonriente nos revela el autor los recursos y el porvenir de la tierra nueva. Son informaciones que han visto la luz en uno de los más grandes órganos de publicidad del Nuevo Mundo. Pero tienen la unidad y la altura de las obras coordinadas y homogéneas. Cuando el talento innovador de don Manuel Laínez descubrió la posibilidad de emprender estas grandes cruzadas bienhechoras que hablan tan alto en favor del progreso y la vitalidad de la América latina, no pidió á Bernárdez una serie de artículos caprichosos y efímeros, sino una síntesis de la situación de cada país. De aquí que tenga la obra una importancia segura y de aquí que sea justo felicitar al autor, que ha logrado llevar á cabo su cometido sin olvidar los derechos de la belleza, como lo prueban sus sorprendentes descripciones del Iguazú.

El tomo que nos manda don Roberto G. Paterson se titula *En la brecha* y es también una obra de energía. Cuando esos capítulos fueron publicados en *La Nación,* de Buenos Aires, sedujeron por lo que traían de independiente y de osado en las afirmaciones. Nadie ignora que *La Nación* es la gran tribuna de la intelectualidad sudamericana. El solo hecho de que tuvieran asilo en aquellas columnas nos exime de comentarios. Pero no está de más decir que se trata de una obra de belleza y de pensamiento.

Don Fabio Fiallo pasa por uno de los más altos espíritus de Santo Domingo, y sus *Cuentos frágiles,* prolongados por don Américo Lugo, vienen á confirmar esa reputación.

Lo que don Benjamín E. del Castillo nos da bajo el título de *Dos Américas,* no es precisamente un volumen de estudio, sino una serie de impresiones y un paralelo feliz. Muy discutibles parecen algunas de las ideas del autor, pero á pesar de todo entendemos que el señor del Castillo ha dado prueba de ser un observador afortunado y audaz.

Otro compatriota que hizo hace poco una jira por España, don Juan José Soiza Reilly, ha reunido bajo el título de *Confesiones* algunas de las crónicas mordaces que escribió para nuestra gran revista *Caras y Caretas.* Nada más vivaz que esos diálogos breves y maliciosos que pintan á los hombres de cuerpo entero. Yo no sé si Pérez Galdós, Rue-

da, Unamuno, Nákens, Menéndez y Pelayo, Rusiñol ó Sorolla leerán con placer las *charges* habilísimas del atrevido escritor. Pero nadie puede negar que, poniendo de lado la caricatura, asoma en las *Confesiones literarias* de que hablamos un ironista original como pocos.

También es plausible la obra de don Alfredo L. Palacios, cuyos discursos elocuentes han causado tanta impresión en el Parlamento argentino. Coordinados en un tomo, dan la medida de las campañas que supo emprender este valiente defensor de ideas nuevas.

Citemos además, entre los prosistas, al chileno F. Jarra Mar, cuyo breve *Estudio sobre Pedro Sondereguer* revela inusitadas condiciones de escritor y de crítico; al argentino Alejandro Sux, que al contarnos una aventura personal hace gala de una prosa ruda y cortante; á Carlos Súriguez y Acha, que en su novela *Despertar* nos pinta cuadros dramáticos; á Dermidio T. González, autor de *Iris,* narración muy sentida, y al colombiano Samuel López G., que nos regala con una buena traducción del *Anillo de Polícrates,* de Eugenio de Castro. Á todo ello conviene añadir cuatro folletos: *Apertura oficial de los cursos en la Universidad de la Plata,* que contiene unas palabras muy nobles del doctor Agustín Álvarez; *Alienados y delincuentes,* disertación curiosa de don Roberto Levillier, y *La traviesa,* entretenido juguete dramático que lleva la firma del señor Fontanella.

Entre los poetas, se destaca esta vez el nombre de don Ángel Falco. Pocas veces hemos visto en la literatura sudamericana tanto entusiasmo y tanto empuje. *Cantos rojos*, *Vida que canta*, *Ave Francia y Garibaldi*, son obras rudas, que aunque tienen el *laisser aller* de un traje de guerra, resultan inspiradísimas. La altivez con que el cantor apostrofa á los tiranos y dice las glorias y las aspiraciones del pueblo, el ímpetu con que defiende las causas justas y la sensibilidad contenida con que asiste á los espectáculos de dolor, le dan una fisonomía inconfundible. Su mejor elogio cabe en una línea: merece la popularidad de que goza en el Río de la Plata.

Don Evaristo Carriego tiene la misma tendencia sencilla y popular. Pero no maldice como Falco. Se limita á presentar las escenas en su realidad desconsoladora. Sus *Misas herejes* reflejan hoscas visiones del suburbio criollo. Á pesar de la forzosa vulgaridad de algunas imágenes, siempre hay en el fondo belleza y sentimiento. Lo que más seduce es la independencia con que sigue contra su camino personal y lo que le rodea, rompiendo con las tradiciones y ennobleciendo tipos que antes parecían relegados á la «prosa vil».

Don Gastón F. Deligne es, según afirman, el poeta más admirado de Santo Domingo. La obra que acabamos de leer justifica esa fama. Señalemos las últimas estrofas de la composición que dedica á la bandera nacional:

¡Presenten armas!... Ya ondea
el pabellón, y se encumbra,
bajo del sol, que deslumbra,
y al clarín, que clamorea.
Ladra un can, del estridente
sonido sobresaltado;
arde en aromas el prado,
rompe en trinos el ambiente..
¡Qué linda en el tope estás,
dominicana bandera!
¡Quién te viera, quién te viera
más arriba, mucho más!...

El mejor elogio consiste á veces en citar dos líneas. Sobre todo cuando ellas son tan armoniosas, tan inspiradas y tan elocuentes como las que ha tenido la buena fortuna de trazar el venezolano don Ismael Urdaneta en su poema *Corazón romántico*:

La calle me parece hosca y desierta
cuando no miro tu ventana abierta,
que como por tu causa tiene aromas,
se pone triste cuando no te asomas,
¡Ay! ¡Cómo son las horas de pesadas
sin el oro y el bien de tus miradas!
Como tu lánguido reir consuela,
acójome á tu risa de chicuela.
Tu risa que me suena á cristal fino
roto en la paz del *ángelus* divino.
Y, sin querer, me siento anciano cuando
por la calleja solitaria andando
no me salen tus ojos de violeta
y oro para decirme: «¡Adiós, poeta!»
Entonces, nada tiene olor de rosa,

ni es rubio el sol ni la mañana hermosa,
ni la tarde es gentil, ni la nocturna
paz de la hora clara y taciturna
tiene estrellas ni azul color perdido.
Todo es entonces palidez y olvido,
porque eres en la escuálida calleja
como una flor sobre una tapia vieja.

Y puesto que hablamos de poetas jóvenes, hay que citar á Alfonso Cravioto, que está realizando en Méjico una obra atrevida y fecunda.

Los versos del panameño don Ricardo Miró difunden un íntimo sollozo. El libro se titula *Preludios*, y á pesar del título modesto contiene composiciones evocadoras como la que empieza:

¿No sabes quién era Lía,
la rubia sentimental?...
Una copa de cristal
llena de melancolía...

Tres poetas de Cuba, don Federico Uhrbach, don José Manuel Carbonell y don Francisco J. Pichardo nos ofrecen tres obras de índole diversa. La del primero, *Amor de ensueño y de romanticismo*, da en una docena de sonetos admirables una sensación vivísima de primavera; la segunda se titula *La visión del águila*, y es un canto vibrante, lleno de lirismos y generosas explosiones:

Oigo voces pidiendo que te ciñan cadenas,
como si de tus hijos las inexhautas venas
ya no tuvieran sangre que derramar por ti.

Y el tercero resulta una colección de poesías inspiradas y atrayentes que justifican el título: *Voces nómadas*.

De la Argentina nos acuden dos debutantes que prometen mucho: don Ernesto Mario Barreda, autor de *Talismanes,* floresta juvenil donde se destacan dos fuertes sauces criollos, «El malón» y «El ocaso», y don Domingo Fernández, padre de unos *Preludios* armoniosos y felices que hablan de ensueño y de pasión.

Tras ellos vienen (cito los volúmenes en el orden en que han llegado á mi mesa) los *Cantos de juventud,* del boliviano don Ángel Diez de Medina, escritor que une á la galanura de la forma mucha solidez mental, y las traducciones felices que ha reunido bajo el título de *Poemas fantásticos* uno de los talentos más estimables de Colombia, don Carlos Arturo Torres.

Pero no nos quejemos de la plétora de libros.

La producción, cada vez más elevada, confirma las predicciones de los que esperan ver brillar en el nuevo Continente la aurora definitiva que nos dará en las cosas intelectuales la esperada personalidad. Lo que el porvenir nos reserva no lo puede adivinar nadie. ¿Cómo trazar de antemano los caminos en los campos borrosos del futuro? Lo único que parece indiscutible es la victoria. Hacia ella marchan las nuevas generaciones con la alegría y la confianza de los que lo llevan todo dentro de sí. Porque es en nuestro íntimo pensamiento y

en nuestra vida misma donde encontraremos el vigor necesario para escalar las cúspides. La historia nos pertenece, y cada grupo social elabora á mayor ó menor distancia su destino.

Seis prólogos

I

(Prólogo de la traducción española de «El rey sin corona», de M. Saint-Georges de Bouhélier) (1)

El autor me ha hecho el honor de pedirme que ponga dos líneas al frente de esta hermosa traducción, obra de nuestra admirada *Colombine*, y yo obedezco á la amistosa súplica sin comprender la utilidad de un prólogo. Saint-Georges de Bouhélier, que es uno de los más grandes—el más grande quizá—de los escritores franceses de la nueva generación, no necesita ser presentado á ningún público. Sin embargo, aprovecho la oportunidad para decir en dos líneas mi admiración por este glorioso poeta, que en plena juventud ha realizado la obra más vasta y más fecunda que se pueda imaginar.

---

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

Aun recuerdo el estreno de *El rey sin corona*, en el *Theatre des Arts*, de París, hace dos ó tres años, y aun veo en la sala, atestada de intelectuales prestigiosos, la expectativa, las polémicas, la emoción, el entusiasmo y el triunfo. Bouhélier obtuvo aquella noche una consagración definitiva. Las resistencias ásperas que saludan el advenimiento de todos los hombres superiores y los odios bajos que acechan al que trae más talento que los demás, tuvieron que inclinarse ante la victoria del artista. Aunque desgarraba las convenciones, la obra obtuvo por un prodigio inverosímil la aprobación y los aplausos de la totalidad del público. La tesis rebelde, los personajes inusitados, las escenas rudas, la prosa llameante y nueva, todo sorprendió indudablemente á los espectadores, pero les sorprendió como nos sorprende el sol después de una semana de tempestad. Hartos de la monotonía y el chabacanismo del eterno drama de alcoba, donde los personajes bulevarderos repiten invariablemente la misma tragicomedia del marido burlado, el apuesto galán y la esposa infiel, los más reacios comprendieron que aquello tendía á levantar el nivel moral del teatro hasta devolverle un poco de su ideal y su grandeza. Bouhélier mereció el agradecimiento general, porque al comunicarnos su ensueño embelleció la vida.

Por otra parte, se trata de una de esas obras que se dirigen casi tanto á los intelectuales como

á las clases trabajadoras, sobre todo en estos tiempos en que la distancia entre las dos categorías se acorta cada vez más y tiende en cierto modo á desaparecer, como lo prueba el hecho de que ya existe un proletariado intelectual y una intelectualidad obrera. Además, el arte supremo no ha sido nunca un monopolio de las aristocracias. Los libros durables se distinguen precisamente de los que no lo son por la elevacion dentro de la llaneza. Los que recurren al ocultismo y tienden como una cortina de bruma entre su alma y la del lector, lo hacen para esconder el vacío en que se debaten y la penuria intelectual que les roe. Pero quienes, como Bouhélier, vienen al mundo llenos de esplendideces interiores y las esparcen á manos llenas sobre la vida, están destinados á ser comprendidos por todos, y especialmente por los que sostienen sobre sus espaldas el peso de la injusticia social, porque son ellos los que han conservado más pura la noble sencillez de los orígenes, que es, en resumen, la fuente de la verdadera poesía. Esta tendencia hacia los humildes, este anhelo de concordia y de reparación, dan á la obra de Bouhélier un alcance poético que, sin amenguar la delicadeza de la forma, la encamina hacia la plena popularidad.

Los lectores de lengua española encontrarán aquí muchas ideas altruístas expresadas en un estilo que cobra á veces una grandeza insuperable. Los personajes humanos y dolientes que discurren

y gesticulan, reflejan á punto fijo un poco del ser interior de los que volverán las páginas con los dedos febriles y los ojos húmedos. Porque nada es más comunicativo que la emoción sincera de un escritor. Y el que nos ocupa es seguramente entre todos los poetas franceses contemporáneos el que nos ha entregado con más amplitud su corazón entero.

¿Qué más puede añadir el prologuista? Hay libros que se presentan solos y se imponen por su propia virtud. Pero ya que estamos conversando, permítame el lector que le detenga un minuto más y le diga:

—Sobre nuestra lógica de gusanos hay otra lógica más alta que no comprendemos siempre. Los hombres que dominan no son precisamente los que perdurarán. Cuando nos insinúen que un ciudadano merece nuestro respeto porque posee dos carruajes, contestemos que el perro no es superior al hombre, aunque tiene cuatro patas. Las verdaderas riquezas las hemos de buscar en el cerebro y en el corazón. Ambas abundan en este libro, y es por eso por lo que Bouhélier merece el respeto y la consideración que sólo debemos otorgar á los creadores de belleza y de justicia que realizan el tipo superior de la especie y se prolongan en la inmortalidad.

II

(Prólogo del libro «Prosa de combate», de don Juan Pablo Echagüe) (1)

Después de algunas décadas de improvisación infatigable, cuando bajo el esfuerzo de varias generaciones se metamorfoseó el escenario de la América latina y empezó á surgir la riqueza y el bienestar como reaparecen los paisajes después de una inundación de bruma, un fantasma clarividente se inclinó al oído de los hombres nuevos y les hizo comprender la urgencia de depurar y clasificar la obra.

En los diferentes órdenes de la actividad, la producción había sido monstruosamente disímbola. Los materiales se amontonaban sobre la tierra como una floración ciclópea. Columnas, arcos, viaductos, torres y minaretes proclamaban bajo el cielo azul la proeza magnífica de un pueblo que sacaba un cosmos de la nada, como un Dios. Pero la abundancia y la gloria se ahogaban en el mar de incertidumbres y contradicciones. La precipita-

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

ción había creado un vértigo de incompatibilidades, olvidos y redundancias. Y el mundo en formación parecía una selva barrida por el huracán: todo era de un valor indiscutible, pero ninguna hoja estaba en su sitio.

Entonces empezó la tarea de coordinación y perfeccionamiento en que estamos empeñados. Á los «hombres-síntesis», que abordaban la vida entera, devorados por una actividad desenfrenada y múltiple, sucedieron los que, esclavos de la creciente grandiosidad de los panoramas, tuvieron que localizar su esfuerzo en las zonas materiales ó morales que les interesaban más. Así surgieron las corrientes que se orientaron hacia la ciencia, la política ó la literatura, y así se fueron creando dentro de estas grandes demarcaciones los fraccionamientos que impuso el deseo cada vez más hondo de exactitud.



Quizá se asombren algunos, pero de todos los géneros literarios, el que más urgía cultivar era la crítica. No falta quien supone que ésta sólo existe como consecuencia y reflejo. Pero nosotros entendemos que puede y debe brillar como antecedente y como guía.

Acaso me contradiga un docto esgrimiendo el dilema de Larra: «¿No se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?» Lo cual pudiera

traducirse en este caso por un «¿Es posible juzgar lo que no existe?...» Porque así como resulta más fácil imprimir lo que no se ha de comprar que comprar lo que no está impreso, parece evidente que la obra debiera ser anterior á la apreciación y no la apreciación anterior á la obra.

Sin embargo, la vida nos demuestra la vanidad de esta lógica aparente. La crítica verdadera no es la que se consagra á estudiar la producción y á dictaminar sobre sus defectos, sino la que de pie sobre las cimas del siglo y de la nacionalidad se erige en conciencia colectiva y marca rumbos.

Imaginemos dos jardines. En el primero se ha seguido el orden que llamaremos cronológico: el hortelano aparece cuando las plantas han crecido ya. En el segundo se ha observado el sistema que motejaremos de racionalista: la vegetación se desarrolla bajo una vigilancia inteligente. Considerando la primer hipótesis, vemos que, ceñido por lo que existe (árboles contrahechos, etc.), el hombre se contenta con modificar y añadir, porque toda tentativa para tocar á la base, equivaldría á rehacerlo todo, y como consecuencia ineludible, á invertir el orden de los factores. Examinando la segunda suposición, advertimos que el que preside puede matar en germen los defectos y crear desde el origen hasta el fin un conjunto irreprochable y armónico.

Inútil parece preguntar cuál de los dos sistemas nos sonríe. Así como en el terreno sociológico re-

sulta más hábil prevenir que castigar, salta á los ojos que en el orden literario tiene que ser más juicioso formular consejos que lamentaciones.

***

Juan Pablo Echagüe ha sido dentro de nuestro teatro naciente algo así como una consciencia y una voluntad. Sus advertencias rudas y vivaces, sus concepciones profundamente humanas, su incorruptible buena fe y hasta el ímpetu provocador y marcial de sus campañas bienhechoras, le han dado una silueta inconfundible. Pero el éxito ruidoso que ha obtenido su labor, no deriva únicamente de esas circunstancias. Si le escucha la juventud, si su palabra goza en la Argentina y en el Uruguay de una autoridad tan halagüeña, si sus ideas se imponen y dominan de una manera concluyente, es porque el crítico ha tenido á menudo la audacia de escribir lo que muchos espectadores pensaban en secreto. Y esa franqueza noble que le lleva á desafiar las hostilidades y las réplicas ha sido precisamente la que más ha trabajado en favor de su encumbramiento. Porque los que creen llegar pronto halagando los errores comunes, empiezan por engañarse á sí mismos. Sólo la sinceridad tiene el poder de levantar en las almas los remolinos favorables que son la promesa ó la confirmación del triunfo.

En un estilo rápido, sereno y elocuente, que

galopa sobre los asuntos con la destreza de un caballo de circo, Echagüe ha planteado el problema de nuestro teatro nacional, sentando las bases del gran movimiento que se acentúa y se difunde. Que otros examinen los detalles y discutan los matices. Ya he tenido ocasión de decir que no envidio sus gafas al señor Valbuena. Lo único que puedo afirmar es que si la concepción de conjunto que ha guiado la pluma del escritor merece el agradecimiento y el aplauso de todos, la manera de darle forma le distingue sin disputa entre el grupo de nuestros mejores prosistas.

Echagüe tiene, sobre todo, el mérito de haber contribuído á orientar la producción dramática criolla. Sus crónicas diarias han sido y son un espejo y una cantera, porque sintetizan la historia de un empuje cuya importancia aumenta todos los días y contienen muchos gérmenes que fructificarán después.



Por eso ofrece este libro un interés particular. Al presentarlo á los lectores de España y de América, condenso mi juicio en una palabra: leedlo. Á falta de otros títulos, tiene el prologuista el de ser el primer sudamericano que figuró en la Biblioteca Sempere, y de ello se prevale para decir al público que nos escucha: aquí tenéis la historia de nuestra literatura dramática.

Bien sé que el teatro criollo está todavía en for-

mación. Los autores y las obras se resienten aún de algunas inexperiencias. Pero ¡cuánto valor y cuánto ingenio en la arremetida juvenil y triunfal del grupo! La chispa creadora que partió del Río de la Plata y va incendiando paulatinamente el resto de América, lleva en sí una cohesión, un entusiasmo y una suma de talento que acabará por imponerse.

En *La Revue* de París tuve ocasión de examinar la esencia y las diversas faces de este esfuerzo victorioso y desordenado. Pero un asunto tan hondo no se agota en la media docena de páginas de un estudio ocasional. Cuando trate el tema con la debida amplitud, de más está decir que el libro de Echagüe será para mí un punto de apoyo insustituíble. Porque pocas veces se ha llegado hasta la médula de un movimiento con tanta habilidad y con tan noble sencillez. Lo que el lector tiene bajo los ojos es un documento palpitante que, al colocarle de pronto en el centro mismo de nuestras inquietudes y nuestras luchas, le permitirá juzgar el desarrollo intelectual de un pueblo joven que no reconoce límites á su ambición y á su esperanza.

III

(Prólogo del libro «Páginas americanas», de don Hugo D. Barbagelata)

Bajo la presión de los acontecimientos, urgidos por la explosión de savia que les hincha las venas, nuestros países, hasta hace poco adormecidos, empiezan á tomar ahora un empuje insospechado y triunfante. El entusiasmo y la audacia de las generaciones recientes ha abierto las esclusas del pensamiento americano, y desde el Norte hasta el Sur, en los vastos territorios que son cuna y escena de la renovación de una raza, surge al fin una literatura y una intelectualidad que responde á los anhelos del gran conjunto en formación.

Porque lo que más sorprende en estas improvisaciones que nos llevan quemando etapas por los caminos de la historia, es la maravillosa cohesión y el amalgamiento pasmoso de que dan prueba las jóvenes repúblicas en lo que toca al progreso mental. Las guerras caprichosas y fratricidas en que nos hemos agotado durante los primeros tanteos de nuestra vida nacional, no son en resumen más que explosiones inconscientes ó mal enca-

minadas de la vitalidad portentosa de un pueblo batallador. Pero aun en medio de los choques civiles, á pesar de los conflictos y las batallas sangrientas, algo ha flotado siempre como un sol donde se reconcilian las voluntades. Y ese astro prescinte ha sido la manera de ver común, que por encima de los antagonismos confundía las banderas y los corazones en una aspiración que era un presagio y un recuerdo. El origen y los destinos iguales han acabado así por sobreponerse á las querellas íntimas.

Casi se podría decir que nuestras fronteras son abstracciones geográficas que subsisten al margen de las realidades, en una zona convencional de intereses subalternos y de ambiciones exiguas. Cuando se encuentran en Europa los sudamericanos se sienten atraídos entre sí, no sólo por el lenguaje, por las costumbres y por la manera de concebir la existencia, sino por una especie de patriotismo superior que los anuda ante la hostilidad del mundo antiguo. Y sin salir de América, ¿no nos sabemos solidarios frente á las agresiones que desencadenan sobre nuestras comarcas la avidez de las naciones imperialistas? Las corrientes que nos reunen en el destierro ó en los momentos de conflicto, no son más que manifestaciones de una concordia interior que persiste y se ensancha á medida que tomamos posesión de nuestra fuerza y nos encaramos con el porvenir. La mejor prueba de ello es la unidad y la armonía de la producción. ¿Quién se atreve á

hablar de variantes nacionales dentro de la indivisibilidad de la literatura hispano-americana?

Por eso es por lo que al presentar al autor de este libro tengo la sensación de tender la mano á un compatriota. Sobre todo, teniendo en cuenta su nacionalidad. El Uruguay y la Argentina fueron siempre como dos alas de un idéntico porvenir, como dos niños que se han amamantado en el mismo seno, como dos mandíbulas de un organismo único. Al constatarlo al pasar en nombre de los intereses supremos de nuestra raza, entiendo dar forma á una protesta juvenil contra la política de rivalidades que ha parecido prevalecer en estos últimos tiempos. Porque más allá de los orgullos de aldea está la unidad necesaria de la América latina.

Esta parece ser también la convicción del autor de *Páginas americanas*. Los artículos sesudos y meditados, que al ser reunidos en este tomo adquieren no sé qué complicidad estrecha, tienden á difundir casi siempre la convicción de un triunfo colectivo; y los temas históricos están tratados con cierta amplitud de miras que les hace salvar los límites del lugar en que fueron expuestos para transformarse en páginas dignas de interesar á todos.

Claro está que la obra, en conjunto, podrá dar lugar á críticas de fondo ó de detalle. Pero las imperfecciones que descubran los descontentos, no alcanzarán á borrar la honradez con que el joven escritor ha abordado algunos de los asuntos que más deben apasionarnos en estas épocas en que la

nacionalidad empieza á salir de la infancia y á sentir la curiosidad del pasado y del porvenir. Por eso es por lo que me parece que el libro será leído con gusto en la América latina, y por eso es por lo que saludo á mi amigo Hugo D. Barbagelata con una palabra cordial: *Macte animo*.

IV

(Encabezando el catálogo de una exposición de pintores sudamericanos realizada en París)

«*Il n'y á pas d'art, il n'y a que des hommes*», escribía Alfred de Musset á propósito del Salón de 1836. Y en esa frase, que á primera vista parece una paradoja, está condensado el elogio de esta segunda exposición latino-americana. Porque lo que aquí sorprende es el vigor, el espíritu de sacrificio y las facultades creadoras de los que sin ambiente y sin tradiciones supieron improvisarse un arte continental para venir á París y luchar por su bandera.

Casi se puede decir que asistimos en estas salas al despertar de un continente. Envueltas en una sonrisa de niño, las repúblicas de la América del Sur empiezan á abrir al fin los brotes de su alma á la plena luz de la belleza y del pensamiento. Y los

que tenemos fe en los destinos no podemos menos que admirar el valor de los trabajadores que ya han trazado el surco y están sentando intelectualmente las bases de las victorias colectivas. Al calor de un diario cuya propaganda en Europa nos favorece á todos, se han reunido esta vez las individualidades y los grupos para presentar un conjunto sintomático. ¡Que el éxito corone la obra generosa! Nadie nos acusará de exagerar el optimismo si decimos que en el mañana inmediato de nuestras transformaciones esperamos ver caer las recompensas sobre los triunfos, como una lluvia de rosas sobre un gran campo de estrellas.

V

(Prólogo de «La musa errante», del poeta colombiano don Guillermo Posada)

Cuando la vida se abre ante nosotros con su floresta desconcertante, cuando las primeras ilusiones estallan con sus fuegos multicolores y sus chorros de sol, siempre acudimos á la poesía para expresar el infinito que llevamos dentro y peregrinar de zona en zona por los espacios sin límite, hasta el imperio azul.

En la mayoría de los casos, más que para los

demás escribimos para nosotros mismos, porque la savia fuerte que nos quema los músculos tiende á manifestarse y á salir á la superficie sin más programa ni más deseo que llenar una necesidad moral.

Así vemos que las rimas galantes, los madrigales conceptuosos y las ardientes églogas van dirigidas generalmente á una abstracción de mujer que resulta un pedazo de nosotros, porque sólo es un espejismo de nuestro ensueño.

No quiero decir que el autor de estas poesías haya olvidado al público que las debe leer para confinarse en el misoginismo estéril de los que sólo se ocupan de su persona. Pero por más amplia que sea la concepción del que escribe, siempre brilla en la estrofa el resplandor que llevamos dentro. Y ese es después de todo el fin que se persigue: ofrecer al que pasa los paisajes interiores.

Guillermo Posada es un poeta sobrio, filósofo á ratos y siempre noble, que se dirige al cerebro casi tanto como al corazón. Lo sabe hacer con habilidad, y sus sensaciones estéticas, sus visiones líricas ó alegóricas, nos conmueven porque exteriorizan un temperamento refinado y sutil.

Por eso es por lo que al trazar estas frases rápidas, que no son más que un saludo en el umbral del libro, me complazco en predecir al autor las victorias más halagüeñas. ¡Que llegue en alas de la juventud á recrear su espíritu en todos los palacios ilusorios!

VI

(Al frente de un tomo de poesías del poeta uruguayo don Ovidio Fernández Ríos)

El balcón donde escribo parece un brazo extendido hacia el crepúsculo. A la izquierda brillan las luces de la ciudad lejana, que semejan alfilerazos sobre la vasta decoración de sombra. A la derecha se abre el Poniente con su desgarrón de púrpura. Y sirviendo de eje á la antítesis, sobre el lago azul, en la mitad del cielo, flota la última estela de claridad como un pájaro absorto que no sabe hacia dónde orientará la huída.

El ambiente evocador y alucinante en que leo los versos de Ovidio Fernández Ríos y en que trazo las líneas que deben encabezar su próximo opúsculo, subrayan, pues, mis emociones. Pero la hora y el paisaje no bastan para metamorfosear las estrofas; y las que tiene el lector bajo los ojos producirán en cualquier momento la misma favorable impresión:

Yo no aprendí á llorar. Sólo atesoran
mis pasiones un fuego de batalla.
¡Los hombres no son hombres cuando lloran,
y el volcán no es volcán cuando no estalla!

Quiero imitar al pájaro errabundo,
quiero libre volar, y hallaré modos.
¡La libertad es grande como el mundo,
y el mundo es uno solo para todos!

. . . .

Mi vida es trabajar continuamente,
mi vida es dando vuelta en mi tahona.
¡Es más bello el sudor en una frente
que en la frente de un rey una corona!

No sé si todas las composiciones de Fernández Ríos se parecen á la que acabo de citar. Tampoco quiero inquirir cuáles son los desfallecimientos, las redundancias, los orgullos ó las ampulosidades que huelgan en algunas. Me basta saber que se trata de un verdadero poeta que nos exhibe su alma toda, con las sinceridades, las ilusiones y los excesos de la impetuosa juventud.

La misma desigualdad que alguien pudiera advertir entre las páginas, no hace más que traducir el tumulto de las tormentas íntimas. Porque ningún ser sensible puede sustraerse á las contradicciones, las incertidumbres y las cóleras que nos sacuden la consciencia al comenzar á vivir.

Acojamos con cariño y con aplauso esta obra simpática que, unida á muchas de las publicadas recientemente, afirma una reacción feliz contra los preciosismos que hasta hace poco amenizaron nuestra literatura. Las nuevas generaciones se alejan cada vez más de las formas artificiales, para escuchar los latidos del corazón y vibrar con el siglo, dando así á la América latina, desde el

punto de vista literario, una consciencia y una voz.

Los que—atados como estamos al terruño por la misma distancia que nos separa—seguimos con ansiedad las evoluciones de la tierra nueva y acechamos los síntomas favorables para proclamarlos orgullosamente en Europa, tenemos que regocijarnos ante el movimiento que tiende á hacer valer, desde la frontera yanki hasta el cabo del Sur, un arte nacional que traduce nuestros votos en lo que toca á la Belleza, á la Justicia y á la Patria.

Ovidio Fernández Ríos parece inclinarse hacia las nuevas formas. Para probar que su musa es sincera, generosa y natural como la Naturaleza misma, basta decir que el crepúsculo se confunde con ella hasta el punto de no dejarme saber si, al beso de la noche, son las estrofas ó las perspectivas las que difunden el ensimismamiento que en este instante lo va poniendo todo del color de la pluma.

Á la conquista de Europa

—En un mundo que se transforma como las células vitales, no hay nada perenne é inconmovible. Los perfiles colectivos y las siluetas clásicas se metamorfosean á medida que se desarrolla la consciencia y la vitalidad del conjunto. No existe lo invariable dentro del continuo ir y volver de luces y de sombras que constituye el fondo y el espíritu de la especie. Un pueblo resulta una caravana en marcha que va atravesando bosques, vadeando ríos y escalando cimas, en una carrera vertiginosa é inverosímil. Detenerse en un momento de la historia y pretender fijar un tipo momentáneo para sintetizarlo todo, es como suponer que una película cinematográfica aislada de las que la preceden ó la siguen puede dar la sensación de un movimiento. Las grandes abstracciones pintorescas, los tipos inverosímiles que corea la irresponsabilidad resignada de los públicos, no son más que mármoles yertos que denotan ó acusan una situación efímera. ¿Dónde está el japonés bobalicón, maravillado y tímido que dió tono y color á la Exposición de 1889?

¿Dónde el árabe blando y obsequioso? ¿Dónde el yanki pesado? ¿Y dónde el chino semisalvaje de las primeras caravanas curiosas que recorrieron la Europa central? Pocos años han bastado para reconstruir la forma exterior é interior de los exóticos que antes atraían las miradas en el bulevar atestado de transeuntes. La leyenda se esfuma y todo tiende á fundirse en una uniformidad reparadora. El traje y el cerebro se internacionalizan nivelando á los hombres desde las fuentes de la civilización hasta los últimos arrabales del mundo... Y si los pueblos más atrasados pierden así sus originalidades estridentes para fundirse en una forma internacional y en un tipo común, ¿cómo ha de perdurar la caricatura injustificable con que hace veinte años se quiso dar cuerpo en Europa á la naciente vitalidad de nuestra América? Tan lejos estamos hoy del general de ópera bufa, del diplomático tartamudo y del rastacuero pueril, como del japonés de abanico y del español banderillero. Las nuevas generaciones han desgarrado el disfraz, y el hijo de la América hispana ha conquistado al fin el sitio que merece por su talento de asimilación y sus facultades improvisadoras...

*
* *

De más está decir que esta opinión, expuesta ante un grupo de amigos, trajo á la superficie todo el orgullo justificado de la raza. Alguien completó el pensamiento:

—Somos pueblos jóvenes y hemos tenido que luchar contra los prejuicios y las desconfianzas de un mundo organizado y «hecho», como los poetas nacientes tienen que bregar á menudo contra la malevolencia de los que monopolizan el teatro. Pero el vigor de la juventud y las realizaciones parciales han modificado la opinión, hasta imponer el triunfo de la energía nacional. Bien sé que todas nuestras repúblicas no han progresado paralelamente. Aun quedan resabios de las inexperiencias de ayer. Sin embargo, ¿quién se atreve á negar que la América del Sur ha hecho en estos últimos tiempos una conquista más grande que la de su libertad: la conquista de la consideración europea?

Y como todos apoyaran la afirmación optimista, pasamos revista á nuestra representación intelectual en el viejo mundo.



Pero sinteticemos antes una situación en un paréntesis.

Los que, asustados por el esfuerzo que el destino exige de nosotros, multiplican los vaticinios pesimistas y desmoralizadores, parecen ignorar la situación privilegiada que ocupa la América latina entre las naciones nuevas. Al cabo de cien años de vida libre no logramos medirnos ciertamente con los pueblos seculares, cuyo estado actual es una resultante del esfuerzo de varios siglos; pero ¿cuán-

tos son los países de origen reciente que pueden blasonar de una ascensión tan rápida? Y entiéndase bien que nuestra certidumbre del porvenir, lejos de ser un espejismo del amor propio, está basada en las afirmaciones de los que nos observan desde lejos con cierta admiración confiante. Saint-Georges de Bouhélier decía no hace mucho en *L'Aurore* al hablar de la juventud sudamericana: «Allá, del otro lado del océano, hay lugar para el ensueño. Las costumbres están menos pervertidas por la ambición. Los lazos que unen á los hombres con la tierra no se han roto aún. Poco importa que la vida sea confusa y que las ciudades se vean á menudo desgarradas por la revuelta. Esas son fiebres que anuncian el crecimiento y la inquietud de una colectividad que se agita buscando rumbo. Pero nadie puede poner en duda que un poeta encontrará allá grandes asuntos de emoción. Hay un immenso misterio en el alma de estos arrojados continuadores de las razas latinas.» Esa es también la opinión de Georges Groffe, que al comentar en los *Entretiens idéalistes* el prefacio de mi *Joven literatura*, declaraba: «Se advierte en esas páginas un soplo nacional análogo al que pasó sobre la Alemania al fin del imperio é inspiró al poeta Korner y á los filósofos de aquella época; todas proclaman el empuje colectivo de un pueblo hacia la vida orgánica.» Cada día trae una nueva confirmación. Una confianza feliz va apoderándose de las conciencias. ¿Por qué hemos de ser nosotros los últimos

en descubrir la realidad que nos sonríe? Más perjudicial que el optimismo excesivo es el pesimismo obstinado que todo lo adultera y lo destruye. Tengamos por lo menos la visión exacta del porvenir.

Si en vez de fraccionar nuestro esfuerzo intelectual, multiplicando demarcaciones que nada dicen en Europa, observamos en conjunto el prodigioso empuje intelectual de que ha hecho gala la América latina en estos últimos tiempos, tenemos que reconocer que se trata de un caso poco frecuente en la historia. La Australia, que es nuestro rival en muchas ramas de la producción, no ha podido enorgullecerse aún de que uno de los suyos haya sido declarado el primer escultor contemporáneo después de Rodin. El Japón, que tiene sesenta millones de habitantes y ha vencido á uno de los imperios más formidables de Europa, no ha visto á sus autores traducidos y comentados tan fácilmente en las grandes ciudades del Viejo Mundo. En Europa misma hay muchos países que aunque nos aventajan en influencia y en poder, no han conseguido hacer aceptar sus productos intelectuales, como comenzamos á imponer los nuestros. La sonrisa escéptica con que nos oyen algunos compatriotas sólo indica una ignorancia de la situación ó un orgullo excesivo. Olvidan mucho ó exigen demasiado. Pero lejos de la humildad y la soberbia, debemos tener una visión clara de las cosas para apoyarnos en los primeros triunfos, seguir avanzando y dar al fin al continente su personalidad moral definitiva.

La base no puede ser mejor. Escultores como Iturtia, pintores como Harris ó Ramos Martínez (sólo hablo de los que se hallan actualmente en Europa), poetas como Darío, Nervo Lugones, Chocano y Pichardo, hombres de ciencia como Ingegnieros, militares como Ricardo Sienra Lessa y prosistas como Vargas Vila, Gómez Carrillo, Fombona, Dominici, Pagano y Rojas, han conseguido difundir en Francia, en España y en Italia el nombre y el espíritu de la raza nueva. El que estas líneas escribe ha hecho por su parte lo que ha podido. La falange entusiasta se multiplica para defender el ideal común. Basta citar entre los escritores que viven en Europa ó que escriben en revistas europeas á Roberto Payró, Gil Fortoul, Juan Pablo Echagüe, Eugenio Díaz Romero, Gache, Deschamps, Rodríguez Larreta, Lavalle Cobo, Angel de Estrada, Leopoldo Díaz, Ricardo Sáenz Hayes, Eliseo Ricardo Gómez, Pérez Triana, Barreda, Carlos Arturo Torres, Cestero, Barbagelata, Domingo Fernández, Dublé Urrutia, Gómez Jaime, Contreras, etc., para comprender la importancia de la representación intelectual de la América latina.

Si á esto añadimos entre los pintores y escultores los nombres de Lola Mora, Arango, Blanco, Tomson, Nava, Guerra, Castilla, Montenegro, Ponce de León, Rodolfo Franco y nuestro malicioso y popular *Pelele*, completaremos este bosquejo superficial y rápido. Sin contar con que fuera de las manifestaciones puramente artísticas hay otras

que concurren paralelamente al fin que nos proponemos. Entre ellas conviene citar las campañas brillantes del señor Eugenio Garzon en *Le Figaro*. Porque de lo que se trata es de dar en Europa una voz y una fisonomía á la fuerza triunfante de nuestra raza en formación. Cada personalidad, cada libro, cada éxito es una piedra ofrecida al edificio común. Hay que conquistar colectivamente un prestigio nacional, sin envidias y sin pequeñeces, compartiendo el sacrificio y la gloria.

***

Pocas veces se ha ofrecido á una generación una circunstancia más favorable para inmortalizar su esfuerzo. Todo está entre nosotros por hacer. No hemos nacido, como la juventud europea, en un mundo organizado donde no caben más que rectificaciones y notas. Hemos surgido en medio de la improvisación de una patria. Son nuestros gestos los que darán forma al porvenir de la América latina. En todos los órdenes de la actividad, en todas las situaciones y en todos los géneros hay un campo inconmensurable abierto á la actividad, al heroísmo y á la ambición. Parece que el destino hubiera querido hacer una experiencia entregando á un grupo de hombres nuevos un continente todavía tibio y maleable. Aprovechemos la ocasión única. Nada iguala el goce de crear libremente y la alegría de poner en juego los músculos para suscitar riquezas bajo la luz creciente de la aurora. La

vida depende de nosotros. Son nuestros cerebros y nuestros brazos los que dan forma al futuro. De la energía personal, del empuje colectivo, de la voluntad de vencer los imposibles, ha nacido constantemente, desde el principio de las épocas, el mejoramiento, el progreso y la victoria. Tengamos la serenidad, el atruísmo y el valor que exigen las empresas á que estamos destinados. Y aceptemos con orgullo el honor y la servidumbre á que nos empuja la necesidad de realizar lo desconocido que hay en el fondo de la raza.

Nuestras repúblicas tienen que entrar forzosamente en una era dignificadora y triunfal. A raíz del empuje fecundo que arrancó al suelo sus tesoros y dió vida y consciencia á la patria, se imponen otras perspectivas. Porque así como dentro de la nación las células sociales que suben tienden á adquirir la consideración y el prestigio después de haber alcanzado la riqueza, está dentro de lo normal que los grupos nacionales que han conquistado una personalidad económica aspiren á imponer también en el mundo su intelectualidad y su fuerza directiva. La juventud sudamericana empieza á plantar en Europa su bandera moral. Favorezcamos el esfuerzo y avancemos resueltamente por los caminos de la historia, con la certidumbre de que llevamos en la mano un porvenir.

Notas sueltas

Los hombres que recurren á la intriga, son como los niños que empuñan un revólver: hay más probabilidades de que se maten que de que hieran á los demás.

***

La modestia es como el abanico: sólo sirve para dar mayor relieve á la cara que se esconde.

***

Al fin de cada régimen los vicios de los gobernantes se reflejan en el pueblo, como durante los crepúsculos la sombra de las nubes se retrata sobre las aguas.

***

La vejez, lejos de amenguar las energías del carácter, las acrecienta á veces. Hay ramajes que en otoño se tornan amarillos y otros que se tiñen de púrpura.

***

Sólo trabajan para el porvenir los que saben tomar el extremo pensamiento de los demás como punto de partida.

***

Los malos y los mediocres llevan dentro de sí su propio verdugo, porque como para descollar necesitan disminuir al vecino, se imponen como consecuencia la tortura de reconocerse á solas inferiores á él.

***

Cuanto más renombre, menos amistad. A medida que subimos, se rarifica la átmosfera.

***

Sólo domina completamente á la mujer y á los pueblos quien sabe darles la ilusión de la libertad.

***

La literatura nace de un ímpetu del corazón y acaba á veces por ser un vicio como el tabaco.

***

Ninguna raza se encumbra si carece del supremo resorte colectivo: la indignación ante el mal.

***

El solo hecho de descubrir una realidad y examinarla, implica que no somos inferiores á ella. Cuando un hombre tiene el valor indispensable

para ver dentro de sí y la energía suficiente para mostrar á otros su realidad interior, nadie puede poner en duda que ese hombre es un talento y un carácter.

*
* *

Hay autores que conquistan por su misma inconsistencia, como ciertas músicas seducen por su propia imprecisión.

*
* *

Los que afirman que los pueblos han de estar al servicio de los gobernantes y no éstos al servicio de aquéllos, obran como los que sostuvieran que no son los tranvías los que deben circular alrededor de las casas, sino las casas alrededor de los tranvías.

*
* *

Los hombres libres que se niegan á confundir la naturaleza con la irresponsabilidad, no tienden á retroceder, sino á depurarse. Decir que un acto es lícito porque se estila entre las especies inferiores, es como si defendiéramos nuestra intemperancia invocando las curvas borrachas de los ríos.

*
* *

¡Felices los que logran suscitar el odio de algunos contemporáneos, porque él es la confirmación necesaria que da la medida de los cerebros! La hora más alta del escritor es aquella en que sus

únicos fieles son gentes obscuras que la casualidad trae momentáneamente á la superficie.

***

Para comprender la vida, lo esencial es no confundir los diferentes planos en que se mueven las cosas.

***

Las inteligencias que no empujan á la acción son inteligencias muertas.

***

Si deseamos derrotar á un sabio, hagámosle preguntas de niño. Las lecturas nos alejan de la vida, como los anteojos deforman los objetos.

***

La adulación más eficaz consiste á menudo en descubrir cuáles son los errores que los hombres quieren que les admiren.

***

Para que todas las mañanas nos levantemos radiosos y estrenemos un universo, es indispensable que la sinceridad y la justicia velen en el umbral de la consciencia como dos montañas enormes á la entrada de la eternidad.

***

Algunos hombres son como ciertas estatuas: sólo pueden ser juzgados desde lejos.

*
* *

Las afirmaciones brillantes están á menudo reñidas con la exactitud, porque toda verdad es compleja, multicolor y quebrada. Sepamos resistir al deseo de resolverlo todo en una frase.

*
* *

Sólo un espejismo puede hacernos dudar de la continuidad del progreso. Los ideales al realizarse sufren fluctuaciones aparentes, como el torrente al rodar parece volver á veces sobre sí mismo. Pero no hay arroyo que regrese al punto de partida.

*
* *

El hombre se revela al conjuro de los acontecimientos, como el color espera la luz para manifestarse.

*
* *

Las verdades son como las estrellas: no todos las pueden ver al mismo tiempo.

*
* *

Hay pasiones que sólo son malas en dosis pequeñas. La ambición, como el aire, es temible cuando se filtra por una rendija, y es salvadora si

la recibimos con las ventanas abiertas de par en par.



Definiciones de un transeunte:—La moda es la última degeneración del instinto de imitar.—Aplaudir es elevarse.—La bondad consciente es la más alta expresión del talento.—El elogio de los sabios resulta á veces una complicidad en el desdén.



Para el que abriga certidumbres científicas, no existen formas invariables. Ante la movible diversidad de la Naturaleza que renueva sus aspectos, que cambia con las estaciones, que provoca en nosotros mismos las metamorfosis más inesperadas, ¿cómo hemos de admitir que haya moldes sociales eternos? El escritor debe tener en cuenta esa inestabilidad de todo y considerar el mundo en que vive como una etapa, el hombre como un átomo, el pensamiento como una función altruista y el sacrificio como un deber. No puede dejar de proclamar sus preferencias en lo que se refiere á los cambios posibles, aunque al hacerlo destruya las perspectivas y obligue á los perezosos á interrumpir la invariabilidad tétrica de sus estados de alma. De aquí que en muchos casos, sabiendo que lo que va á decir está destinado á serle perjudicial y á levantar entre sus conciudadanos una polvareda hostil, lo diga sin miedo y sin jactancia, como si llenara

un rito preparado por una fuerza superior. Pero como de ello no debe sacar la menor vanidad, conviene que el caballero armado de la pluma se repita á solas: «Yo solo soy maestro de mí mismo y no aspiro á gobernar más voluntad ni más inteligencia que la mia. Si en las épocas que preparamos las facultades mentales se transformaran en instrumentos de dominación, merecerían ser arrasadas también. A lo único que puedo aspirar honradamente, es á iluminar la ruta para favorecer el libre juego de otras vidas.»



El porvenir nos clasificará según nuestra aptitud para concebir la justicia, y según nuestro esfuerzo para dignificar al hombre. Es necesario elevar la literatura á la altura del ideal, y no convertir todo ideal en literatura.

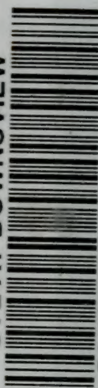
FIN

INDICE

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

Matto de Turner (Clorinda).—Aves sin nido (novela peruana).
Max Nordau.—El mal del siglo. 2 t.
Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
Max Nordau.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.
Max Nordau.—La comedia del sentimiento.
Max Stirner.—El único y su propiedad. 2 tomos.
Mazzini (José).—Deberes del hombre.
Merejkowski.—La muerte de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.
Mérimée.—Los hugonotes.
Mérimée.—Cosas de España.
Merlino.—¿Socialismo ó Monopolismo?
Michel (Luisa).—El mundo nuevo.
Mirbeau.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).
Mirbeau.—El abate Julio.
Mitjana.—Discantes y contrapuntos.
Mitjana.—En el Magreb el-Aksa (Viaje á Marruecos).
Moebius.—La inferioridad mental de la mujer.
Morote.—Pasados por agua.
Morote.—Rebaño de almas.
Morote.—La Duma (Segunda parte de «Rebaño de Almas»).
Nákens.—Horrores del absolutismo.
Naquet.—La Anarquía y el Colectivismo.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.
Id. —La genealogía de la moral.
Id. —La Gaya ciencia.
Id. —El Anticristo.
Id. —Aurora.
Id. —El caso Wágner.
Id. —El crepúsculo de los ídolos.
Id. —Más allá del bien y del mal.
Id. —El origen de la tragedia.
Id. —El viajero y su sombra.
Id. —Humano, demasiado humano.
Nin Frías.—Ensayos de crítica é historia.
Octavio Picón.—Drama de familia.
Pedrell.—Musicalerías.
Pérez Arroyo.—Cuentos é historias.
Petronio.—El satiricón.
Pío Baroja.—El tablado de Arlequín.
Prat.—Crónicas demoledoras.
Praycourt.—La moral del cura.
Proudhon.—¿Qué es la propiedad?
Reclús.—Evolución y revolución.
Reclús.—La montaña.
Reclús.—Mis exploraciones en América.
Reclús.—El arroyo.
Renán.—Estudios religiosos.
Renán.—El porvenir de la Ciencia. 2 t.
Renán.—El Anticristo. 2 tomos.
Renán.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.
Renán.—La iglesia cristiana.
Renán.—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.
Rizal.—Noli me tángere (El país de los frailes).
Robert.—Los cachivaches de antaño.
Rochefort.—La aurora boreal.
Rodríguez Mendoza.—Vida nueva...
Rydberg.—Singoala.
Salinas.—Los satíricos latinos. 2 t.
Serao (Matilde).—¡Centinela, alerta!...
Schopenhauer.—El amor, las mujeres y la muerte.
Shopenhauer.—La libertad.
Séverine.—Páginas rojas.
Séverine.—En marcha...
Sorel.—El porvenir de los Sindicatos Obreros.
Spencer.—Origen de las profesiones.
Spencer.—El individuo contra el Estado.
Spencer.—Creación y evolución.
Spencer.—Educación intelectual, moral y física.
Strauss.—Estudios Literarios y Religiosos.
Strauss.—La antigua y la nueva Fe.
Sudermann.—El camino de los gatos.
Sudermann.—El deseo.
Sudermann.—Las bodas de Yolanda.
Sudermann.—El molino silencioso.
Sudermann.—La mujer gris.
Tchekhov.—Vanka.
Teniente O. Bilse.—Pequeña guarnición.
Tolstoi.—La verdadera vida.
Tolstoi.—La guerra ruso-japonesa.
Tolstoi.—La escuela Yasnaïa-Poliana.
Ugarte.—Visiones de España.
Ugarte.—El Arte y la Democracia.
Urquijo.—De mi cartera.
Vandervelde.—El colectivismo.
Voltaire.—Diccionario filosófico. 6 t.
Wagner.—Novelas y pensamientos.
Zola.—El mandato de la muerta.
Zola.—Cómo se muere.
Zozaya.—El huerto de Epicteto.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 03 02 15 013 4